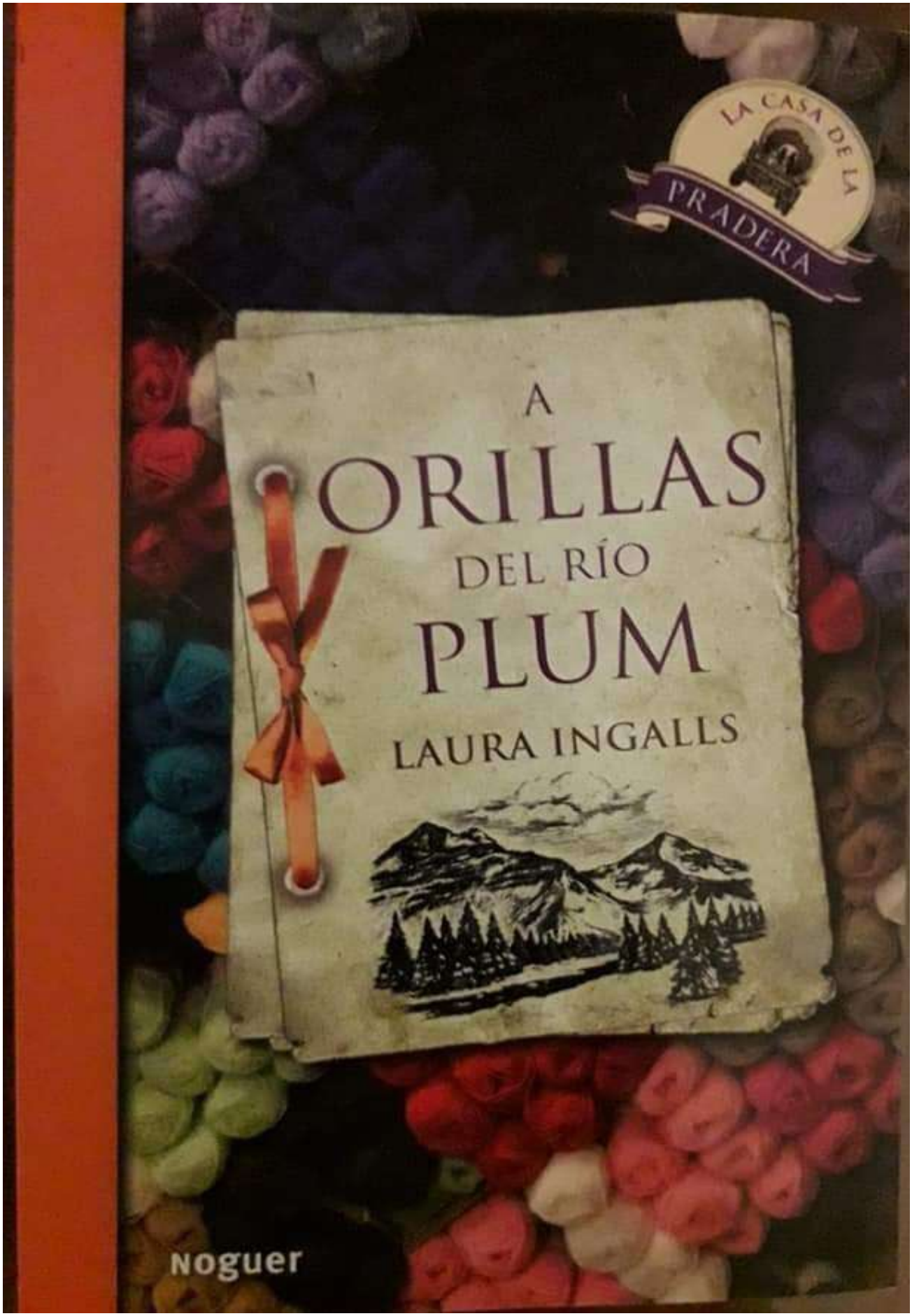

LA CASA DE LA PRADERA
A ORILLAS DEL RÍO PLUM
LAURA INGALLS
Noguer

Laura Ingalls (1867-1957) nació en una cabaña de troncos junto a los bosques de Wisconsin. Su vida allí la empujó a escribir sus recuerdos de infancia y adolescencia, que más tarde se convertirían en la maravillosa serie de *La casa de la pradera*, cuyo tercer título es *A orillas del río Plum*.

Este libro esta dedicado a todos los fans de la serie de televisión “La familia Ingalls” ya que en la web es muy difícil encontrar los libros de esta hermosa saga por Internet. Por esto todos los fans debemos estar agradecido a la señora Viviana que nos brindo las fotografías de libro. Para poder compartirlas con el grupo de Facebook “La familia Ingalls (sede en Argentina). A quien también esta dedicado este archivo a todos los integrantes del grupo. A continuación les dejo unas palabras de que me ha enviado Viviana para compartirlas con todos los lectores.

Viviana: - “Este es un trabajo dedicado a todos los miembros de este grupo con quienes compartimos un gran cariño por la maravillosa serie de La familia Ingalls (la pequeña casa de la pradera), basada en los libros de Laura Ingalls Wilder”.

Me presento mi nombre es Joaquín, y soy el encargado en la edición de las fotos que ha compartido Viviana, mi trabajo consistía en emparejar las fotos una por una y que queden lo mas leíble posible, espero que puedan disfrutar de este hermoso libro. Desde Argentina para el mundo.

Este trabajo es un proyecto sin fines de lucro, es un trabajo hecho por fans para que los fans del todo el mundo habla hispana. Todos los derechos corresponden a sus respectivos autores. No les robamos mas de su tiempo y le agradecemos al lector por tomarse unos minutos al leer nuestras líneas. Ahora si disfrute de este gran libro.

Recuerden que la vida merece ser vivida con amor y alegría, y que no hace falta tener lujos para ser felices, solo basta con el amor de la familia.

ÍNDICE

1. La puerta en el suelo 5
2. La casa en el suelo 11
3. Juncos y gladiolos 19
4. Aguas profundas 23
5. Un extraño animal 27
6. Una guirnalda de rosas 34
7. El buey en el tejado 40
8. El pajar 45
9. Tiempo de langostas 52
10. El ganado en el heno 57
11. La estampida 62
12. Los caballos de Navidad 67
13. ¡Feliz Navidad! 74
14. La inundación 80
15. El puente 84
16. La casa maravillosa 88
17. La mudanza 96
18. El viejo cangrejo y las sanguijuelas 102
19. La trampa para peces 109
20. La escuela 114

21. Nellie Oleson 124
22. Fiesta en el pueblo 130
23. Fiesta campestre 137
24. A la iglesia 144
25. La nube resplandeciente 156
26. Los huevos de langosta 166
27. ¡Lluvia! 172
28. La carta 181
29. La hora más oscura es la que precede al amanecer 184
30. ¡Todos al pueblo! 193
31. ¡Sorpresa! 198
32. Las langostas se marchan 208
33. Bolas de fuego 215
34. Señales en la pizarra 221
35. Cuidando la casa 226
36. Invierno en la pradera 234
37. La gran tormenta 239
38. El día de los juegos 249
39. El tercer día 254
40. El cuarto día 256
41. ¡Nochebuena! 265

A ORILLAS DEL RÍO PLUM

A ORILLAS DEL RÍO PLUM

Laura Ingalls Wilder

Noguer

1

LA PUERTA EN EL SUELO

El tenue sendero abierto por los surcos dejados por las ruedas de los carromatos cesaba en aquel punto de la pradera, y papá tiró de las riendas de los caballos.

Cuando las ruedas de la carreta dejaron de girar, *Jack* se acurrucó entre las mismas para descansar a la sombra del pesado vehículo. Hundió el vientre en la hierba y estiró las patas al frente. Su hocico quedó semioculto en un pequeño hoyo del suelo y dejó su cuerpo en un reposo total, a excepción de sus orejas.

Durante muchos días, a todas horas, *Jack* había trotado debajo de la carreta a través de todo el camino recorrido desde la pequeña cabaña de leños en el territorio indio, mientras cruzaban Kansas, Missouri, Iowa y extensos campos y praderas, hasta Minnesota. Y había aprendido a descansar siempre que la carreta se paraba.

Dentro del vehículo, Laura se puso en pie, y Mary la imitó. Tenían las piernas entumecidas por la falta de ejercicio.

—Debe de ser aquí —murmuró papá—. Está a media milla río arriba desde Nelson, y ya hemos recorrido la media milla, y aquí está el río.

Laura no veía el río por ninguna parte. Sólo distinguía un ribazo herboso y, más allá, una hilera de copas de sauces, que ondeaban gentilmente a impulsos de la brisa. Hasta donde alcanzaba la vista, sólo se divisaba la alta hierba ondulando hasta el horizonte.

—Allí parece haber una especie de establo —añadió papá, mirando desde el pescante protegido por un toldo—. Pero ¿dónde está la casa?

Laura experimentó un súbito sobresalto. Había un hombre de pie junto a los caballos. Un instante antes no había nadie a la vista, y de repente aquel individuo estaba allí. Lucía una espesa cabellera de color pajizo, su cara redonda era tan roja como la de un indio, y sus ojos eran tan claros que apenas parecían ojos. *Jack* gruñó.

—¡Quieto, *Jack*! —le increpó papá. Luego se dirigió al desconocido—: ¿Es usted el señor Hanson?

—Sí —masculló el hombre.

—Me dijeron que desea marcharse al Oeste —observó papá con voz lenta y fuerte—. ¿Vende su casa a cambio de la carreta?

El recién llegado contempló deliberadamente el carro. Luego examinó a los potros, *Pet* y *Patty*.

—Sí —volvió a rezongar.

Papá saltó del vehículo.

—Ya podéis bajar y corretear un poco, niñas —concedió mamá—. Sé que estáis cansadas de no moveros.

Jack también se levantó cuando Laura descendió de la carreta utilizando una rueda como escalerilla,

pero no podía salir de debajo del pesado armatoste hasta que papá se lo ordenase. El perro estuvo mirando a Laura mientras ésta corría por una senda de la pradera.

La senda cruzaba un trecho cubierto de alta hierba y llegaba hasta el borde del riachuelo. Más abajo discurría el agua, ondeando y brillando al sol. Los sauces crecían al otro lado del río.

Ya en la orilla, la senda se curvaba y descendía en zigzag, como apretujada contra el ribazo herboso que se elevaba como un muro.

Laura fue descendiendo con precaución. El ribazo la fue ocultando hasta que fue incapaz de ver la carreta. Arriba sólo se veía el cielo, y abajo el agua estaba hablando consigo misma. Laura dio un paso más y luego otro. La senda terminaba en un claro ancho y llano, y después giraba y parecía caer a escalones abruptos hacia el riachuelo. Fue entonces cuando Laura vio la puerta.

La puerta estaba en el ribazo herboso, en el lugar donde la senda se curvaba. Era como la puerta de una casa, pero todo lo que hubiese detrás de ella quedaba bajo el suelo. Estaba cerrada.

Delante de ella se hallaban dos grandes perros con cara de pocos amigos. Cuando divisaron a Laura se levantaron perezosamente.

Laura echó a correr a toda velocidad sendero arriba en busca de la seguridad de la carreta. Mary estaba junto al vehículo y Laura le susurró:

—Hay una puerta en el suelo y dos perros enormes...

Miró a su espalda. Los dos perros se iban acercando lentamente.

Debajo de la carreta se oyó el profundo gruñido de *Jack*. Les estaba enseñando a los dos perros sus colmillos.

—¿Son suyos esos perros? —le preguntó papá al señor Hanson.

El dueño de los perros se volvió y pronunció unas palabras que Laura no logró entender. Pero los perros sí le comprendieron. Uno tras otro regresaron hacia el ribazo, y no tardaron en desaparecer.

Papá y el señor Hanson fueron andando lentamente hacia el establo. Éste era pequeño y no estaba construido con troncos. En sus paredes crecía la hierba, y la techumbre también estaba tapada por una hierba espesa que ondeaba el viento.

Laura y Mary permanecieron cerca de la carreta, acompañadas por *Jack*. Las dos hermanas contemplaban con admiración cómo se balanceaba e inclinaba la hierba de la pradera, y cómo parecían asentir calladamente a algo las amarillas flores que alegraban el paisaje. Los pájaros revoloteaban por encima de la alta hierba y, de vez en cuando, se hundían velozmente hacia el suelo. El cielo formaba una bóveda muy elevada y sus bordes parecían mezclarse con la redondez de la tierra.

Cuando regresaron papá y el señor Hanson, las niñas oyeron que el primero decía:

—De acuerdo, señor Hanson. Mañana iremos al pueblo y arreglaremos los papeles. Esta noche acamparemos aquí.

—Sí, sí —masculló el señor Hanson.

Papá hizo subir a Laura y a Mary a la carreta y

avanzaron por la pradera. Papá le contó a mamá que acababa de cambiar a *Pet* y a *Patty* por la tierra del señor Hanson. Y que también había trocado a *Bunny*, el mulo, y el toldo de la carreta por las cosechas y los bueyes del señor Hanson.

Desenganchó a *Pet* y a *Patty* y los condujo al arroyo a abrevar. Luego, los trabó y ayudó a mamá a levantar el campamento para la noche. Laura estaba muy callada. No tenía ganas de jugar, ni tuvo apetito cuando todos se sentaron en torno a la fogata para cenar.

—La última noche al aire libre —musitó papá—. Mañana ya estaremos instalados en nuestro nuevo hogar. La casa está en la orilla del río Caroline.

—¡Oh, Charles! —exclamó mamá—. Una cueva... Todavía no habíamos tenido que vivir nunca en una cueva.

—Creo que la encontrarás muy limpia y bien dispuesta —la tranquilizó papá—. Los noruegos son personas muy pulcras. Será un buen refugio en invierno y no está lejos.

—Sí, será agradable estar instalados antes de que lleguen las nieves —asintió mamá.

—Será algo provisional hasta que siegue la primera cosecha de trigo —añadió papá—. Entonces tendrás una casa estupenda, y yo compraré caballos y hasta tal vez una calesa. Caroline, ésta es buena tierra para el trigo. Una pradera rica, bien nivelada, sin árboles ni rocas con los que luchar. No comprendo por qué Hanson sembró un campo tan pequeño. O fue una estación muy seca o Hanson no es un buen granjero; por eso su trigo es tan escuálido y raquítico.

Algo apartados de la fogata, *Pet*, *Patty* y *Bunny* estaban mordisqueando la hierba. La mordían a bocados secos, y la masticaban, con los ojos levantados hacia las resplandecientes estrellas. Demostraban su contento meneando pacíficamente la cola. No sabían que habían sido objeto de un trueque.

Laura era una niña muy crecida para sus siete años de edad. Y tal vez fuera demasiado mayor para llorar. Sin embargo, no pudo refrenar una pregunta.

—Papá, ¿tenías que dar a *Pet* y a *Patty* por fuerza? ¿De veras, papá?

Papá la atrajo hacia sí en un cariñoso abrazo.

—Claro, Media Pinta —repuso papá utilizando el apodo cariñoso con que la llamaba—. A *Pet* y a *Patty* les gusta viajar. Son potros indios, Laura, y les resulta muy duro arar. Se sentirán mucho más dichosos viajando hacia el Oeste. A ti no te agradaría conservarlos aquí para que se les rompiese el corazón tirando del arado, ¿verdad? *Pet* y *Patty* viajarán, y con la ayuda de los bueyes yo podré labrar un campo extenso, donde crecerá el trigo para la primavera próxima.

Papá, al observar la mirada de tristeza de su hija, añadió:

—Una buena cosecha de trigo nos proporcionará más dinero del que hemos tenido nunca, Laura. Y entonces compraremos caballos, vestidos nuevos y todo lo que tú quieras.

Laura no contestó. Se sentía algo mejor rodeada por los brazos de su padre, pero no deseaba nada más que a *Pet*, a *Patty* y a *Bunny*, el mulo de las orejas largas.

2

LA CASA EN EL SUELO

Al despuntar la mañana, papá ayudó al señor Hanson a trasladar los arreos y bridas de la carreta junto con el toldo, a la carreta del señor Hanson. Luego, sacaron todo lo que había en la casa del suelo, lo subieron por el ribazo y lo dejaron bien colocado dentro de la carreta.

El señor Hanson se ofreció para llevar todo lo que había en la carreta hasta aquella especie de cabaña, pero mamá rechazó la sugerencia, diciendo:

—No, Charles. Nos mudaremos allí cuando tú vuelvas.

De modo que papá enganchó a *Pet* y a *Patty* a la carreta del señor Hanson. Después, ató a *Bunny* detrás y se marchó al pueblo con él.

Laura contempló la marcha de *Pet*, *Patty* y *Bunny*. Le escocían los ojos y le dolía la garganta. *Pet*, *Patty* y *Bunny* arqueaban sus cuellos, así como las crines y las colas al viento. Se iban alejando alegremente, ignorantes de que jamás regresarían.

El arroyo susurraba armoniosamente entre los sauces, y la suave brisa inclinaba la hierba que coronaba el ribazo. El sol brillaba ya en todo su esplendor y alrededor de la carreta todo estaba claro, despejado, formando un ancho espacio que invitaba a la exploración.

Primero hubo que desatar a *Jack* de la rueda del vehículo. Los dos perros del señor Hanson se habían marchado con su amo, por lo que ahora *Jack* ya podía correr a su antojo. Se mostraba tan contento que saltó hacia Laura para lamerle la cara, con lo cual la niña cayó sentada al suelo. Luego, echó a correr por la senda, seguido de Laura.

Mamá cogió a Carrie en sus brazos y gritó:

—Ven, Mary. Echemos una ojeada a la cabaña.

Jack fue el primero en llegar a la puerta. Estaba abierta. Metió el hocico en el interior y aguardó a Laura.

En torno a la puerta crecían enredaderas verdes arraigadas en el ribazo, llenas de bonitas flores. Y tanto las rojas como las azules, purpúreas, rosa, azules y listadas, tenían los pétalos abiertos, como si cantasen la gloria de aquella mañana. Eran flores de gloria matutina.

Laura se agachó por debajo de las enredaderas para entrar en la casa. Constaba de una sola habitación, toda blanca. Las paredes de tierra habían sido alisadas y bien blanqueadas. El suelo era plano y firme.

Cuando mamá y Mary aparecieron en el umbral, la luz disminuyó. Al lado de la puerta había una ventana con papeles embreados en lugar de cristales. Pero la pared era tan gruesa que la luz procedente de aquella ventana no pasaba casi de la misma.

La pared opuesta era de gredas. El señor Hanson había cavado su casa, y luego, por lo visto, amontonó capas de greda de la pradera, una encima de la otra, para formar aquel muro. Era bueno, muy grueso; era muy difícil que se agrietase. El frío no podría atravesar aquella pared.

Mamá se mostró muy complacida.

—La casa es pequeña, pero es alegre y está muy limpia. —De pronto, levantó la vista al techo—. ¡Mirad, niñas!

El techo estaba construido con heno. Habían colocado ramas de sauce entrelazadas, con heno esparcido por todas partes.

—¡Es magnífico! —alabó mamá.

Remontaron el sendero y se encontraron en el tejado de la cabaña. Nadie habría sospechado que aquello era un techo. En él crecía la hierba, que se balanceaba armoniosamente al viento, igual que la que se veía en la orilla del riachuelo.

—¡Dios mío! —exclamó mamá—. Cualquiera puede caminar por aquí sin saber que hay una casa debajo.

Laura estaba mirando algo. Se agachó de improviso y separó la hierba con las manos.

—¡He descubierto el agujero de la chimenea de la estufa! —proclamó alegremente—. ¡Mira, Mary, mira!

Mamá y la otra hermana se inclinaron para mirar aquel descubrimiento, y la pequeña Carrie también inclinó la cabecita desde su asiento entre los brazos de mamá, y hasta *Jack* acudió al trote. Más abajo de la hierba, por aquel agujero, podían distinguir la habitación blanqueada.

—Barreremos la casa —dijo mamá, irguiéndose—, y nos mudaremos aquí tan pronto como vuelva papá. Vosotras dos, id a buscar las escobas y los cubos.

Mary llevó un cubo grande y Laura otros más pequeños, volviendo a bajar por el camino. *Jack* correteaba tras ellas, pero luego se apostó junto a la puerta.

Mamá encontró una escoba hecha con ramas de sauce en un rincón, y con ella limpió las paredes cuidadosamente. Mary vigiló a Carrie para que no se cayese al arroyo, y Laura cogió el cubo pequeño para ir en busca de agua.

La chiquilla fue dando saltos y haciendo piruetas por la senda hasta llegar después al extremo de un puente que cruzaba el riachuelo. Era un puente construido con una sola tabla muy ancha. El otro extremo lo constituía un sauce.

Los altos sauces de la orilla dejaban ondear sus aflautadas y esbeltas hojas hacia el cielo, y había otros más pequeños alrededor. Todos daban una grata sombra, y en aquel paraje casi hacía frío. Además, carecía de hierba. El sendero continuaba entre el puente y un pequeño manantial, donde manaba una agua clara que caía dentro de una diminuta balsa, y luego discurría en hilillos hasta el río.

Laura llenó el cubo y regresó por el soleado puente, trepando finalmente los escalones del ribazo. De esta manera efectuó varios viajes llenando el cubo con agua para verterla en el cubo grande que estaba colocado encima de un banco, en el interior de la choza, junto a la puerta.

Más tarde ayudó a mamá a sacar de la carreta todo

lo que pudieron llevar en brazos. Casi lo habían trasladado ya todo a la choza cuando apareció papá por el sendero. Llevaba una pequeña estufa de hojalata y dos trozos de tubería.

—¡Hola! —gritó, dejándolo todo en el suelo—. No he tenido que acompañarlo más que tres millas. ¡Imagínate, Caroline! ¡La población sólo está a tres millas de aquí! ¡Un paseo! Bien, Hanson ya está camino del Oeste y la casa es nuestra. ¿Te gusta, Caroline?

—Mucho —asintió mamá—. Pero no sé cómo hacer las camas. No quiero poner los jergones en el suelo.

—¿Y eso qué importa? —inquirió papá—. Ya hemos dormido otras veces de este modo.

—Pero aquí es distinto —replicó mamá—. No me gusta dormir en el suelo de una casa.

—Pues eso quedará resuelto en seguida —manifestó papá—. Cortaré varias ramas de los sauces, las dispondré de manera adecuada, y encima colocaremos los jergones para esta noche. Mañana buscaré algunos troncos de sauce rectos y fabricaré un par de camas.

Cogió el hacha y salió silbando al sendero que pasaba por encima de la choza y descendía hacia el riachuelo. Pasado éste se extendía un pequeño valle donde los sauces crecían unos junto a otros a lo largo de la orilla, como besando el agua.

Laura echó a correr, casi pegada a sus talones.

—¡Deja que te ayude, papá! —gritó, jadeando—. Yo podré llevar muchas ramas.

—Oh, claro que sí —asintió papá, mirándola con pupilas chispeantes, llenas de afectuosa burla—. Cuan-

do un hombre se enfrenta con una tarea pesada siempre necesita una buena ayuda.

Papá solía decir que no hubiera sabido cómo componérselas sin Laura. La niña le había ayudado a fabricar la puerta para la cabaña de troncos del territorio indio. Y esta vez le ayudó a acarrear las ramas de sauce cargadas de hojas, y a extenderlas sobre el suelo de la cabaña. Luego lo acompañó al establo.

Las cuatro paredes de aquella construcción eran de piedra, y el tejado de ramas de sauce y heno, unido todo con tierra. El techo era tan bajo que la cabeza de papá lo tocaba cuando se ponía erguido. Había un pesebre hecho con troncos de sauce y al mismo se hallaban atados dos bueyes. Uno era grande, de color gris, con unos cuernos cortos y ojos muy bondadosos. El otro era más pequeño, con cuernos largos y fieros, y ojos feroces. Su piel ostentaba un color rojizo muy brillante.

—Hola, *Bright* —lo saludó papá—. ¿Cómo estás, *Pete*, viejo amigo? —le preguntó luego al buey mayor, palmoteándolo gentilmente—. No te acerques mucho, Laura —previno a su hija—, hasta que veamos cómo se comporta este ganado. Tenemos que conducir los dos bueyes al agua.

Pasó una cuerda en torno a sus cuernos y los sacó del establo. Los dos animales lo siguieron lentamente por la pendiente hasta una senda llana que pasaba por entre un grupo de juncos verdes hasta llegar al reborde plano del arroyo. Laura seguía detrás con gran lentitud. La niña se dio cuenta de que los bueyes poseían unas patas muy torpes, con los pies, muy grandes, partidos por la mitad. Tenían el morro ancho y húmedo.

Más tarde, mientras papá los ataba de nuevo al pesebre, Laura se quedó fuera del establo. Y después anduvo con él hacia la casa.

—Papá —preguntó con voz tenue—, ¿es verdad que *Pet* y *Patty* deseaban ir al Oeste?

—Pues claro, Laura.

—Oh, papá... —exclamó la niña, con cierto temblor en su voz—. Creo que el ganado no... me gustará tanto.

Papá le cogió una mano y la consoló con la suya, grande y cálida.

—Tenemos que abrirnos camino en la vida, Laura, sin gruñir ni murmurar. Todo aquello que es preciso hacer, se hace mejor con el ánimo alegre. Y algún día volveremos a poseer caballos.

—¿Cuándo, papá? —quiso saber la niña.

—Cuando seguemos nuestra primera cosecha de trigo —fue la rápida respuesta.

Habían llegado a casa. Mamá estaba muy animada, y Mary y Carrie ya se habían lavado y peinado, y todo estaba muy limpio. Habían hecho las camas encima de las ramas de sauce y la cena estaba lista.

Después de cenar, fueron a sentarse en el sendero que pasaba por delante de la puerta. Papá y mamá tomaron asiento sobre unos cajones. Carrie se acurrucó medio dormida en el regazo de mamá, y Mary y Laura se sentaron en el suelo, dejando que las piernas colgasen por el borde del precipicio. *Jack* dio tres vueltas por el claro y fue a tenderse con la cabeza contra las rodillas de Laura.

Todos estuvieron muy quietos largo rato, mirando hacia el riachuelo Plum y los sauces, viendo cómo el

sol se hundía por occidente, a lo lejos, más allá de las praderas.

Al fin, mamá exhaló un profundo suspiro.

—Se respira tanta calma aquí... —murmuró—. Esta noche no tendremos que temer a los lobos ni a los indios. Hace una eternidad que no me sentía tan segura y tranquila.

—Sí, aquí estamos seguros —respondió papá lentamente—. En este lugar no puede ocurrirnos nada malo.

Los pacíficos colores se agruparon en torno al lindero del cielo, donde su bóveda se juntaba con el borde de la tierra. Los sauces respiraban y el agua charlaba consigo misma a la luz crepuscular. La tierra mostraba un color gris oscuro. El cielo, un gris claro, y las estrellas empezaban a taladrarlo esplendorosamente.

—Ya es hora de acostarse —ordenó mamá—. Además, hay una novedad. Hasta ahora, nunca habíamos dormido en una verdadera casa.

Se echó a reír, y papá le hizo coro suavemente.

Laura se tendió en la cama y prestó atención al agua que charlaba y a los sauces que murmuraban. Sin embargo, habría preferido dormir al aire libre, aunque hubiese oído lobos, que dentro de la seguridad de aquella casa subterránea.

3

JUNCOS Y GLADIOLOS

Todas las mañanas, una vez que Mary y Laura habían lavado los platos, hecho las camas y barrido el suelo, podían salir a jugar.

Delante de la casa crecían los dondiego de día, frescos y nuevos, con unas hermosas flores surgiendo de entre las hojas verdes. Los pájaros parloteaban a orillas del río Plum. A veces alguno cantaba.

«¡Tuit, tuit, oh, tuit, tuit, tuit!», decía uno.

«Chi, chi, chi...», murmuraba otro.

Algunos reían: «¡Ja, ja, ja..., ajajú!». Laura y Mary subían a lo alto de la casa y bajaban por la senda por la que conducían los bueyes a abrevar.

A lo largo del riachuelo crecían verdes juncos, y los gladiolos azules se erguían muy orgullosos por entre ellos.

Cada gladiolo azul tenía tres pétalos aterciopelados, que se curvaban hacia abajo como el vestido de una dama, cuya falda caía por encima de los aros del miriñaque. Desde su cintura, ascendían tres pétalos

sedosos y rizados, que se curvaban hasta casi juntarse. Cuando Laura miraba en su interior, veía tres lengüetas pálidas y estrechas, cada una con una cintita de pelusa dorada.

A veces, un abejorro, de cuerpo negro y dorado, como de terciopelo, zumbaba en torno a los gladiolos, antes de libar en ellos.

El ribazo del río era de barro blanco y caliente. Por allí revoloteaban mariposas de color amarillo pálido y azul claro, que se posaban sobre las flores para alimentarse con el néctar. Las libélulas de colores vivos volaban con sus alas zumbadoras. El barro formaba un montón apretujado entre los pies de Laura. Donde ella o Mary pisaban y por donde pasaban los bueyes, quedaban pequeños charcos dentro de las huellas dejadas.

Cuando vadeaban cerca de la orilla nunca quedaban las huellas en el barro. Primero se formaba un remolino semejante al humo, que no tardaba en fundirse en el agua clara. Luego, la huella de la pisada se esfumaba lentamente. Los dedos de los pies sólo dejaban una marca lisa, y el talón, un leve hoyo.

En el riachuelo nadaban muchos pececillos. Algunos eran tan pequeños que casi no se veían. Sólo cuando nadaban muy veloces podía divisarse su vientre plateado.

Por encima del agua patinaban las chinches acuáticas. Tenían unas patas muy largas, y sus piececitos formaban una hendidura en el agua. Era difícil distinguirlas porque patinaban tan de prisa que antes de verlas ya estaban en otra parte.

Los juncos dejaban oír un murmullo fuerte y entrecortado a impulsos de la brisa. No eran suaves y lisos como la hierba, sino duros, redondeados y esbeltos, y estaban todos agrupados. Un día en que Laura vadeaba en un paraje profundo, junto al cañaveral, se cogió a uno para sostenerse y poder llegar hasta la orilla, y el junco gimió.

Durante un instante, Laura fue incapaz de respirar. Después se asió a otro. Gimió y se partió en dos.

Los juncos eran unos tubos pequeños y huecos, ensamblados por las junturas. Los tubos chillaban cuando se los separaba. Y parecían gemir cuando se volvía a juntarlos.

Laura y Mary solían separarlos para oírlos chillar. Después unían los tubos más pequeños para hacer collares. Y con los grandes hacían tubos muy largos. Luego soplaban por esos tubos dentro del agua y hacían burbujas. Cuando tenían sed, aspiraban grandes sorbos de agua a través de ellos.

Mamá reía cuando Mary y Laura llegaban a la hora de comer o cenar, mojadas y llenas de fango, con collares verdes en torno al cuello y los largos tubos verdes en las manos. También llevaban ramilletes de gladiolos azules, que colocaban sobre la mesa para adornarla.

—Os aseguro —decía mamá— que jugáis tanto en el riachuelo, que os transformaréis en chinches acuáticas.

A papá y a mamá no les importaba que las chiquillas jugasen en el río. Sólo les prohibían remontarlo más allá del valle de los sauces. Allí, el riachuelo formaba un remanso, convirtiéndose en una hondonada

llena de agua profunda y oscura. No debían aproximarse nunca a tal lugar, ni siquiera para verlo.

—Un día os llevaré allí —les prometió papá.

Y un domingo por la tarde les anunció que ya había llegado dicho día.

4

AGUAS PROFUNDAS

En la cabaña, Laura y Mary se desnudaron, y cubrieron sus cuerpecitos con unos viejos vestidos remendados. Mamá se caló el sombrerito para prevenirse del sol, papá cogió a Carrie en brazos, y todos se marcharon de excursión.

Pasaron por delante del sendero del ganado y los juncos, dejando atrás el valle de los sauces y los ciruelos. Descendieron por un ribazo escarpado y herboso, y luego atravesaron un llano donde la hierba crecía alta y áspera. Más tarde se encontraron con un muro de tierra casi recto, donde no crecía hierba alguna.

—¿Qué es esto, papá? —preguntó Laura.

—Una meseta, hija mía.

Acto seguido, se abrió paso por entre la alta hierba, dejando un camino para mamá, Mary y Laura. De repente, salieron de entre la hierba alta y divisaron el río, que discurría alegremente sobre unas piedrecitas blancas, formando un amplio remanso que se curvaba

contra una orilla baja, donde la hierba tampoco era alta. A cada lado del remanso se inclinaban unos hermosos sauces. El agua reflejaba esos árboles, temblando ligeramente, con cada una de sus hojas verdes agitándose.

Mamá se sentó en la hierba de la orilla, con Carrie en brazos, en tanto Mary y Laura vadeaban en el remanso.

—¡Quedaos cerca de la orilla, niñas! —les gritó mamá—. ¡No vayáis a donde el agua es profunda!

El agua acabó por llegarles por debajo de las faldas, y esto las hizo flotar. Luego, la cretona de los vestidos se empapó, pegándose a sus piernas. Laura fue hundiéndose cada vez más. El agua fue subiendo, subiendo, hasta llegarle casi a la cintura. Entonces, la chiquilla se agachó y el agua subió hasta su barbilla.

Todo estaba mojado, frío e inseguro. Laura se sentía muy ligera. Sus pies pesaban tan poco que casi se elevaban del fondo del río. Saltaba, brincaba y chapoteaba con los brazos.

—¡Oh, no, Laura, no! —gritó Mary.

—¡No vayas tan lejos, Laura! —le advirtió mamá.

Laura, no obstante, continuó chapoteando. Un chapoteo más fuerte que los demás le levantó los pies del suelo. Con los pies levantados, los brazos de Laura no la supieron mantener a flote, y la cabeza se sumergió dentro del agua. Laura se asustó. No había nada en que apoyarse, nada sólido cerca ni lejos. De pronto, volvió a estar de pie. Estaba completamente mojada, pero sus pies se posaban sobre tierra sólida.

Nadie había visto todo aquello. Mary estaba levantándose la falda, y mamá jugaba con Carrie. A papá no

se lo veía entre los sauces. Laura caminaba por el agua lo más de prisa posible. Y continuaba hundiéndose gradualmente. El agua acabó por llegarle a la cintura y luego a los brazos.

De pronto, desde el fondo del agua, algo le agarró un pie.

Sintió una fuerte sacudida, y se hundió en el agua. No podía respirar, no podía ver nada. Tanteó con los brazos y no encontró ningún asidero. El agua llenaba sus orejas, sus ojos y su boca.

Al final, pudo sacar la cabeza fuera del agua... muy cerca de la de papá. Era papá el que la sujetaba.

—¡Bien, jovencita! —exclamó papá—, has ido demasiado lejos. ¿Te ha gustado?

Laura no podía hablar porque le faltaba la respiración.

—Ya has oído cómo mamá te ordenaba no alejarte de la orilla —prosiguió papá—. ¿Por qué no la has obedecido? Te merecías un chapuzón. ¿Obedecerás la próxima vez?

—¡S... sí, papá! —tartamudeó Laura—. ¡Oh, papá, por favor, hazlo otra vez!

—¡Vaya, esto es el colmo! —refunfuñó papá.

Repentinamente, su risa resonó entre los sauces.

—¿Por qué no has llorado cuando te he dado el chapuzón? —le preguntó a Laura—. ¿No estabas asustada?

—¡Oh..., sí..., estaba... tremendamente... asustada! —jadeó Laura—. Pero, por favor, ¿quieres repetirlo otra vez? —Cambió de tono para preguntar—: ¿Cómo has llegado hasta aquí, papá?

Papá le contó que había nadado bajo el agua desde

los sauces y después le recordó que no podían quedarse en aguas profundas, sino que debían volver cerca de la orilla y jugar con Mary.

Toda la tarde, papá, Laura y Mary jugaron en el río. Vadearon y trabaron alegres combates, y siempre que Laura o Mary se aproximaban a las aguas profundas, papá les daba un chapuzón. Mary fue muy buena después de la primera zambullida, pero a Laura tuvo que hundirla muchas veces.

Por fin llegó la hora de volver a casa. Fueron goteando por todo el sendero, a través de la alta hierba, y cuando llegaron a la meseta Laura quiso trepar arriba.

Papá fue el primero en trepar hasta cierta altura, y Laura y Mary lo imitaron, cogidas de sus manos. La tierra seca resbalaba y se deslizaba por debajo de sus pies. Del reborde superior de la pequeña meseta colgaban raíces entrelazadas. Por fin, papá izó a Laura y la dejó encima de la meseta.

Realmente, parecía una mesa. Aquel terreno se elevaba por encima de todas las hierbas altas, y era redondo y llano en la cima. Allí, la hierba era baja y suave.

Papá, Laura y Mary permanecieron de pie en aquella meseta, contemplando con admiración las tierras herbosas, el remanso del río y la pradera del fondo. Las praderas parecían extenderse hasta el mismo borde del cielo.

Luego, volvieron a deslizarse hacia abajo para regresar a casa. Había sido una tarde maravillosa.

—Nos hemos divertido mucho —admitió papá—. Pero, niñas, acordaos de mi advertencia. No os acerquéis a aquel remanso para nadar, a menos que vayáis conmigo.

5

UN EXTRAÑO ANIMAL

Laura estuvo acordándose todo el día siguiente. Recordaba el agua fría y profunda, a la sombra de los altos sauces. Y recordaba también que no debía acercarse por allí.

Papá no estaba en casa. Mary ayudaba a mamá, y Laura jugaba sola bajo el calor del sol. Los gladiolos azules se estremecían entre los juncos. Laura atravesó el valle de los sauces y empezó a jugar con las hierbas de la pradera, entre azucenas y margaritas. El calor era muy fuerte y el viento resultaba asfixiante.

De pronto, Laura se acordó de la meseta. Deseaba volver a trepar allá arriba. Pero no estaba muy segura de poder hacerlo sola. Papá, no obstante, no le había prohibido subir a la meseta.

Bajó corriendo por la escarpada orilla, cruzó el terreno llano, y atravesó por entre las hierbas altas y ásperas. La meseta se elevaba muy alta y recta. Era difícil subir hasta allí. La tierra seca resbalaba bajo los

pies de Laura y su vestido se ensuciaba cuando se le hundían las rodillas en el suelo y cuando se asía a las hierbas para izarse. El polvo se pegaba a su sudorosa piel. Pero al fin consiguió colocar su estómago sobre el reborde; se empujó, rodó sobre sí y se encontró en lo alto de la meseta.

Dio un salto y logró divisar el profundo y sombreado remanso bajo los sauces. Aquel rincón estaba frío y húmedo, y todo su cuerpo se moría de sed. Pero recordó que no debía ir allí.

La meseta parecía muy grande, desierta y poco interesante. Con papá pareció muy excitante, pero ahora no era más que un terreno llano, por lo que Laura decidió volver a casa y beber mucha agua. Tenía una gran sed.

Se deslizó por el lado de la meseta y lentamente reemprendió el camino por donde había llegado. Por entre la alta hierba, el aire soplaba calurosamente. La cabaña aún estaba lejos y Laura estaba atormentada por la sed.

Se dijo con toda la fuerza de su voluntad que no debía acercarse a aquel sombrío y agradable remanso del río, pero de improviso dio media vuelta y corrió hacia él. Sólo tenía la intención de contemplarlo. Sólo verlo le aliviaría la sed. Después, se dijo que podía vadear por la orilla, aunque no adentrarse hasta las aguas profundas.

Llegó al sendero abierto por papá y corrió más de prisa.

Y allí, en medio del sendero, vio al animal.

Laura dio un salto hacia atrás, se irguió y miró al

bicho. Nunca había visto un animal como aquél. Era casi tan largo como *Jack*, pero sus patas eran mucho más cortas. Y estaba totalmente cubierto por unas cerdas grises. Tenía una cabeza aplastada y sus orejas eran muy pequeñas. El animal levantó lentamente la aplastada cabeza y miró fijamente a Laura.

La niña estudió aquella graciosa carita. Y mientras los dos se estaban contemplando mutuamente, el animal se ensanchó, se encogió y se extendió en el suelo, muy plano. Cada vez se fue aplanando más, hasta no ser más que una piel gris. Ya no era un animal, sino unos ojos que la miraban.

Lenta y cautelosamente, Laura se agachó, buscó y cogió una rama de sauce. Así armada, se sintió más segura. Se mantuvo inclinada, mirando aquella piel plana y gris.

La piel no se movía, ni tampoco Laura. La niña se preguntó qué pasaría si hurgaba con la rama al animal. Tal vez cambiase de forma. De pronto, lo hurgó suavemente.

De la piel surgió un gruñido espantoso. Sus ojos adquirieron el brillo de la locura y los dientes casi mordieron la nariz de Laura.

La chiquilla emprendió una huida muy veloz, y no dejó de correr hasta que llegó a la casa.

—¡Dios mío, Laura! —exclamó mamá—. Te pondrás enferma, corriendo así con este calor.

Mientras tanto, Mary había estado sentada como una señorita, deletreando las palabras de un libro con el que mamá le enseñaba a leer. Mary era una buena niña.

Laura había sido traviesa y lo sabía. Había roto la promesa hecha a papá. Pero nadie la había visto. Nadie sabía que se había dirigido al remanso. Si ella misma no lo decía, nadie llegaría a saberlo. Sólo lo sabía aquel extraño animal, el cual no podía hablar. Pero Laura se sentía muy triste y desdichada en su interior.

Aquella noche estuvo mucho rato despierta en la cama, al lado de Mary. Papá y mamá estaban sentados fuera, a la luz de las estrellas. Papá tocaba el violín.

—Duérmete, Laura —murmuró mamá suavemente, y el violín tocó suavemente para ella.

Papá era una sombra contra el cielo, y su arco danzaba entre las grandes estrellas.

Todo era hermoso y bueno, excepto Laura. Había roto la promesa hecha a papá. Romper una promesa era tan malo como mentir. Laura deseaba no haber hecho tal cosa. Pero lo hecho, hecho estaba, y si papá se enteraba la castigaría.

Papá continuaba tocando dulcemente a la luz de las estrellas. Su violín cantaba suavemente, feliz. Papá pensaba que Laura era una niña buena. Al fin, Laura no pudo soportarlo más.

Saltó de la cama y cruzó la cabaña con los pies descalzos. Con su camisón y su gorrito de dormir, llegó al lado de papá. Éste arrancó las últimas notas de las cuerdas con el arco, y la niña comprendió que le estaba sonriendo.

—¿Qué pasa, Media Pinta? —le preguntó—. Pareces un pequeño fantasma, tan blanca en la oscuridad.

—Papá, yo... —murmuró Laura, con voz temblorosa—, yo... empecé a ir al remanso del río.

—¡De veras! —exclamó papá—. Bien, ¿y qué te impidió llegar? —preguntó luego.

—No lo sé —repuso Laura, contando su encuentro con el animal—. Tenía una piel gris y... se aplastó por completo. Y gruñía.

—¿Era muy grande? —quiso saber papá.

Laura le contó lo que sabía sobre el extraño animal.

—Debía de ser un tejón —reflexionó papá.

Durante largo tiempo no dijo más, y Laura esperó. La niña no podía ver su rostro en la oscuridad, pero se inclinó contra su rodilla, sintiendo lo fuerte y amable que era papá.

—Bien —suspiró éste al fin—, apenas sé qué hacer, Laura. Sí, confiaba en ti. Y resulta duro decidir qué hacer con una persona en la que no puedes confiar. Bueno, ¿sabes qué se hace con las personas en las que no es posible confiar?

—¿Qu... é, papá? —tembló Laura.

—Hay que vigilarlas —sentenció papá—. De modo que supongo que hay que vigilarte. Tendrá que hacerlo mamá porque yo debo ir a trabajar con Nelson. De manera que mañana te quedarás al lado de mamá para que te vigile. No la perderás de vista en todo el día. Si te portas bien, dejaremos que pruebes de nuevo si eres una niña en la que se puede confiar. ¿Qué te parece, Caroline? —le preguntó papá a mamá.

—Muy bien, Charles —dijo mamá desde la oscuridad—. La vigilaré mañana todo el día. Pero estoy segura de que será buena. Y ahora, Laura, vete a la cama a dormir.

El día siguiente fue un día espantoso.

Mamá estuvo remendando la ropa y Laura tuvo que quedarse dentro de casa. Ni siquiera pudo ir a la fuente a buscar agua, para no perder de vista a mamá. Fue Mary la que llevó el agua. Y después se marchó con Carrie a dar un paseo por la pradera. Laura, en cambio, se quedó en casa.

Jack puso el hocico entre sus patas y meneó la cola perezosamente; luego, corrió al caminito y miró a Laura, sonriendo con las orejas y suplicándole que saliera. No comprendía por qué Laura se obstinaba en quedarse en casa.

No obstante, Laura ayudó a mamá. Lavó los platos, hizo las camas, barrió el suelo y dispuso la mesa. A la hora de comer, se sentó en su banco, con la cabeza gacha, y se comió todo lo que mamá le puso en el plato. Después, volvió a lavar los platos. Más tarde, rasgó una sábana que estaba rota por el centro. Mamá dio vuelta con los pedazos de muselina, los cosió, y Laura remató la costura con una serie de puntadas muy pequeñitas.

No dejaba de pensar que aquella costura y aquel día nunca terminarían.

Pero al fin, mamá dobló la sábana y dijo que era hora de cenar.

—Has sido una buena niña, Laura —manifestó mamá—. Se lo diré a papá. Y mañana por la mañana, tú y yo iremos en busca de aquel tejón. Estoy segura de que te salvó de ahogarte, puesto que, de haber ido hasta el remanso, seguro que te habrías metido en el agua. Una vez que se empieza a ser una niña traviesa, es muy fácil continuar siéndolo cada vez más, y tarde o temprano sucede algo terrible.

—Sí, mamá —asintió Laura a tan prudentes palabras.

Laura estaba convencida de ello.

Había pasado el temido día. Laura no había visto salir el sol, ni las sombras de las nubes en la pradera. Los dondiego de día estaban mustios y los gladiolos, muertos. Durante el día entero, Laura no había visto discurrir el agua en el riachuelo, ni los pececillos ni las patinadoras chinches acuáticas. Y comprendió que ser buena no era tan duro como estar vigilada.

Al día siguiente fue con mamá en busca del tejón. Ya en el sendero, le enseñó a mamá el sitio donde el animal se había aplastado en el suelo. Mamá encontró el agujero donde vivía el animal. Era un pequeño hoyo redondo, situado debajo de unas matas en el ribazo de la pradera. Laura llamó al tejón y hasta hurgó con un palo dentro del agujero.

Pero si el tejón estaba en casa, no salió. Laura no volvió a ver nunca más a aquel tejón de color gris.

6

UNA GUIRNALDA DE ROSAS

En la pradera, más allá del establo, se alzaba una roca de color gris, muy alargada. Se elevaba por encima de la ondulante hierba y las flores silvestres bamboleantes. Por arriba era lisa, casi llana, y tan ancha que Mary y Laura podían correr una al lado de la otra, y tan larga que incluso les era posible hacer carreras. Era un sitio maravilloso para jugar.

En aquella roca crecían unos líquenes de bordes rizados, de un color verdigrís. La cruzaban hormigas vagabundas. A menudo, una mariposa se posaba encima de la piedra para descansar. Entonces, Laura examinaba las alas aterciopeladas que se abrían y cerraban lentamente, como si la mariposa respirase por ellas. Estudiaba los diminutos piececitos reposando sobre la roca, las antenas que temblaban y hasta los ojillos redondos y sin párpados.

Nunca intentaba cazar mariposas. Sabía que sus alas están cubiertas de plumas demasiado pequeñas

para poder verlas. Cualquier contacto quebraba aquellas plumas, lo cual hería a la mariposa.

El sol siempre era muy caluroso encima de la roca gris. La luz del sol siempre resplandecía sobre las ondulantes hierbas de la pradera, así como en los pájaros y las mariposas. Allí siempre soplaba la brisa, cálida y perfumada por las hierbas calentadas al sol. Muy lejos, hacia el lugar donde el cielo parecía juntarse con el suelo, se movían por la pradera unas cositas pequeñas. Era el ganado que estaba pastando.

Laura y Mary nunca subían por las mañanas a la roca para jugar, ni permanecían allí cuando el sol descendía hacia el ganado.

Las terneras pasaban en rebaño, con sus patas gruesas que pisoteaban la hierba y con los cuernos levantados. Johnny Johnson, el pastor, andaba detrás. Tenía una cara redonda y colorada, con ojos azules, y un cabello amarillento. Siempre sonreía sin decir nada. No podía. No conocía ninguna palabra de las que Laura y Mary sabían.

Una tarde, papá las llamó desde el río. Pensaba subir a la gran roca para ver cómo Johnny Johnson llevaba el ganado a casa, y Laura y Mary podían acompañarlo.

Laura brincaba de alegría. Nunca había estado tan cerca del rebaño, y no tenía miedo estando al lado de papá. Mary se aproximó más lentamente, sin separarse de papá para nada.

El ganado ya estaba muy cerca. Sus balidos y gruñidos eran más fuertes cada vez. Los cuernos sobresalían del conjunto, y a su alrededor se levantaba una nubecilla de polvo dorado.

—¡Aquí vienen! —gritó papá—. ¡Arriba!

Ayudó a Laura y a Mary a encaramarse en la roca para que contemplasen el ganado.

Lomos rojizos y negros, y otros lomos blancos y con pintas negras, surgieron por todas partes. Los ojos rodaban en las órbitas y las lenguas lamían los morros aplastados; las cabezas se erguían perversamente, enseñando los feroces cuernos. Pero Laura y Mary estaban seguras en la roca gris, y papá se quedó de pie apoyado en ella, para ver el espectáculo.

Cuando hubo pasado la última res, Laura y Mary distinguieron la vaca más bonita que habían visto en su vida.

Era una vaca muy blanca. Tenía las orejas coloradas, y en el centro de la frente lucía una mancha roja. Sus pequeños cuernos se curvaban hacia dentro, como si señalasen la manchita roja. En un costado, justo en el centro, había un círculo perfecto de manchitas coloradas, tan grandes como rosas.

Incluso Mary saltó y palmoteó de contento.

—¡Oh, mira, mira! —exclamó Laura—. ¡Papá, fíjate en la vaca de la guirnalda de rosas!

Papá se echó a reír. Estaba ayudando a Johnny Johnson a separar aquella vaquita de las demás.

—¡Venid, chicas! —les gritó—. ¡La llevaremos al establo!

Laura saltó de la roca y corrió hacia él, chillando:

—¿Por qué, papá, por qué? ¡Oh, papá!, ¿vamos a quedárnosla?

La vaquita penetró en el establo y papá explicó sencillamente:

—¡Ésta es nuestra vaca!

Laura dio media vuelta, corriendo a toda velocidad. Descendió por el sendero y llegó a la casa, gritando:

—¡Oh, mamá, mamá, ven a ver la vaca! ¡Tenemos una vaca! ¡Oh, mamá, es la vaca más bonita del mundo!

Mamá cogió a Carrie en brazos y fue a ver la vaca.

—¡Charles! —gritó extasiada.

—Es nuestra, Caroline. ¿Te gusta?

—¡Pero, Charles...! —repitió mamá.

—Es de Nelson —le explicó papá—. La pago con mi trabajo. Nelson necesita ayuda para la siega. Fíjate, es una estupenda vaca lechera. Caroline, ahora tendremos leche y mantequilla.

—¡Oh, Charles! —repitió mamá por tercera vez.

Laura no aguardó a oír más. Dio media vuelta y echó a correr otra vez, lo más de prisa posible, sendero abajo, hacia la cabaña. Ya allí, cogió su vaso de hojalata de la mesa y echó de nuevo a correr.

Papá ya había atado la bonita vaca blanca a su pesebre, al lado de *Pete* y *Bright*. La vaca estaba muy quieta, rumiando. Laura se agachó a su lado y, sosteniendo cuidadosamente el vaso en una mano, cogió a la vaca con la otra y empezó a apretar tal como había visto hacer a papá cuando ordeñaba. Sin lugar a dudas, el vaso no tardaría en contener una leche caliente y muy blanca.

—¡Dios mío! ¿Qué hace esta niña? —exclamó mamá.

—Estoy ordeñando, mamá —explicó Laura.

—¡Por este lado, no! —se horrorizó mamá—. Puede darte una coz.

Pero la amable vaca se limitó a volver la cabeza y a

mirar a Laura con sus ojillos bondadosos. Parecía sorprendida, pero no pegó ninguna coz.

—Siempre hay que ordeñar las vacas por el lado derecho, Laura —la instó mamá.

—¡Mira esa Media Pinta! —se limitó a comentar papá de buen humor—. ¿Quién te ha enseñado a ordeñar?

Nadie había enseñado a Laura, pero sabía cómo ordeñar una vaca, pues había visto cómo lo hacía papá. Ahora, todos la estaban contemplando. Chorro tras chorro, la leche iba cayendo, hasta que la espuma llegó casi al borde del vaso.

Papá, mamá, Mary y Laura tomaron cada uno un largo sorbo de aquella leche caliente y deliciosa, y lo que quedó se lo dieron a Carrie. La leche les sentó muy bien, y todos continuaron contemplando amorosamente a la vaca.

—¿Cómo se llama? —quiso saber Mary.

—Se llama... —rió largamente papá— *Guirnol*.

—*¿Guirnol?* —se extrañó mamá—. ¿Qué nombre es ése?

—Los Nelson le habían dado un nombre noruego, y cuando les pregunté qué significaba en inglés, me contestaron que quería decir «guirnol».

—¿Y qué diantres es un «guirnol»? —insistió mamá.

—Eso mismo le pregunté yo a la señora Nelson —explicó papá—, pero ella se limitó a repetir «guirnol», y creo que se sintió tan tonta como yo, porque finalmente logró articular «una guirnol de rosas».

—¡Una guirnalda! —proclamó Laura—. ¡Una guirnalda de rosas!

Todos rieron hasta más no poder, hasta que papá, ya un tanto calmado, dijo:

—Con esto hemos batido el récord. En Wisconsin vivimos entre suecos y alemanes. En territorio indio vivimos entre los pieles rojas. Y ahora, en Minnesota, todos nuestros vecinos son noruegos. Pero son muy buenos vecinos. De todos modos, sospecho que por estos andurriales hay muy pocas personas de nuestra tierra.

—Veamos —decidió mamá—, a esta vaca no la llamaremos *Guirnol*, ni siquiera Guirnalda de Rosas. Su nombre será *Manchita*.

7

EL BUEY EN EL TEJADO

Laura y Mary tenían ya sus quehaceres.

Todas las mañanas, antes de salir el sol, llevaban a *Manchita* a la gran roca gris para que se reuniera con el rebaño, de forma que Johnny Johnson la vigilase junto con las demás reses todo el día. Y todas las tardes tenían que ir en busca de la manada para conducir a *Manchita* al establo.

Por las mañanas, correteaban a través de la hierba húmeda de rocío, que les mojaba los pies, empapando los bajos de sus vestidos. A las niñas les encantaba chapotear descalzas por entre la alta hierba, cuajada de rocío. También les gustaba contemplar cómo el sol se asomaba por encima del borde del mundo.

Al principio todo estaba gris y tranquilo. El cielo estaba gris, la hierba estaba gris con el rocío, la luz era gris y el viento casi les impedía respirar.

Después, por el oriente, el cielo se coloreaba de verde. Si había alguna nubecilla, se volvía rosa. Laura y

Mary se sentaban sobre la roca húmeda y fría, abrazando sus heladas piernas. Descansaban la barbilla sobre las rodillas y lo contemplaban todo, y *Jack*, sentado sobre la hierba, también hacía lo mismo. Pero nunca se daban cuenta del momento exacto en que el cielo se teñía de color rosa.

Primero era un rosa muy pálido, y después el rosa se tornaba más intenso. Aquel colorido ascendía por el cielo poco a poco. Cada vez era más intenso y más brillante. Al final resplandecía como el fuego y, de repente, la nubecita mostraba un tono dorado muy reluciente. En el centro de tanto colorido, en el límite aplastado de la tierra, aparecía entonces una astilla de sol. Era como un breve destello de fuego blanco. De pronto, surgía todo el sol, grande, redondo, mucho mayor que el sol de las demás horas, arrojando tanta luz que su redondez parecía a punto de estallar.

Laura siempre parpadeaba a pesar suyo. Y en el tiempo que tardaba en parpadear una sola vez, el cielo se volvía azul, y la nube dorada se desvanecía. El sol de todos los días resplandecía sobre las hierbas de la pradera donde miles de pájaros ya revoloteaban y piaban.

Por las tardes, cuando el ganado regresaba a su hogar, Laura y Mary siempre corrían para subir a la enorme roca, a fin de llegar antes que todas aquellas cabezas, aquellos cuernos y aquellas patas tan poderosas.

Papá trabajaba para el señor Nelson, y *Pete* y *Bright* no tenían nada que hacer. Por tanto, iban con *Manchita* y el otro ganado a pastar. Laura nunca tenía miedo de la blanca *Manchita*, tan bondadosa, pero *Pete* y *Bright* eran tan grandes que asustaban a todo el mundo.

Por la tarde, todo el ganado regresaba enfadado. Las reses volvían gruñendo y pateando, y al llegar a la roca no querían avanzar. Corrían a su alrededor, balando y mugiendo, o peleando. Hacían rodar los ojos, embestían con los cuernos y luchaban entre sí. Sus cascos levantaban nubes de polvo, y el chocar de las cornamentas resultaba aterrador.

Mary estaba tan asustada que no podía moverse. Así que Laura acababa por saltar de la roca, pues sabía que tenían que llevar a *Manchita*, a *Pete* y a *Bright* al establo.

El ganado se arremolinaba en medio del polvo. Todas las reses pateaban, entrechocaban los cuernos y mugían. Pero Johnny las ayudaba a encaminar a *Manchita*, a *Pete* y a *Bright* a su pesebre. *Jack* también ayudaba, gruñendo detrás de los tres animales, mientras Laura gritaba al mismo tiempo. Y con su enorme cayado, Johnny alejaba al resto de la manada.

Primero, *Manchita* penetraba en el establo. Después lo hacía *Bright*, *Pete* era el último, y Laura ya no estaba asustada. Pero en cierta ocasión, *Pete* dio media vuelta, levantó los cuernos y la cola, y echó a galopar detrás de la manada.

Laura corría delante de él. Agitaba los brazos y chillaba. El buey mugía y seguía corriendo hacia la orilla del río.

Laura corría también con todas sus fuerzas, con el fin de colocarse otra vez delante del animal. Pero sus piernas eran muy cortas y las patas de *Pete* muy largas. *Jack* también corría todo lo que podía, pero esto sólo servía para que *Pete* diese unos saltos cada vez más largos.

Por fin, *Pete* saltó al tejado de la casa. Laura vio, horrorizada, cómo una pata posterior del buey atravesaba el tejado. Luego, vio cómo *Pete* se sentaba encima de la casa. Aquel enorme buey iba a caer encima de mamá y de Carrie, y la culpa sería de Laura por no haber sabido detenerlo.

El buey se incorporó, levantando las patas. Laura aún no había dejado de correr. Ahora ella y *Jack* estaban delante de *Pete*.

Persiguieron a *Pete* hasta el establo, y Laura finalmente lo atrancó con las barras. Todo su cuerpo temblaba, y sentía muy flojas las piernas. También se le juntaban las rodillas.

Mamá llegó corriendo por el sendero, con Carrie en brazos. Pero no había pasado nada. Sólo había un agujero en el tejado, en el sitio donde *Pete* se había sentado y vuelto a levantar. Mamá rió y dijo que esto le permitiría ver el cielo a través del techo.

—En fin, el daño ha sido poco —se consoló.

Llenó el agujero de hierba, y barrió dentro de la cabaña la tierra que había caído desde arriba. Luego, ella y Laura empezaron a reír porque resultaba muy divertido vivir en una casa en la que un ciervo podía entrar por el tejado. Era como estar en una conejera.

A la mañana siguiente, mientras Laura lavaba la encalada pared, tenía pellas de tierra. Levantó la vista para ver de dónde venían, y se apartó de un salto, más de prisa que un conejo. Una gran roca cayó de pronto y todo el tejado se vino abajo.

El sol brilló dentro de la casa y el aire se llenó de polvo. Mamá, Mary y Laura se asfixiaban y estornuda-

ron muchas veces, mirando hacia el cielo, al lugar donde hasta entonces había habido un techo. Carrie también estornudó en brazos de mamá. *Jack* llegó al trote, y cuando vio el cielo a través del techo, le gruñó enfadado. Luego, estornudó.

—Bien, esto lo soluciona —murmuró mamá.

—¿Cómo, mamá? —inquirió Laura.

La chiquilla no veía el asunto muy claro.

—Sí, lo soluciona todo —aclaró mamá—. Papá tendrá que reparar mañana el tejado.

Después, sacaron fuera la roca, la tierra y los haces de heno caídos. Mamá barrió la casa varias veces con la escoba de ramas de sauce.

Aquella noche durmieron dentro de la casa, teniendo por techo el cielo estrellado. Nunca les había sucedido una cosa igual.

Al día siguiente, papá tuvo que quedarse en casa para construir un tejado nuevo. Laura lo ayudó a transportar ramas de sauce, y luego se las fue entregando a medida que él las colocaba en su debido sitio. Más tarde, puso hierba fresca encima de las ramas, y amontonó tierra sobre la hierba. Por fin, papá apisonó césped y barro de la pradera.

Lo entremezcló todo y Laura lo ayudó a pisarlo por todas partes.

—Esta hierba volverá a crecer —murmuró papá—, y dentro de unos días ya nadie podrá distinguir este tejado del resto de la pradera.

No riñó a Laura por haber dejado escapar a *Pete*.

—¡Nuestro tejado —dijo solamente— no es lugar apropiado para que haga carreras un buey tan grande!

8

EL PAJAR

Cuando hubo terminado la siega del señor Nelson, papá ya tuvo pagada a *Manchita*. Ahora podía ocuparse de su propia siega. Así que afiló su larga y peligrosa hoz, que las niñas nunca tocaban, y empezó a cortar el trigo que crecía en el pequeño prado que se extendía más allá del establo. Luego lo ató en gavillas, que fue amontonando.

Después, todas las mañanas trabajaba en la tierra llana del otro lado del riachuelo. Segaba la hierba de la pradera y la dejaba secar al sol. Luego la rastrillaba, formando pilas, con un rastrillo de madera. Unció a *Pete* y a *Bright* a la carreta, la cargó con el heno y formó seis grandes montones.

Por la noche se hallaba siempre demasiado cansado para tocar el violín. Pero estaba contento porque cuando todo el heno quedase apilado podría arar aquella tierra, convirtiéndola en otro trigal.

Una mañana, al amanecer, llegaron tres desconocidos con una trilladora y trillaron los montones de trigo

de papá. Laura oyó el ruido de la máquina mientras conducía a *Manchita* por entre la hierba cuajada de rocío, y también cuando el sol se elevó muy resplandeciente en el cielo.

La trilla quedó concluida y los obreros se marcharon con su máquina antes del desayuno. Papá comentó que ojalá el señor Hanson hubiese sembrado más trigo.

—Aunque hay suficiente para que hagamos un poco de harina —agregó—. Y la paja, con el heno que he cortado, alimentará al ganado durante todo el invierno. El próximo —continuó—, tendremos una cosecha de trigo que valdrá la pena.

Cuando Mary y Laura subieron aquella mañana a la pradera a jugar, lo primero que vieron fue un magnífico pajar dorado.

Era alto y muy brillante al sol. Y olía mejor que el heno.

Los pies de Laura resbalaban en aquella paja deslizante, pero podía trepar por el pajar más de prisa de lo que resbalaba la paja. Al cabo de un minuto estaba ya en lo alto del pajar.

Desde allí podía divisar las copas de los sauces, y más lejos, el riachuelo. También veía toda la inmensa y redondeada pradera. Estaba casi tan alto como el cielo, casi tanto como los pájaros. Agitaba los brazos y saltaba sobre la paja. Casi volaba, muy arriba en el cielo aireado por la brisa.

—¡Estoy volando! ¡Estoy volando! —le gritó a Mary.

Su hermana empezó a trepar hasta ella.

—¡Salta! ¡Salta! —la animó Laura.

Se cogieron de las manos y empezaron a saltar, dando vueltas y más vueltas, alto, cada vez más alto. El viento soplaba inflando sus faldas, y sus bonetillos se balanceaban aunque bien sujetos por las cintas anudadas a sus gargantas.

—¡Más alto! ¡Más alto! —chillaba Laura gozosamente, dando saltos.

De pronto, la paja resbaló bajo ella. Laura empezó a descender por el pajar, más y más de prisa... y más de prisa todavía... ¡Pom! Aterrizó en el suelo. ¡Bum! Mary aterrizó a su lado.

Rodaron y rieron por encima de la paja caída. Luego volvieron a subir al pajar para deslizarse de nuevo a tierra. Nunca se habían divertido tanto.

Treparon y resbalaron, treparon y resbalaron, hasta que apenas quedó ninguna gavilla en el centro de los montones de paja.

Después se calmaron. Papá había fabricado el pajar y ahora no quedaba nada. Laura miró a Mary, y ésta miró a su hermana, y ambas contemplaron lo que quedaba del pajar. Después, Mary murmuró que se volvía a casa, y Laura la siguió sin rechistar. Se portaron muy bien, ayudando a mamá y jugando con la pequeña Carrie, hasta que papá llegó a comer.

Cuando entró miró directamente a Laura, y la niña bajó la vista al suelo.

—Niñas, espero que no volváis a deslizaros nunca más por el pajar —las riñó—. He tenido que pararme allí para recoger toda la paja suelta.

—Lo prometemos, papá —asintió Laura ansiosamente.

—Sí, papá, lo prometemos —insistió Mary.

Después de comer, Mary fregó los platos y Laura los secó. Luego, se pusieron los gorritos y remontaron el sendero hasta la pradera. El pajar brillaba como el oro a la luz del sol.

—¡Laura, qué haces! —gritó Mary.

—¡Nada! —replicó Laura—. ¡Ni siquiera pienso tocarlo!

—¡Apártate de la paja o se lo diré a papá! —la amenazó Mary.

—Papá no ha dicho que no pudiera oler la paja —se enfadó Laura.

La chiquilla se había aproximado al dorado pajar y aspiraba su olor a largas bocanadas. El sol había calentado la paja, y olía mejor que los granos de trigo cuando se mastican. Laura enterró el rostro en la paja, cerrando los ojos, y olió más hondo, más fuerte.

—¡Hum! —exclamó.

Mary levantó la vista hacia el pajar dorado y reluciente. Nunca había visto un cielo tan azul como el que se destacaba más arriba de aquel oro. Laura no podía quedarse en el suelo. Sentía anhelos de subir hacia aquel cielo tan azul.

—¡Laura! —le advirtió Mary—. ¡Papá nos lo ha prohibido!

Laura ya estaba subiendo.

—¡Oh, no! —la contradijo—. No ha dicho que no debamos subir. Ha dicho que no debíamos deslizarnos. Y yo sólo estoy subiendo.

—¡Baja ahora mismo de ahí! —le ordenó Mary.

Pero Laura ya estaba en lo alto del pajar.

—No voy a deslizarme —murmuró como una niña pequeña, mirando a Mary—. Papá no nos ha prohibido subir aquí.

No había nada más alto que el cielo azul. Soplaba el viento. La verde pradera era muy amplia y estaba lejos. Laura separó los brazos y saltó, y la paja saltó con ella.

—¡Vuelo! ¡Estoy volando! —exclamó Laura.

Mary también subió y también empezó a volar.

Saltaron hasta que no pudieron saltar más alto. Después, permanecieron tumbadas sobre la suave paja caliente. Por ambos lados de Laura surgían montoncitos de paja. Rodó de pronto hacia un costado y el montoncito se hundió... pero surgió otro. Rodó hacia el nuevo montoncito, y de pronto empezó a rodar cada vez más de prisa, sin poder parar.

—¡Laura! —gritó Mary—. ¡Papá ha dicho que...!

Pero Laura estaba rodando. Una vuelta tras otra, rodó por el pajar hasta que cayó sobre la paja que alfombraba el suelo.

Se puso en pie y trepó hasta lo alto del pajar nuevamente, tan de prisa como pudo. Se tumbó arriba y empezó a rodar otra vez.

—¡Vamos, Mary! —alentó a su hermana—. ¡Papá no ha dicho que no pudiésemos rodar!

—Sí, pero yo... —dudó Mary.

De repente empezó a rodar hacia abajo.

Sí, era muy divertido. Era más divertido que deslizarse. Treparon y rodaron, treparon y rodaron, riendo cada vez más alegremente y con más fuerza. Y la paja iba rodando también con ellas. Incluso vadeaban en la

paja, rodando una hacia la otra, y así siguieron trepando y rodando hasta que apenas quedó pajar al que trepar.

Entonces se quitaron hasta la última paja de sus vestidos, se arreglaron cuidadosamente hasta el último cabello, y regresaron sosegadamente a casa.

Cuando papá volvió al campo de heno aquella noche, Mary estaba muy ocupada disponiendo la mesa para la cena. Laura se hallaba detrás de la puerta, con la caja de muñecas de papel.

—Laura —ordenó papá con severidad—, ven aquí.

Lentamente, Laura salió de detrás de la puerta.

—Ven —repitió papá—, y tú también, Mary.

Se sentó y las dos niñas se plantaron ante él, hombro con hombro. Pero papá sólo miraba a Laura.

—Habéis vuelto a deslizaros por el pajar —las acusó papá con tono de reproche.

—No, papá —negó Laura.

—Mary —preguntó papá—, ¿os habéis deslizado por el pajar?

—No, papá —repitió Mary, vacilando.

—¡Laura! —La voz de papá era terrible—. Te lo preguntaré otra vez: ¿HABÉIS VUELTO A DESLIZAROS POR EL PAJAR?

—No, papá —respondió Laura otra vez.

Estaba mirando fijamente a papá. No sabía por qué papá se enfadaba tanto.

—¡Laura! —exclamó nuevamente papá con tono acusador.

—No nos hemos deslizado, papá —aclaró Laura al fin—. Aunque sí hemos rodado por el pajar.

Papá se levantó rápidamente, fue a la puerta y se asomó fuera. Le temblaba la espalda. Laura y Mary no sabían qué pensar.

Cuando papá dio media vuelta, tenía el rostro severo, pero le chispeaban los ojos.

—Está bien, Laura —murmuró—. Os lo diré más claro todavía: no quiero que os acerquéis al pajar. *Pete*, *Bright* y *Manchita* sólo tienen heno y paja como forraje para este invierno. Y necesitan hasta la última brizna. Vosotras no querréis que pasen hambre, ¿verdad?

—¡Oh, no, papá! —gritaron las dos a coro.

—Pues bien, si esa paja tiene que alimentarlos, HA DE ESTAR EN EL PAJAR. ¿Comprendido?

—Sí, papá —asintió Laura, secundada por Mary.

Y aquél fue el fin de los juegos en el pajar.

9

TIEMPO DE LANGOSTAS

Las ciruelas maduraban ya en los ciruelos silvestres de las orillas del río Plum. Los ciruelos eran unos arbustos muy bajos. Crecían muy juntos, con muchas ramas retorcidas completamente llenas de ciruelas de piel delgada y con mucho jugo. Alrededor de los ciruelos, el aire estaba como embalsamado y adormecido, y los insectos zumbaban constantemente.

Papá estaba arando la tierra que se extendía al otro lado del río, donde había segado el heno. Muy temprano, antes de salir el sol, Laura fue a llevar a *Manchita* a la roca gris para entregársela a Johnny, puesto que *Pete* y *Bright* ya no estaban en el establo. Papá los había uncido al arado y los estaba haciendo trabajar.

Cuando Laura y Mary acabaron de lavar los platos del desayuno, cogieron unos cubos y fueron a buscar ciruelas. Desde lo alto de la casa veían cómo papá arraba. Los bueyes, el arado y papá surcaban lentamente

una curva de la pradera. Parecían muy pequeños, y del arado salía una nubecita de polvo.

Cada día era mayor la tierra arada. El arado se tragaba el prado color oro y plata que había más allá del pajar. Y el campo se iba extendiendo por encima de las ondas de la pradera. Sería un gran trigal, y cuando papá segase el trigo, él, mamá, Laura y Mary tendrían todo lo que pudiera ocurrírseles.

Tendrían una casa, caballos y caramelos todos los días, cuando papá cosechase el trigo.

Laura atravesó la alta hierba hacia los ciruelos del río. El bonetillo le colgaba por la espalda, en tanto ella iba balanceando el cubo. La hierba mostraba ya un color amarillo, y docenas de pequeños saltamontes, también llamados langostas, saltaban para apartarse de los pies de Laura. Mary caminaba un poco más atrás, con el gorrito puesto.

Cuando llegaron a un ciruelo, dejaron los cubos en el suelo, los llenaron de ciruelas y los vaciaron dentro de unos cubos más grandes. Siguieron allí hasta que llenaron los cubos grandes. Entonces, los subieron al tejado de la casa. Mamá extendió unos paños limpios encima de la hierba del tejado, y Laura y Mary esparcieron las ciruelas sobre los paños para que se secasen al sol. Así, el próximo invierno podrían comer muchas ciruelas secas.

La sombra que daban los ciruelos no era muy espesa. El sol se filtraba por entre las estrechas hojas de sus ramas. Éstas se combaban por el peso de las ciruelas, y la fruta caía y rodaba por entre las matas del suelo.

Aunque muchas no se estropeaban en absoluto,

algunas ciruelas quedaban aplastadas, y otras se abrían, dejando brotar el jugo de su interior.

Las abejas y las avispas zumbaban densamente en torno a las ciruelas abiertas, mientras succionaban el jugo con toda su fuerza. Sus escamosas colas se movían con alegría. Estaban demasiado ocupadas y se sentían excesivamente felices para picar a nadie. Cuando Laura las hostigaba con una ramita de hierba, sólo se movían un poco, sin dejar de chupar el rico jugo.

Laura metió todas las ciruelas buenas en su cubo. Luego, apartó las avispas de una ciruela abierta con sus uñas, y rápidamente se metió la ciruela en la boca. Era muy dulce, muy caliente, muy jugosa. Las avispas empezaron a zumbar desmayadamente a su alrededor; no sabían dónde estaba su ciruela. Pero al minuto siguiente ya estaban amontonándose encima de otra ciruela para chuparla.

—Creo que te comes más ciruelas de las que coges —exclamó Mary.

—No, no. Ni más ni menos —la contradijo Laura—. Sólo cojo las ciruelas que me como.

—Sabes muy bien a qué me refiero —se enojó Mary—. Tú solamente juegas mientras yo trabajo.

Pero Laura llenó su cubo grande tan rápidamente como Mary el suyo. Mary estaba enojada porque le gustaba más coser o leer que coger ciruelas. Pero a Laura le horrorizaba permanecer sentada; le encantaba coger ciruelas.

Le gustaba sacudir los árboles. Es preciso saber exactamente cómo sacudir un ciruelo. Cuando se sacude con demasiada fuerza, las ciruelas verdes caen y se

malogran. Si lo sacudes con demasiada suavidad, no caen todas las ciruelas maduras y entonces caen por la noche y muchas se abren y se pierden.

Laura sabía cómo sacudir exactamente un ciruelo. Sujetaba el tronco rugoso y lo sacudía con un empujón veloz y decidido. De esta manera se balanceaban todas las ciruelas en sus tallos, y caían alrededor de Laura. Entonces, la niña daba otra sacudida, mientras las últimas ciruelas aún se movían, y éstas también caían... ¡pum, pum!, ¡pum, pum!, ¡pum, pum!

Había muchas clases de ciruelas. Cuando habían recogido todas las coloradas, las amarillas ya estaban maduras. Luego venían las azules. Éstas eran las más grandes de todas. Eran las ciruelas del hielo, que no maduraban hasta después de las heladas.

Una mañana, todo amaneció delicadamente plateado. Todas las hojas de hierba tenían un color plateado y el sendero mostraba un pequeño brillo. Debajo de las plantas de los pies descalzos de Laura había como fuego, y la niña dejaba en el sendero sus huellas de tono oscuro. El aire le enfriaba la nariz, y el aliento formaba un suave vaho. Lo mismo le sucedía a *Manchita*. Cuando salió el sol, toda la pradera destelló. Millones de pequeñísimas chispitas de color resplandecieron sobre la hierba.

Aquel día acabaron de madurar las ciruelas tardías. Eran unas frutas grandes, de color púrpura, y por encima tenían una película delgada, como escarcha.

El sol ya no calentaba tanto y las noches eran frías. La pradera tenía casi el color del heno seco. El aire olía de un modo distinto y el cielo ya no parecía tan risueñamente azul.

Sin embargo, el sol aún calentaba a mediodía. No llovió ni hubo más heladas. Era casi la época del Día de Acción de Gracias, el último jueves del mes de noviembre, y no había nieve.

—No sé qué pensar —murmuró papá—. Nunca había visto un tiempo igual. Nelson dice que los veteranos del campo lo llaman «tiempo de langostas».

—¿A qué se refieren con eso? —se interesó mamá.

—No lo sé —respondió papá—. Nelson sólo dijo que era un «tiempo de langostas». Y no logré aclarar el significado de esta frase.

—Tal vez se trate de un proverbio noruego —concluyó mamá.

A Laura le gustó aquella frase y cuando estuvo correteando por la pradera y vio saltar a las langostas, empezó a cantar para sí:

—¡Tiempo de langostas! ¡Tiempo de langostas!

10

EL GANADO EN EL HENO

El verano había terminado, el invierno se aproximaba, y había llegado, por tanto, el momento en que papá debía ir al pueblo. Allí en Minnesota, el pueblo estaba tan cerca que papá sólo estaría fuera un día, y mamá iría con él.

Se llevaron a Carrie, porque era demasiado pequeña para separarla de mamá. Pero Mary y Laura ya eran mayorcitas. Mary iba a cumplir nueve años, y Laura, ocho, por lo que podían quedarse en casa y cuidar de todo mientras papá y mamá estaban fuera.

Para ir al pueblo, mamá le hizo un vestido nuevo a Carrie con la cretona rosa que Laura llevaba de pequeña. Y aún quedó bastante para confeccionarle a la pequeña un gorrito rosa a juego. Toda la noche, Carrie tuvo puesto los rizadores en su cabello. Éste le colgaba en largos rizos dorados, y cuando mamá anudó las cintas del gorrito bajo la barbilla de la niña, Carrie parecía una rosa.

Mamá se puso su mejor vestido, el de lanilla tan

bonito con las fresas estampadas que ya había lucido en el baile del azúcar, en casa de la abuela, hacía ya mucho tiempo en los Grandes Bosques.

—Laura y Mary, espero que seáis buenas chicas —fue lo último que les dijo.

Estaba ya en su asiento de la carreta, con Carrie a su lado. Habían puesto el almuerzo en el vehículo. Papá espoleó a los bueyes.

—Volveremos antes de que anochezca —prometió—. ¡Arre! —les gritó a *Pete* y a *Bright*.

Los dos bueyes se encorvaron bajo el yugo y la carreta emprendió la marcha.

—¡Adiós, papá! ¡Adiós, mamá! ¡Adiós, Carrie, adiós! —gritaron Laura y Mary.

Lentamente, la carreta se fue alejando. Papá iba andando al lado de los bueyes. Mamá, Carrie, la carreta y papá fueron disminuyendo de tamaño, hasta desaparecer en la pradera.

Entonces, la pradera les pareció muy grande y vacía, aunque no tenían nada que temer. No había allí lobos ni indios. Además, *Jack* estaba junto a Laura, y era un perro con un gran sentido de la responsabilidad. Sabía que tenía que cuidarse de todo cuando papá no estaba.

Aquella mañana, Mary y Laura jugaron junto al río, entre los cañaverales. Pero no se acercaron al remanso. Ni tocaron el pajar. A mediodía se comieron la sopa de cereales y la melaza y se tomaron la leche que les había dejado mamá. Luego lavaron los vasos y los platos, y después lo guardaron todo.

Laura, más tarde, quiso ir a jugar a la gran roca gris,

pero Mary prefirió quedarse en casa. Y dijo que Laura debía quedarse también.

—Mamá me puede obligar —objetó Laura—, pero tú no.

—Claro que sí —replicó Mary—. Cuando mamá no está aquí, tienes que obedecerme porque yo soy la mayor.

—Al contrario, tú tienes que dejar que haga lo que quiera, porque soy la pequeña —protestó Laura.

—La pequeña es Carrie, no tú —repuso Mary—. Si no me obedeces, se lo diré a mamá.

—¡Supongo que puedo jugar donde me plazca! —gritó Laura.

Mary alargó el brazo, pero Laura fue más rápida. Salió velozmente de la casa y habría subido por el sendero, pero *Jack* estaba en medio. *Jack* tenía todo el cuerpo rígido, mirando al otro lado del río. Laura miró también y al momento chilló:

—¡Mary!

El ganado se hallaba alrededor de los montones de heno, comiéndoselo. Deshacían los montones con los cuernos, desparramaban el heno, y se lo comían y lo pisoteaban.

No quedaría nada con que alimentar a *Pete*, a *Bright* y a *Manchita* aquel invierno.

Pero *Jack* sabía lo que tenía que hacer. Echó a correr por la pendiente hasta llegar al puente. Papá no estaba allí para salvar el heno; por consiguiente, tenían que ahuyentar al ganado.

—¡No podremos! ¡No podremos! —gritaba Mary, asustada.

Pero Laura corrió detrás de *Jack*, y Mary la siguió. Así cruzaron el río y dejaron atrás la fuente. Llegaron a la pradera y entonces vieron las grandes y feroces reses muy cerca. Los largos cuernos desparramaban el heno que luego pisoteaban con sus patazas, mientras mugían con sus enormes bocas.

Mary estaba demasiado asustada para moverse. Laura también, pero el susto la impulsaba, en cambio, a moverse. Así, sacudió a su hermana. Luego divisó un palo, lo cogió y echó a correr, chillando, hacia el ganado. Una vaca rojiza y muy grande la amenazó con sus cuernos, pero *Jack* saltó detrás de la res. Ésta gruñó y se echó al galope. El resto del ganado también gruñó y corrió detrás de la vaca, perseguidos todos por *Jack*, Laura y Mary.

Pero no conseguían ahuyentar del todo al ganado del heno. Las reses se limitaban a dar vueltas y más vueltas por entre los montones, pisoteándolo todo y mugiendo. Los montones iban deshaciéndose cada vez más. Laura corría jadeando y chillando, blandiendo el palo. Pero cuanto más de prisa corría, más de prisa trotaba el ganado, negro, marrón y rojizo, blanco y con pintas, muy grande y con largos cuernos, y nunca dejaban de destrozar el heno.

Laura estaba sofocada y mareada. Llevaba el cabello alborotado y le impedía ver. Estaba afónica de tanto chillar, pero continuaba gritando, corriendo y blandiendo el palo. Estaba demasiado asustada para pegar a una de aquellas vacas tan enormes. Cada vez se desparramaba más el heno, y cada vez las reses lo pisoteaban más.

De pronto, Laura dio media vuelta y echó a correr en dirección opuesta. De este modo se halló frente a una gran vaca rojiza que estaba dando la vuelta al montón.

Las enormes patas, el inmenso lomo y los terribles cuernos se acercaban muy de prisa. Laura ya no podía chillar. Pero salió ante la vaca, agitando el palo. La vaca quiso detenerse, pero las demás reses corrían detrás de ella, por lo que no pudo pararse. Entonces, se apartó y echó a correr por el campo arado, con las demás vacas galopando detrás.

Jack, Laura y Mary las persiguieron, alejándolas de esta manera del heno. La persecución las condujo hasta muy lejos de la pradera.

Johnny Johnson apareció en la pradera, restregándose los ojos. Se había quedado dormido sobre un montón de hierba.

—¡Johnny! ¡Johnny! —lo llamó Laura a grito pelado—. ¡Despierta y vigila el ganado!

—¡Tienes que estar más alerta! —añadió Mary.

Johnny Johnson miró a Laura y a Mary, vio que su ganado pastaba en la hierba y puso cara de incomprensión. No sabía qué había sucedido y las dos niñas no se lo podían contar porque sólo entendía el noruego.

Volvieron a casa por entre la alta hierba, que acariciaba sus temblorosas piernas. Les encantó poder beber en la fuente. Y también les encantó poder sentarse a descansar dentro de la casa.

11

LA ESTAMPIDA

Durante toda aquella larga y tranquila tarde estuvieron en casa. El ganado no volvió a los montones de heno. Lentamente, el sol descendía por occidente. Pronto llegaría el momento de ir en busca de *Manchita* a la gran roca gris, y Laura y Mary deseaban que papá y mamá estuvieran ya en casa.

Una y otra vez subieron a la senda para mirar en lontananza. Al fin, se sentaron a la espera, con *Jack* encima del tejado. Cuanto más se hundía el sol, más erguía *Jack* sus orejas. A menudo, él y Laura se levantaban para mirar hacia el horizonte, por donde había desaparecido la carreta aquella mañana, aunque podían verlo igualmente estando sentados.

Finalmente, *Jack* giró una oreja en un sentido y luego la otra. Entonces miró a Laura y se estremeció de la cabeza a la cola. ¡Llegaba la carreta!

Las dos niñas y el perro estuvieron mirando afanosamente hasta que el vehículo apareció por la pradera.

Cuando Laura divisó a los bueyes, y a mamá y a Carrie sentadas en la carreta, empezó a saltar, agitando el gorrito y gritando:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

—Y vienen muy de prisa —añadió Mary.

Laura se quedó quieta. Había oído el fuerte traqueteo de la carreta. *Pete* y *Bright* iban al galope. Corrían. Huían.

La carreta traqueteaba, se bamboleaba y brincaba. Laura vio a mamá acurrucada en un rincón, asida a un costado y abrazando fuertemente a Carrie. Papá corría a largas zancadas al lado de *Bright*, gritando y hostigando al buey con la fusta.

Intentaba apartar a *Bright* de la orilla del río.

Pero no lo lograba. Los enormes bueyes galopaban cada vez más cerca de la escarpada orilla. *Bright* estaba apartando a papá. Iban a volcar. La carreta, mamá y Carrie caerían por la orilla y se hundirían en el río.

Papá lanzó un grito espantoso. Luego, golpeó a *Bright* en la cabeza con toda su fuerza, y el buey efectuó un viraje. Laura echó a correr, gritando también. *Jack* saltó sobre el morro del buey. Entonces, la carreta, mamá y Carrie empezaron a saltar. *Bright* se aplastó contra el establo y de pronto todo quedó en calma.

Papá corrió hacia la carreta y Laura lo siguió de cerca.

—¡So, *Bright*! ¡So, *Pete*! —ordenó papá.

Inmovilizó la carreta y miró a mamá.

—Estamos bien, Charles —murmuró ella.

Pero tenía la cara del color de la ceniza y temblaba sin poder contenerse.

Pete intentaba meterse dentro del establo, pero esta-

ba uncido a *Bright*, y éste tenía la cabeza encajada en la pared de aquella especie de cobertizo. Papá sacó a mamá y a Carrie de la carreta.

—No llores, Carrie —murmuraba mamá—. ¿Ves? Todos estamos bien.

El vestido rosa de Carrie estaba roto por delante. La niña sollozaba, con la carita hundida en el cuello de mamá, pero se serenó con los consuelos de mamá.

—¡Oh, Caroline! —exclamó papá—. Pensé que ibais a caer al río.

—Yo también lo pensé unos instantes —repuso mamá—. Pero sabía que tú lo impedirías.

—Bah... —refunfuñó papá—. Menos mal que *Pete* no ha querido imitar a *Bright* en su estampida. Y que en cuanto ha divisado el establo ha querido ir en busca de su cena.

Pero Laura sabía que mamá y Carrie habrían caído al río, junto con la carreta y los bueyes, si papá no hubiera corrido tanto y no le hubiera pegado a *Bright* con tanta fuerza. La niña se acurrucó contra la falda de mamá, abrazándola apasionadamente.

—¡Oh, mamita! ¡Oh, mamita!

Mary hizo lo mismo.

—Vamos, vamos... —las calmó mamá—. Bien está lo que bien acaba. Ahora, chicas, ayudadme a llevar estos paquetes adentro mientras papá se ocupa de los bueyes.

Entre todas entraron a la casa todos los paquetes. Luego las dos hermanas fueron al encuentro del ganado y llevaron a *Manchita* al establo, y allí Laura la ordeñó, en tanto Mary ayudaba a mamá a preparar la cena.

Ya en la mesa, las dos niñas contaron de qué modo el ganado había destrozado parte del heno y cómo ellas y *Jack* habían conseguido ahuyentar a las reses. Papá alabó mucho su comportamiento.

—Sabía que podíamos confiar en vosotras, ¿verdad, Caroline?

Habían olvidado por completo que papá siempre llevaba regalos del pueblo, pero después de cenar él echó atrás el banco y pareció aguardar algo. Entonces, Laura saltó sobre una de sus rodillas y Mary sobre la otra. Laura brincó encima de la rodilla de papá varias veces y al final preguntó:

—¿Qué nos has traído, papá? ¿Qué? Dilo...

—Adivinadlo.

No pudieron adivinarlo. Pero Laura sintió que algo crujía en el bolsillo de la chaqueta de papá y alargó la mano. Sacó una bolsa de papel, con listas rojas y verdes. ¡Y en la bolsa había dos enormes caramelos, uno para Mary y otro para ella!

Eran de azúcar de plátano, coloreados, planos por un costado.

Mary empezó a chupar el suyo, pero Laura lo mordió, con lo que el caramelo se partió. Su interior era duro, transparente y de color marrón oscuro. Y tenía un sabor muy rico, dulzón, que quedaba largo rato en la boca. Papá les explicó que era un caramelo de marrubio.

Una vez lavados los platos, Laura y Mary cogieron de nuevo los caramelos y se sentaron sobre las rodillas de papá, fuera de la casa, bajo el frío crepúsculo. Mamá continuó sentada dentro, acunando a Carrie en sus brazos.

El riachuelo murmuraba para sí bajo los sauces amarillos. Una a una, las grandes estrellas empezaron a asomarse por el azul del cielo, temblando y parpadeando al viento.

Laura estaba resguardada por el brazo de papá. La barba de éste le cosquilleaba agradablemente una mejilla, y el delicioso caramelo se iba fundiendo al contacto de su lengua.

—Papá... —susurró poco después.

—¿Qué pasa, Media Pinta?

—Creo que me gustan más los lobos que el ganado.

—El ganado es más útil, Laura.

La niña reflexionó unos segundos.

—Ya, pero... —insistió— prefiero los lobos.

No contradecía a papá, sólo expresaba lo que pensaba.

—Bien, Laura, ya no tardaremos mucho en poseer una buena yunta de caballos —manifestó papá.

Laura sabía ya cuándo ocurriría eso. Cuando cosechasen el trigo.

12

LOS CABALLOS DE NAVIDAD

El tiempo de las langostas fue un tiempo extraño. Ni siquiera el Día de Acción de Gracias nevó.

La puerta de la casa estuvo abierta de par en par mientras tomaban la comida de Acción de Gracias. Laura podía divisar desde su asiento las copas de los sauces, e incluso gran parte de la pradera, por el sitio donde descendería el sol. No había ni un solo copo de nieve. La pradera era como una suave alfombra amarilla. La línea donde se juntaba con el cielo no era muy definida, sino como manchada y borrosa.

«Tiempo de langostas», pensó Laura.

Recordaba a las langostas, largas, con sus alas plegadas y sus poderosas patas traseras. Sus pies, en cambio, eran delgados y propicios a los arañazos. Tenían cabezas muy duras, con ojos grandes en los lados, y sus mandíbulas eran pequeñas, aunque siempre mordisqueaban.

Si uno apresaba un saltamontes y lo sujetaba entre

los dedos mientras hurgaba suavemente con un tallo herboso en sus mandíbulas, el insecto empezaba a morder. Y continuaba mordisqueando la hoja hasta que la punta entraba en su boquita y desaparecía por completo.

La comida de Acción de Gracias fue excelente. Papá había cazado un ganso silvestre para aquella ocasión, y mamá lo había guisado en la pequeña estufa, ya que no tenía cocina ni horno. Pero mamá había hecho budín con su salsa. Y hubo pasteles de avena y puré de patatas. También mantequilla, leche y ciruelas secas. Y al lado de cada plato de hojalata había tres granos de maíz.

En la primera comida de Acción de Gracias, la que se conmemora cada año en este día, los pobres peregrinos sólo tenían para comer algunos granos de maíz. Entonces, llegaron los indios y les obsequiaron unos pavos, por lo que los peregrinos les estuvieron muy agradecidos.

Ahora, después de haber devorado la magnífica comida de Acción de Gracias, Laura y Mary se comieron el maíz, recordando a los peregrinos. El maíz asado estaba bueno. Crujía mucho y tenía un gusto muy dulce.

Por fin pasó el Día de Acción de Gracias y llegó el momento de pensar en Navidad. Seguía sin nevar ni llover. El cielo estaba gris, la pradera, amarillenta y triste, y el viento era frío, aunque sólo soplaba sobre el tejado de la casa.

—Una cabaña como ésta abriga y es bonita —declaró mamá—, pero aquí me siento como un animal en hibernación durante todo el invierno.

—No importa, Caroline —la consoló papá—. El año próximo tendremos una buena casa. —Le brilla-

ban las pupilas y su voz parecía cantar—. Y buenos caballos, y también una calesa para ir de paseo. ¡Os llevaré a todas en ella, vestidas con sedas suntuosas! Imagínate, Caroline: ¡una tierra como ésta, rica, llana, sin una piedra ni una cepa con las que luchar, y sólo a tres millas del ferrocarril! ¡Venderemos hasta el último grano de trigo cosechado! —Se pasó una mano por el cabello y añadió—: ¡Ojalá tuviera un par de caballos!

—Bien, Charles —adujo mamá—. Por el momento, aquí estamos, todos sanos, a salvo y abrigados, con comida para todo el invierno. Démosle gracias al Señor por lo que tenemos.

—Yo sí se las doy —asintió papá—. Pero *Pete* y *Bright* son demasiado lentos para la siega. Con ellos he arado todo el campo, pero sin caballos no puedo sembrar todo el trigo.

Entonces Laura tuvo la ocasión de hablar sin tener que interrumpir.

—No tenemos chimenea —murmuró.

—¿De qué estás hablando? —se extrañó mamá.

—De Santa Claus —repuso Laura.

—Cómete la cena, Laura, todo a su debido tiempo —le aconsejó mamá.

Laura y Mary sabían que Santa Claus no podía descender por la chimenea si no había chimenea. Un día, Mary le preguntó a mamá cómo entraría Santa Claus. Mamá no contestó.

—¿Qué queréis para Navidad, niñas? —inquirió en cambio.

Estaba planchando. Un extremo de la tabla de planchar se apoyaba en la mesa y el otro, en la cabecera de

la cama. Papá había construido la cabecera de aquella altura a propósito. Carrie jugaba en la cama, y Laura y Mary estaban sentadas a la mesa. La segunda se dedicaba a alisar el edredón, y Laura le hacía un delantal a su muñeca de trapo, Charlotte. El viento ululaba sobre el tejado, silbando en la tubería de la estufa, pero seguía sin haber nieve.

—Yo quiero caramelos —pidió Laura.

—Yo también —la imitó Mary.

—¡*Calamelo!* —gritó Carrie desde la cama.

—Y un vestido nuevo de invierno —siguió enumerando Mary—, un abrigo y una capucha.

—Yo también —repitió Laura—. Y un vestido para Charlotte y...

Mamá levantó la plancha de la estufa y la sostuvo hacia ellas para que la probasen. Las niñas se mojaron los dedos y luego la tocaron, muy de prisa, por la parte calentada. Si crujía, la plancha ya estaba bastante caliente.

—Gracias, Mary y Laura —les agradeció mamá. Volvió a planchar cuidadosamente una camisa de papá—. ¿Sabéis qué quiere papá para Navidad?

No lo sabían.

—Caballos —aclaró mamá—. Niñas, ¿os gustarían unos caballos?

Laura y Mary se consultaron con la mirada.

—Bueno —prosiguió mamá—, pensé que si todos queríamos caballos y sólo caballos, tal vez...

Laura experimentó una gran tristeza. Los caballos eran algo de cada día; no un regalo de Navidad. Si papá compraba los caballos, se ganaría la vida con

ellos. Laura no podía pensar en Santa Claus y en unos caballos al mismo tiempo.

—¡Mamá! —gritó de pronto—. Santa Claus existe, ¿verdad?

—Pues claro —le aseguró mamá, dejando otra vez la plancha sobre la estufa para calentarla—. Cuanto mayor se hace uno, más cosas sabe sobre Santa Claus —explicó—. Vosotras ya sois mayorcitas, de manera que sabéis que no puede ser sólo un hombre, ¿verdad? Ya sabéis también que en Nochebuena, él está en todas partes. Está en los Grandes Bosques, en el territorio indio, y en el estado de York... y aquí. Baja por todas las chimeneas al mismo tiempo. Vosotras ya sabéis todo esto, ¿no es cierto?

—Sí, mamá —asintieron las dos hermanas.

—Bien —continuó mamá—, entonces ya veis...

—Supongo que es como los ángeles —murmuró Mary, lentamente.

Laura suponía lo mismo que Mary.

Mamá aún les contó algo más de Santa Claus. Estaba en todas partes y, además, en todo momento.

Todo aquel que no era egoísta era un Santa Claus.

Nochebuena es el momento del año en que nadie es egoísta. Aquella noche, Santa Claus estaba en todas partes, porque todo el mundo, todo el mundo, dejaba de ser egoísta, porque todo el mundo quería que los demás fuesen felices. Y por la mañana, uno veía lo que Santa Claus había hecho.

—Si todo el mundo quisiera que todos los demás fuesen felices siempre —preguntó Laura muy interesada—, ¿siempre sería Navidad?

—En efecto, Laura —afirmó mamá.

Laura pensó acerca de estas palabras lo mismo que Mary. Meditaron, se consultaron mutuamente, y comprendieron lo que mamá esperaba de ellas. Quería que sólo deseasen los caballos para papá. Volvieron a mirarse mutuamente, desviaron sus miradas al momento y no contestaron. Ni siquiera Mary, que siempre era tan buena, pronunció una sola palabra.

Aquella noche, después de cenar, papá atrajo a Laura y a Mary hacia sí.

Laura levantó los ojos hacia su rostro y se acurrucó contra él.

—Papá...

—¿Qué pasa, Media Pinta de Sidra Dulce? —preguntó papá.

—Papá, yo quiero que Santa Claus traiga... —musitó la niña.

—¿Qué? —se asombró él.

—Los caballos —expresó Laura—. ¿Me dejarás montarlos alguna vez?

—¿Y a mí también? —añadió Mary.

Pero Laura lo había dicho antes.

Papá estaba atónito. Las pupilas le brillaban con un brillo suave y maravilloso.

—¿De veras queréis unos caballos?

—¡Oh, sí, papá! —exclamaron ambas.

—En ese caso —sonrió papá—, creo que Santa Claus nos traerá una buena yunta de caballos.

Y la cosa quedó decidida. No habría regalos de Navidad, sólo caballos. Laura y Mary se desnudaron con tranquilidad, y se abrocharon los camisones, anu-

dándose las cintas de los gorros de dormir. Después se arrodillaron y rezaron en voz alta:

Vamos ahora a dormir
y el Señor guarde mi alma.
Si muero durante el sueño,
que Dios me otorgue Su calma.

—Y que el Señor bendiga a papá, a mamá, a Carrie y a todo el mundo, y que las dos seamos muy buenas y cariñosas. Amén.

Laura añadió, para sí:

«Y, por favor, haz, Señor, que esté contenta con los caballos el día de Navidad, por siempre, amén».

Subió a la cama y casi inmediatamente se sintió feliz. Pensaba en los caballos, tan esbeltos y brillantes, en sus crines y colas al viento, en la forma como trotaban briosamente, cómo husmeaban el aire con sus aterciopeladas narices y cómo lo miraban todo con sus ojos relucientes y bondadosos. Y papá les permitiría montar en ellos.

Papá había afinado el violín y se lo apoyó en el hombro. Arriba, el viento gemía plañideramente en la oscuridad de la fría noche. Pero dentro de la casa todo resultaba alegre y abrigado.

Por las juntas de la estufa surgían pequeñísimas chispas que resplandecían en las agujas de hacer calceta de mamá y querían posarse en el codo de papá. En las sombras, el arco estaba danzando; papá llevaba el compás golpeando el suelo con el pie, y la alegre música ahogaba los gemidos del viento.

13

¡FELIZ NAVIDAD!

A la mañana siguiente, había nieve en el aire. Pequeños copos de nieve giraban en remolinos en la atmósfera, mientras el viento empezaba a soplar ferozmente.

Laura no pudo salir a jugar. En el establo, *Manchita, Pete* y *Bright* tampoco pudieron salir, y tuvieron que contentarse con ir mordisqueando el heno y la paja. En casa, papá se dedicó a remendar sus botas mientras mamá le leía otra vez una novela titulada *Millbank*. Mary cosía y Laura jugaba con Charlotte. Dejó que Carrie acunase a la muñeca, aunque era demasiado pequeñita para jugar con muñecas de trapo, puesto que podía romperlas.

Aquella tarde, cuando Carrie se quedó dormida, mamá llamó a su lado a Mary y a Laura. Su rostro resplandecía con la anticipación de un secreto. Las tres juntaron las cabezas y mamá se lo reveló. ¡Podían fabricar una sarta de botones que sonasen alegremente como regalo de Navidad para Carrie!

Las dos niñas subieron a su cama, se colocaron de espaldas a Carrie y separaron mucho las piernas para que sus faldas le taparan la visión. Mamá les entregó la caja de los botones.

Estaba casi llena. Mamá guardaba botones desde que era niña, aún más pequeña que Laura, y tenía incluso botones guardados por su propia madre, la cual también los había coleccionado desde muy pequeña. Había botones azules y colorados, plateados y dorados, botones curvados hacia adentro, con dibujos que representaban castillos, puentes y árboles, botones brillantes, de nácar, botones estriados, otros parecidos a jugosas moras, y hasta un botón con una cabeza de perro. Laura gritó alegremente cuando lo vio.

—¡Viva!

—¡Chist! —la obligó a callar mamá, pero Carrie no se había despertado.

Mamá les regaló todos aquellos botones para que fabricasen una sarta para Carrie.

A partir de entonces, a Laura ya no le supo mal tener que quedarse en casa. Cuando miró por la puerta, el viento arrojaba furiosamente los copos de nieve hacia la tierra helada. El riachuelo también estaba lleno y las copas de los sauces contenían más nieve que hojas. En casa, Mary y Laura tenían su secreto.

Jugaron amablemente con Carrie, dándole todo lo que la niña les pedía. La acunaron y le cantaron nanas para que se durmiera. Después, trabajaron en la confección de la sarta de botones.

Mary sostenía un extremo del cordel y Laura el otro. Así, iban cogiendo los botones más bonitos y los

ensartaban en la hebra. A veces, quitaban algunos botones para sustituirlos por otros. Y en dos ocasiones, sacaron todos los botones y volvieron a empezar. Estaban dispuestas a confeccionar la sarta de botones más maravillosa del mundo.

Un día, mamá les anunció que era la víspera de Navidad. Era preciso que terminasen la sarta de botones.

Pero no consiguieron que Carrie se durmiese. La niña no hacía más que correr, trepar a los bancos y saltar, brincar y cantar. Nunca se cansaba. Mary le ordenó que se estuviese quieta como una señorita, pero Carrie no la escuchó. Laura le permitió tener en brazos a Charlotte, pero la chiquilla la arrojó al suelo, y después contra la pared.

Por fin, mamá la cogió en brazos y le cantó varias nanas. Laura y Mary estaban completamente inmóviles. Mamá empezó a cantar cada vez más bajo, y los ojitos de Carrie empezaron a cerrarse. Cuando mamá dejó de cantar, la niña abrió rápidamente los ojos y chilló:

—¡Más, mamita, más!

Al fin se durmió. Entonces, con gran rapidez, Laura y Mary terminaron la sarta de botones. Mamá anudó los dos extremos. La sarta estaba lista y no podían cambiar ningún botón. ¡Oh, era una sarta estupenda!

Aquella noche, después de cenar, cuando Carrie se quedó profundamente dormida, mamá colgó su par de medias más limpias del borde de la mesa. Laura y Mary, ya vestidas con los camisones de dormir, metieron la sarta de botones dentro de una media.

Nada más. Mary y Laura ya se iban a la cama, cuando papá les preguntó:

—Niñas, ¿no colgáis vuestras medias?

—Yo pensaba —repuso Laura— que Santa Claus sólo nos traería los caballos.

—Tal vez sí —observó papá—. Pero las niñas han de colgar siempre sus medias en Nochebuena, ¿no es cierto?

Laura no supo qué pensar. Y tampoco Mary. Mamá sacó dos medias limpias del cajón de la ropa y papá las ayudó a colgarlas al lado de la de Carrie.

Laura y Mary rezaron y se acostaron muy pensativas.

Por la mañana, Laura oyó chisporrotear el fuego. Abrió un solo ojo y vio la luz de la lámpara, y un bulto en una media.

Lanzó un chillido y saltó de la cama. Mary también saltó velozmente al suelo, y Carrie se despertó. En la media de Laura, y en la media de Mary, había unos paquetes pequeños, los dos iguales. Y dentro de los paquetes había caramelos.

Laura contó seis, y Mary otros seis. Nunca había comido unos caramelos tan ricos. Y además muy bonitos. Algunos parecían cintitas, ondulados como las olas del río. Otros eran pequeños, como palitos redondos, y en los extremos aplastados había flores de colores. Otros eran totalmente redondos, con rayas a todo lo largo y ancho.

En una de las medias de Carrie encontraron cuatro preciosos caramelos. En la otra estaba la sarta de botones. Cuando vio aquellos regalos, Carrie puso unos

ojos y una boca completamente redondos. Después gritó con gran alborozo, cogió los regalos y volvió a gritar.

Se sentó sobre las rodillas de papá, contemplando sus caramelos y la sarta de botones, muy agitada y riendo alegremente.

Bien, había llegado el momento de que papá se dedicase a sus quehaceres.

—¿Creéis que en el establo habrá algo también? —preguntó con cierta picardía.

—Vestíos lo antes posible, niñas —dijo mamá—, y acompañad a papá al establo, a ver qué hay.

Era invierno, y por lo tanto tuvieron que ponerse unos calcetines gruesos y las botas. Pero mamá las ayudó a abrochárselas y también les anudó los chales bajo la barbilla. Luego, echaron a correr sobre la tierra helada.

Todo estaba gris, excepto una franja colorada en el cielo, por oriente. Aquella luz rojiza relucía sobre los montoncitos de nieve blancuzca. También había nieve acumulada entre las hierbas de las paredes y el tejado del establo, si bien aquella nieve tenía un tono colorado. Papá las esperaba a la puerta del establo. Se echó a reír cuando vio a Laura y a Mary, y se apartó a un lado para dejarlas entrar.

Allí, en los pesebres de *Pete* y *Bright*, había dos caballos.

Eran más grandes que *Pet* y *Patty*, de un color castaño muy suave, brillante como la seda. Las crines y las colas eran negras. Sus ojos eran muy grandes y muy relucientes, y parecían bondadosos. Los dos animales

acercaron sus aterciopelados morros a Laura, mordisqueándole suavemente la mano, que le calentaron con su aliento.

—¡Bien, renacuajo... y tú, Mary! —preguntó papá muy contento—. ¿Qué os parecen estas Navidades?

—¡Oh, papá, son maravillosas! —fue todo lo que acertó a decir Mary.

Laura aún pudo decir menos, ya que sólo gritó:

—¡Oh, papá!

—¿Quién quiere llevar los caballos de Navidad a abrevar? —preguntó, con las pupilas brillantes.

Laura apenas logró refrenar su impaciencia mientras papá ayudaba a Mary a montar un caballo, y le enseñaba cómo debía sujetarse a la crin, añadiendo que no debía asustarse en absoluto. Después, las fuertes manos de papá encaramaron a Laura sobre el otro caballo, el más grande, de lomo más gentil.

Todo el paisaje resplandecía por el reflejo de la luz del sol sobre la nieve y la escarcha. Papá se adelantó, conduciendo los caballos y llevando el hacha para romper el hielo del río, a fin de que los animales pudiesen abrevar. Los caballos irguieron sus cabezas, respiraron profundamente y soplaron el frío por sus narices. Sus orejas se enderezaron hacia adelante, después hacia atrás, y otra vez adelante.

Laura iba asida a la crin del caballo, y de pronto juntó sus botas y se echó a reír. Papá, los caballos, Laura y Mary fueron muy felices aquella mañana de Navidad tan fría, tan alegre.

14

LA INUNDACIÓN

En medio de la noche, Laura se incorporó en la cama. Nunca había oído un estruendo tan inmenso.

—¡Papá, papá! —gritó—. ¿Qué pasa?

—Parece el río —repuso papá, saltando de la cama.

Abrió la puerta y el estruendo penetró hasta la densa oscuridad de la casa. Laura se asustó.

—¡Rayos y centellas! —oyó cómo gritaba papá—. ¡Está lloviendo a cántaros!

Mamá dijo algo que Laura no logró oír.

—¡No se ve nada! —replicó papá—. ¡Ahí fuera está tan oscuro como un gato negro en un túnel! No te preocupes, el río no puede llegar hasta aquí. ¡El agua irá hacia la orilla del otro lado, que es más baja!

Cerró la puerta y el ruido disminuyó mucho.

—Vamos, duérmete, Laura —murmuró papá.

Pero ella continuó despierta, escuchando el estruendo de aquel torrente.

De pronto, abrió los ojos. La ventana mostraba un color gris. Papá se había marchado. Mamá estaba preparando el desayuno, y el río continuaba atronando el espacio.

Laura saltó de la cama como un rayo y abrió la puerta. ¡Brrr! La helada lluvia se abatió sobre ella y la dejó sin aliento. Dio un salto hacia afuera, dejando que el agua fría resbalase por su piel. Justo a sus pies, el riachuelo formaba una avenida de agua, con un ruido ensordecedor.

El sendero terminaba donde ella estaba. Las embravecidas aguas saltaban y se arremolinaban encima de los planos escalonados que conducían al puente. Los sauces parecían haberse ahogado y sus copas se agitaban alocadamente en medio de torbellinos de espuma amarillenta. El ruido dejó casi sorda a Laura, y ni siquiera oía caer la lluvia. Sentía palpitar su corazón debajo de su empapado camisón, y le parecía que en la cabeza no tenía ni un solo cabello; sin embargo, toda su atención se hallaba fija en el formidable estruendo del río.

Aquellas aguas rápidas y voraces eran espantosas y fascinantes. La espuma cubría las copas de los sauces y se esparcía desordenadamente por la pradera. Luego crecía, se volvía blanca y descendía nuevamente hacia el remanso del río. Siempre cambiaba y siempre era la misma, colérica y terrible.

De pronto, mamá cogió a Laura por un brazo y la obligó a entrar en casa.

—¿No has oído cómo te llamaba? —le preguntó.

—No, mamá.

—Claro, supongo que con este ruido...

El agua resbalaba por el camisón de Laura, formando un charco a sus pies. Mamá le quitó el camisón y le restregó la cabeza con una toalla.

—Ahora vístete rápidamente —le ordenó—, o atraparás un buen resfriado.

Pero Laura se sentía muy caliente. Nunca se había encontrado tan bien.

—Me asombra, Laura —se extrañó Mary—. Yo no saldría a mojarme por nada de este mundo.

—¡Oh, Mary! —exclamó Laura—, tendrías que ver el río! Mamá —preguntó luego—, ¿podré volver a salir después de desayunar?

—No, hija mía —se opuso mamá—. Al menos, mientras llueva.

Sin embargo, mientras tomaba el desayuno cesó la lluvia. Salió el sol, y papá invitó a Laura y a Mary a ir con él a ver el río.

El aire era fresco y estaba limpio, aunque algo húmedo. El cielo ofrecía un bello color azul, con grandes nubes surcando el espacio. Toda la nieve había desaparecido, y había dejado la tierra muy mojada. En la elevada orilla, Laura empezó a oír el estrépito del río.

—Este tiempo me deja estupefacto —confesó papá—. Nunca había visto nada igual.

—¿Todavía es el tiempo de las langostas? —quiso saber Laura, pero papá no lo sabía.

Caminaron por el ribazo, contemplando un panorama extraño. El río, con sus remolinos y su espuma, lo cambiaba todo. Los ciruelos no eran más que unos arbustos cubiertos de espuma, dentro del agua. La

meseta era como una isla redonda. A su alrededor, el agua discurría suavemente, surgiendo de un río ancho y murmurador, y luego volvía a desembocar en el mismo. El remanso mostraba sólo unos sauces muy bajitos en lugar de aquellos tan altos de la primavera.

Más allá se extendía la tierra que papá había arado, muy negra y mojada. Papá la contempló y exclamó con alegría:

—Ya no tardaré mucho en poder recoger el trigo que planté.

15

EL PUENTE

Al día siguiente, Laura estaba segura de que mamá no la dejaría jugar en el río. Todavía hacía mucho ruido, aunque con más suavidad. Pero desde la cabaña podía oír cómo el río la llamaba. Por tanto, Laura se deslizó afuera sin decirle nada a mamá.

El agua ya no estaba tan crecida. Las terrazas que descendían hacia el río ya no estaban inundadas, y Laura vio la espuma arremolinándose contra el puente. Pero parte de la tabla quedaba encima del agua.

El río había estado todo el invierno cubierto de hielo, inmóvil, sin hacer ruido. Ahora corría alocadamente, dejando oír un estrépito regocijante. Cuando chocaba con la única tabla del puente, la espuma se deshacía en burbujas, como riéndose de sí misma.

Laura se quitó los zapatos y los calcetines y los dejó en seco, en la última terraza. Después anduvo descalza hasta la tabla del puente y se dedicó a contemplar las ruidosas aguas.

Grandes gotas le mojaban los pies, y contra sus piernas se arremolinaban pequeñas olas. Laura se sentó sobre la tabla, dejando colgar las piernas. El río se abalanzaba contra sus pies, y la niña empezó a patear dentro del agua. ¡Oh, qué divertido era!

Laura estaba casi mojada por completo, pero todo su cuerpo anhelaba estar dentro del agua. Se tumbó sobre el estómago y dejó colgar los dos brazos a ambos lados de la tabla, hundiendo las manos en las torrenciales aguas. Pero esto no era suficiente. Laura deseaba gozar realmente del estruendo de aquel alegre río. Por consiguiente, juntó las manos por debajo de la estrecha tabla y empezó a rodar en torno a la misma.

En aquel mismo instante comprendió que el río no jugaba. Al contrario, era muy fuerte, terrible, y atrapó todo su cuerpo y lo atrajo debajo de la tabla. Sólo le quedaba la cabeza fuera del agua, y un brazo aferrado a la estrecha tabla.

El agua empezó a empujara cada vez más. Intentaba arrastrar su cabeza dentro del río. Se sostuvo con la barbilla encima de la tabla, y pasó el brazo hasta el otro extremo para asirse con más fuerza, mientras el agua empujaba el resto de su cuerpo. Aquello ya no resultaba divertido.

Nadie sabía dónde estaba. Nadie la oiría aunque pidiese auxilio. El agua hacía mucho ruido y la empujaba cada vez con más fuerza. Laura pataleaba, pero el agua era más poderosa que sus piernas. Al fin consiguió pasar los dos brazos por encima de la tabla, pero el agua no se rendía. Por fin, el agua consiguió pasar por encima de la cabeza de Laura, sacudiéndola como

para partirla en dos. Hacía mucho frío. Y aquella frialdad penetraba hasta su alma.

No era lo mismo que luchar contra lobos o contra el ganado. El río no tenía vida. Sólo era fuerte, terrible y corría sin parar. La empujaba hacia abajo, obligándola a girar, a dar vueltas, como si fuese la rama de un sauce. Oh, esto no le importaba al río.

Laura sentía un gran cansancio en las piernas, y sus brazos apenas lograban sujetarse a la tabla.

—¡He de salir de aquí! ¡He de salir! —gritó.

El tumulto del río estaba dentro de su cabeza. Empezó a agitar frenéticamente los pies y con los brazos fue izándose lentamente. Por fin, se encontró tumbada de nuevo sobre la tabla.

La madera parecía muy sólida debajo de su estómago y su cara. No se movió, respirando entrecortadamente, y dando gracias de que la tabla del puente fuese tan sólida.

Cuando se movió, la cabeza le dio vueltas. Por fin, saltó a la orilla. Recogió los zapatos y los calcetines y, lentamente, fue subiendo por las terrazas. Se detuvo a la puerta de la cabaña. No sabía qué decirle a mamá.

Poco después decidió entrar. Después de cruzar el umbral, volvió a detenerse, dejando que el agua gotease de su vestido. Mamá estaba cosiendo.

—¿Dónde has estado, Laura? —quiso saber mamá, levantando la cabeza. De pronto, corrió hacia su hija, exclamando—: ¡Dios mío! ¡Date la vuelta, vamos! —Empezó a desabrochar la espalda del vestido de Laura—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Has caído al río?

—No, mamá —negó Laura—. Yo... Yo...

Mamá escuchó las explicaciones de la chiquilla y continuó desnudándola y secándola con una toalla. Ni siquiera la riñó después de escuchar toda la verdad. A Laura le castañeteaban los dientes y mamá la envolvió en la colcha y la hizo sentar junto a la estufa.

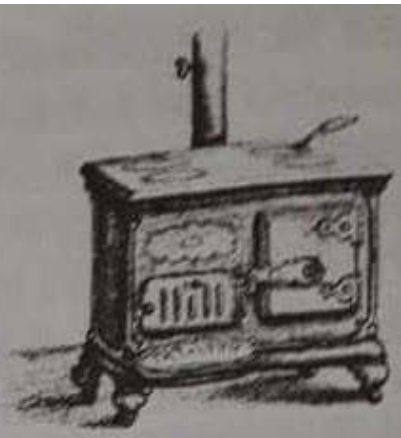
—Bien, Laura —dijo al fin mamá—. Has sido traviesa y creo que te das cuenta. Sin embargo, no puedo castigarte. Ni siquiera reñirte. Has estado a punto de ahogarte.

Laura no contestó.

—Pero no vuelvas a acercarte al río hasta que te lo permitamos, lo cual no será hasta que las aguas vuelvan a su nivel normal.

—Sí, mamita —tartamudeó Laura.

El río bajaría de nivel, y volvería a ser bueno, y daría gusto jugar allí. Pero nadie podía obligar al río a apresurarse. Nadie podía hacer nada en este sentido. Laura ya sabía que hay cosas más fuertes que las personas. Sin embargo, el río no se la había tragado. No la había hecho chillar, ni ahora la haría llorar.



16

LA CASA MARAVILLOSA

El río fue descendiendo. Y casi de repente, los días fueron calurosos y todas las mañanas papá iba a trabajar al trigal con *Sam* y *David*, los caballos de Navidad.

—Charles —lo riñó mamá—, trabajas tanto en esa tierra que creo que te estás matando.

Pero papá contestó que la tierra estaba seca porque no había nevado bastante, así que tenía que arar profundamente y rastrillar bien el terreno y sembrar el trigo rápidamente. Todos los días estaba en el campo antes de salir el sol y trabajaba hasta el anochecer. Laura aguardaba en la oscuridad hasta que oía a *Sam* y a *David* vadear el riachuelo. Entonces, entraba corriendo en casa en busca del quinqué y corría hacia el establo, sosteniendo la lámpara para que papá tuviera luz mientras dejaba a los caballos en sus respectivos pesebres.

Estaba demasiado cansado para hablar o reír. Cenaba de prisa y se iba a la cama.

Al final el trigo quedó sembrado. Después, sembró

avena, y dispuso un cuadrado de tierra para las patatas y el huerto. Mamá, Mary y Laura lo ayudaron a plantar las patatas y a desparramar pequeñas semillas por los surcos del huerto, y hasta dejaron que Carrie creyese que también ayudaba.

Toda la tierra estaba cubierta de hierba verde, y las hojas de los sauces no estaban curvadas. En las hondonadas de la pradera crecían en abundancia las violetas y los ranúnculos, y las florecitas y las hojas de los tréboles tenían un gusto amargo, aunque eran gratas al paladar. Sólo el trigal estaba desprovisto de hierbas, totalmente de color de tierra.

Una tarde, papá le señaló a Laura una débil neblina verde sobre el trigal. ¡El trigo empezaba a asomarse! Los tallos eran tan pequeños que apenas se veían, pero el conjunto de los mismos formaba una neblina verde. Aquella noche todos se sintieron muy felices porque el trigo anunciaba una buena cosecha.

Al día siguiente, papá se marchó al pueblo. Con *Sam* y *David* podía ir y regresar en una sola tarde. Por tanto, apenas tuvieron tiempo de echar de menos a papá, y ni siquiera estaban vigilando cuando volvió a casa. Laura fue la primera en oír la carreta y en salir al sendero.

Papá estaba sentado en el pescante, con el rostro resplandeciente de alegría, y había muchos maderos amontonados en la carreta.

—¡Aquí tienes tu nueva casa, Caroline! —gritó papá.

—¡Pero, Charles...! —jadeó mamá.

Laura echó a correr y trepó por la rueda hasta el

montón de tablas. Nunca había visto tantas y tan lisas, tan rectas, tan hermosas. Las habían aserrado mecánicamente.

—¡Pero si el trigo apenas despunta! —protestó mamá.

—De acuerdo —asintió papá—. Me han dado las tablas a crédito, y las pagaré cuando vendamos el trigo.

—¿Vamos a tener una casa de madera? —inquirió Laura.

—Sí, florecita —asintió papá—. Tendremos una casa construida con tablas bien aserradas. ¡Y con ventanas de cristal!

Era verdad. A la mañana siguiente, el señor Nelson acudió a ayudar a papá, y ambos empezaron a excavar los cimientos de la casa. Sería una casa maravillosa, y todo gracias al trigo que estaba creciendo.

Laura y Mary apenas conseguían quedarse en casa el tiempo justo de realizar sus quehaceres. Pero mamá no las dejaba salir antes de terminarlos.

—Ni se os ocurra hacerlo todo de prisa y mal —añadió en cierta ocasión.

De modo que lavaron todos los platos, uno a uno, y luego los secaron como era debido. También hicieron su cama. Luego barrieron el suelo con la escoba hecha de ramas de sauce y la dejaron en su rincón. Y después... ya pudieron salir.

Entonces, corrieron por las terrazas que conducían al río, y, tras pasar bajo los sauces, llegaron a la pradera. Siguieron corriendo por entre la alta hierba y al final llegaron a un promontorio verde donde papá y el señor Nelson estaban construyendo la nueva casa.

Era divertido ver cómo se iba elevando el esqueleto de la vivienda. Las tablas se levantaban delgadas y con un bello color dorado, y el cielo se veía muy azul entre ellas. Los martillos resonaban musicalmente. Los cepillos de carpintero dejaban caer el serrín cuando alisaban más las tablas.

Laura y Mary recogían las virutas más grandes para hacerse pendientes para sus orejas. También se ponían algunas, muy muy grandes, en torno al cuello, como si fueran collares. Laura incluso se metía algunas entre el cabello, dejándolas colgar como rizos dorados, que era el color que hubiese querido tener en su pelo.

Papá y el señor Nelson continuaban clavando y aserrando, montados en el tejado de aquel esqueleto de casa. Así iban cayendo al suelo pequeños bloques de madera, y Laura y Mary los amontonaban para construir sus propias casas. Nunca se habían divertido tanto.

Papá y el señor Nelson empezaron a cubrir las paredes del esqueleto con tablas bien clavadas. Luego, adornaron la techumbre con las tejas adquiridas por papá. Las tejas eran muy delgadas y todas del mismo tamaño; eran mucho más finas que las tejas que podía fabricar papá con el hacha. De esta manera, el tejado acabó por ofrecer un aspecto compacto y uniforme, sin ninguna grieta ni abertura.

Después, papá construyó el suelo con tablas muy lisas, perfectamente recortadas por los bordes y bien ensambladas entre sí. A media altura construyó otro suelo para el piso alto, suelo que constituyó el techo de la planta baja.

En ésta, papá puso un tabique. ¡La casa tendría dos habitaciones! Una sería el dormitorio y la otra, la sala general. En esta habitación abrió dos ventanas, con vidrios muy transparentes; una daba a oriente y la otra, al lado de la puerta, al sur. En las paredes del dormitorio abrió otras dos ventanas, también con vidrios muy claros.

Laura no había visto nunca unas ventanas tan maravillosas. Se abrían por en medio, y en cada mitad había seis vidrios; además, la mitad inferior podía levantarse sin que volviese a caer gracias a una especie de bastón corto que la sostenía.

Al otro lado de la puerta principal, papá colocó una puerta posterior, y fuera construyó una pequeña habitación. Tenía el tejado inclinado porque estaba adosada a la casa. En invierno la resguardaría contra los vientos del norte, y además serviría para que mamá guardase allí la escoba, la bayeta y el cubo.

Cuando el señor Nelson ya dejó de ayudar a construir la casa, por estar ésta ya casi terminada, Laura empezó a formular incesantes preguntas. Papá le explicó que el dormitorio sería para mamá, él y Carrie. Añadió que el piso de arriba constituiría el cuarto de Mary y de Laura, donde dormirían y podrían jugar. Laura insistió tanto en verlo, que papá dejó de clavar las tablas del pequeño cobertizo, con el fin de construir la escalera que llevaría al altillo.

Laura no tardó en poder trepar por aquellos peldaños hasta pasar la cabeza por el agujero hecho en el suelo del altillo. Éste era tan grande como las dos habitaciones de la planta baja. El techo inclinado se hallaba

debajo de unas tejas amarillas. A cada extremo había una ventana... también con vidrios muy claros y transparentes.

Al principio, Mary tenía miedo de subir por la escalerilla hasta el altillo. Después, también le asustó bajar por el agujero hasta que sus pies tocaban la escalera. Laura también estaba un poco asustada, pero fingía lo contrario. De todos modos, las dos niñas no tardaron en familiarizarse con el uso de aquel sistema de subida y bajada.

Ahora, todos pensaban que la casa ya estaba lista. Pero papá aún quiso poner papel embreado en la parte exterior de la construcción. Después, clavó más tablas encima de aquel papel. Eran unas tablas largas y muy lisas, superpuestas a las otras en todos los lados de la casa. Y alrededor de las ventanas y las puertas, papá clavó unos marcos lisos.

—¡Esta casa es más resistente que el parche de un tambor! —declaró.

No había una sola grieta en el tejado, en las paredes ni en los suelos por donde pudiese pasar la lluvia o el viento helado.

Por fin, papá encajó las puertas, unas puertas muy fuertes. Eran lisas, y más delgadas que las puertas de piedra tallada con una hacha, con paneles de madera arriba y abajo de su mitad. Los goznes eran realmente goznes, y era maravilloso ver cómo se abrían y cerraban. No chirriaban como los de madera ni dejaban que la puerta arañase el suelo como los goznes de cuero.

Papá encajó cerrojos en la parte interior de las puertas, con unas llaves que se introducían en unas diminu-

tas cerraduras, y dejaban oír un chasquido al girar. Los cerrojos tenían unos picaportes de porcelana blanca.

—Laura y Mary —murmuró un día papá—, ¿sabréis guardar un secreto?

—¡Oh, sí, papá! —exclamaron ambas.

—¿Prometéis no decírselo a mamá? —insistió él.

Las dos hermanas lo prometieron.

Papá abrió la puerta del cobertizo adosado a la casa. Y allí resplandeció una verdadera cocina. Papá la había comprado en la ciudad, y la había ocultado allí para sorprender a mamá.

En la parte superior, el fogón tenía cuatro agujeros redondos, con cuatro tapas. Cada una escondía un agujero, y había una asa de hierro para levantar las tapaderas. Delante había una puertecita larga y baja. En esta puertecita había unas ranuras, y una pieza de hierro corría hacia atrás y hacia adelante, para abrir o cerrar las ranuras. Esto servía para el tiro de la cocina. Debajo, sobresalía como un reborde oblongo. Servía para recoger la ceniza, impidiendo que cayese al suelo. Encima de este reborde había otra tapadera plana en la cual se veían unas letras grabadas en el hierro.

Mary puso un dedo sobre las letras y deletreó: PAT-1770.

—¿Cómo se lee esto, papá?

—Se lee Pat —explicó papá.

Laura abrió una puertecita mayor a un lado de la cocina, y vio un espacio cuadrado con una especie de estante de lado a lado.

—Oh, papá, ¿para qué sirve esto?

—Es el horno.

Papá alzó en brazos aquella magnífica cocina, la llevó a la sala y le aplicó la tubería del tiro. Pieza a pieza, la tubería acabó por atravesar el techo y el ático, hasta salir al exterior por un agujero aserrado por papá en el tejado. Después, papá colocó una especie de tapadera de hierro encima de la tubería. Era un objeto aplastado, con agujeros a los lados, que no permitiría que penetrase la lluvia hasta la cocina.

Era una verdadera chimenea de la pradera.

—Bien —concluyó papá—, esto ya está listo.

La casa ya no podía tener nada más. Las ventanas de cristales dejaban penetrar tanta luz al interior que apenas parecía que uno estuviese dentro. La casa, por otra parte, olía muy bien, a madera de pino. La cocina se hallaba bien colocada en el rincón de la sala donde se abría la puerta del cobertizo. Si se hacía girar el picaporte de porcelana blanca de la puerta, ésta se abría sobre sus goznes, y la lengüeta del cerrojo chascaba y mantenía la puerta cerrada.

—Nos trasladaremos aquí mañana por la mañana —decidió papá—. Ésta es la última noche que dormiremos en la cabaña.

Laura y Mary se cogieron de las manos de papá y los tres descendieron del montículo. El trigal era como un océano verde que ondulaba constantemente en una curva de la pradera. Tenía los costados muy rectos y las esquinas cuadradas, y a su alrededor crecía la hierba de la pradera, más verde y más áspera. Laura volvió la mirada hacia la maravillosa casa de madera. Al brillo del sol, sus paredes de tablas aserradas parecían tan doradas como un pajar.

17

LA MUDANZA

Por la mañana, ya con mucho sol, mamá y Laura ayudaron a llevar todos los enseres desde la cabaña hasta el ribazo para cargarlos en la carreta. Laura apenas se atrevía a mirar a papá, estaban ansiosos por que mamá descubriese pronto el gran y maravilloso secreto.

Mamá no sospechaba nada. Quitó las cenizas calientes de la vieja estufa para que papá pudiera acarrearla.

—¿Te acordaste de comprar más tuberías? —le preguntó después a papá.

—Sí, Caroline —repuso éste.

Laura no rió, pero se estaba ahogando.

—Dios mío, Laura —exclamó mamá—, ¿tienes una rana en la garganta?

David y *Sam* arrastraron la carreta por el río, hacia la pradera, en dirección a la nueva casa. Mamá, Mary y Laura, con los brazos también muy cargados, con Carrie tambaleándose delante, cruzaron el puente y

llegaron al sendero de hierba. La casa, con sus tablas aserradas y sus tablones, se veía muy dorada en lo alto del montículo, y papá saltó de la carreta, deseando estar al lado de mamá cuando ésta viese la cocina.

Ella penetró en la casa y se detuvo en seco. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Luego, gimió débilmente:

—¡Cielo santo!

Laura y Mary gritaron y bailaron, lo mismo que Carrie, aunque ésta no sabía por qué.

—¡Es tuya, mamá! —proclamaron—. ¡Es tu nueva cocina!

—¡Y hasta tiene horno! ¡Y cuatro tapaderas y un asa! —explicó Mary—. Y unas letras que puedo leer y dicen: Pat.

—¡Oh, Charles, no! —murmuró muy sorprendida mamá.

—No te preocupes, Caroline —la animó papá, abrazándola.

—Nunca me he preocupado, Charles —contestó ella—. Pero construir esta casa, con vidrios en las ventanas, y comprar esta cocina... es demasiado.

—Nada es demasiado para ti —objetó papá—. Y no te inquietes por el gasto. ¡Mira por la ventana nuestro hermoso trigal!

Laura y Mary la arrastraron hasta la cocina. Mamá levantó las tapas de los fogones, tal como le enseñó Laura, y también contempló atentamente cómo Mary hacía funcionar el tiro. Después inspeccionó el horno.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡No sé si me atreveré a guisar en una cocina tan hermosa!

Pero guisó en aquella hermosa cocina y Mary y

Laura pusieron la mesa en aquella sala tan grande y ventilada. Las ventanas estaban abiertas, y el aire y la luz penetraban por ambos lados, y el sol se filtraba por la puerta y la ventana que tenía al lado.

Fue muy divertido comer en aquella casa tan grande y aireada cuando la comida estuvo en la mesa, disfrutando tan sólo del placer de vivir allí.

—¡Esto ya es vida! —exclamó papá.

Luego colocaron las cortinas. Las ventanas necesitaban unos visillos, y mamá los había hecho con retales de sábanas viejas, tan blancos y crujientes como la nieve. Les había añadido, además, unos volantitos de cretona. Los visillos de la sala tenían unos volantes de color rosa hechos con el vestidito de Carrie que se había roto cuando los bueyes provocaron aquella estampida. Los visillos del dormitorio tenían los volantes de color azul, y procedían de un vestido de Mary. Aquellos vestidos estaban hechos con la cretona rosa y la cretona azul que papá había comprado en el pueblo de los Grandes Bosques mucho tiempo atrás.

Mientras papá clavaba los ganchos para los visillos, mamá cogió dos largas tiras de papel de embalaje. Las dobló y les enseñó a Laura y a Mary cómo cortar pequeños fragmentos del papel doblado con las tijeras. Cuando desdobló el papel, salió una hilera de estrellas.

Mamá extendió aquellos papeles encima de los estantes situados detrás de la cocina. Las estrellitas colgaban por los bordes, y la luz del sol las hacía brillar, pasando al través.

Cuando los visillos quedaron debidamente coloca-

dos, mamá colgó dos sábanas muy limpias a través de un rincón del dormitorio. Allí podrían colgar sus ropas papá y mamá. En el piso de arriba, mamá colgó otra sábana para las ropas de Laura y Mary.

Cuando mamá terminó sus tareas, la casa resultó hermosísima. Los visillos blancos estaban recogidos a cada lado de las ventanas. Entre aquellos visillos de volantitos rosados se filtraba gratamente la luz del sol. Todas las paredes estaban hechas de tablas que olían a pino, con el esqueleto de la casa pegado a ellas, y la escalerilla que subía al altillo. La cocina y la chimenea eran muy negras, y en el rincón se hallaban los estantes con las estrellas.

Mamá extendió sobre la mesa un paño rojo a cuadros, entre los platos, y puso encima el quinqué. También dejó sobre la mesa la Biblia forrada con papel, el enorme libro verde *Las maravillas del mundo animal*, y la novela titulada *Millbank*. Los dos bancos estaban muy cerca de la mesa.

Finalmente, papá colgó la repisa encima de la ventana principal, y mamá puso encima la pequeña pastora de porcelana.

Era la misma repisa de madera de color castaño que papá había tallado con estrellas, parras y flores para regalársela a mamá por Navidad, hacía ya varios años. Era la misma pastorcilla sonriente, de cabellos de oro y ojos azules, con unas mejillas muy sonrosadas, el corpiño de encaje de porcelana, con cintitas doradas del mismo material, un delantal y unos zapatitos también de porcelana. La pastorcilla había viajado desde los Grandes Bosques hasta el territorio indio, y final-

mente hasta el río Plum en Minnesota, donde ahora continuaba con su incansable sonrisa. No estaba rota. No estaba rajada, ni siquiera arañada. Era la misma pastorcita, con la misma sonrisa.

Aquella noche, Laura y Mary subieron por la escalerilla y se acostaron en un enorme altillo, muy bien ventilado. No tenían visillos en las ventanas porque mamá todavía no disponía de más sábanas. Pero cada una tenía una caja donde sentarse, y otra para guardar sus tesoros. Charlotte y las demás muñecas de trapo vivían en la caja de Laura, y la bolsa de retales y los pedazos de colcha de Mary estaban en su propia caja. Detrás de la sábana colgada en un rincón, cada una tenía un gancho, del que debían descolgar el camisón y colgar el vestido. La única pega del altillo era que *Jack* no podía trepar por la escalera.

Laura se acostó al instante. Había pasado todo el día entrando y saliendo de la nueva casa, y subiendo y bajando del altillo, sin parar. Pero no conseguía dormirse. Estaba tan silenciosa la nueva casa... Echaba a faltar el rumor del río, que cantaba cuando ella dormía. Aquel silencio sólo servía para mantenerla desvelada.

Por fin, un ruido le hizo abrir los ojos. Prestó atención. Era el rumor de muchos, muchos piececitos que correteaban por encima de su cabeza. Era como si hubiera miles de animalitos esparcidos por el tejado.

¿Qué podía ser?

¡Vaya, eran gotas de lluvia! Hacía tanto tiempo que Laura no oía tabalear la lluvia sobre un tejado, que ya había olvidado aquel ruido. En la cabaña no se oía la

lluvia, puesto que en el tejado había mucha tierra y hierbas.

Laura se sintió feliz cuando volvió a tenderse en la cama, dulcemente adormilada, escuchando el tap, tap, tap de la lluvia en el tejado.

18

EL VIEJO CANGREJO Y LAS SANGUIJUELAS

Cuando Laura saltó de la cama aquella mañana, sus pies descalzos tocaron un suelo de madera muy liso. Por la nariz le penetró el olor a tablas de pino. Arriba divisó el techo inclinado, donde sabía que estaban las tejas amarillas, y las vigas que lo sostenían todo.

Por la ventana del este vio el sendero que descendía del montículo donde estaba situada la casa. También observó una esquina cuadrada del trigal, ya muy verde, y más allá los robles de color verdigrís. Lejos, muy lejos, estaba el borde de la inmensa tierra, y una franja plateada del reborde solar que se asomaba ya por la línea del horizonte. El río y la cabaña parecían hallarse muy lejos.

De pronto, la luz del sol, cálida y amarilla, incidió sobre su camisón de dormir. El sol también lucía sobre las tablas del suelo, retratando allí las ventanas, dejando en la sombra los travesaños de las mismas, así como

también silueteaban la cabeza de Laura con el gorrito de dormir, sus trenzas y sus manos con los dedos separados, todo como sombras sólidas y oscuras.

Abajo, las tapaderas de la cocina nueva ponían una nota musical en el ambiente. La voz de mamá resonó:

—¡Mary! ¡Laura! ¡Ya es hora de levantaros, perezosas!

Así empezó un nuevo día en la casa nueva.

Pero mientras estaban desayunando en la sala de abajo, Laura anheló ver otra vez el río. Entonces le preguntó a papá si podía ir a jugar allí.

—No, Laura —se opuso él—, no quiero que vayas al río, donde hay tantas hondonadas profundas. Pero cuando hayáis terminado vuestras labores, tú y Mary podéis correr por aquella senda que abrió el señor Nelson cuando vino a ayudarme... ¡Y a ver qué encontráis!

Naturalmente, se apresuraron para terminar sus quehaceres cuanto antes. ¡Y en el cobertizo adjunto a la casa encontraron una escoba nueva! Las maravillas de la casa nueva parecían no tener fin. La escoba tenía un mango recto, largo y muy liso. Y la parte inferior estaba hecha con miles de hierbas duras y delgadas, de color amarillento. Mamá dijo que eran pajas de escoba. Eran muy rectas y se curvaban por arriba, formando una especie de soporte aplastado. Las hierbas se mantenían juntas por medio de un cordel colorado. Era una escoba que no se parecía en nada a las que papá fabricaba con ramas de sauce. Incluso parecía demasiado fina para barrer. Y se deslizaba sobre el suelo como una varita mágica.

Pese a esto, Mary y Laura estaban muy impacientes por marcharse al sendero. Trabajaron muy de prisa, guardaron la escoba y salieron de la casa. Laura tenía tanta prisa que dio unos cuantos pasos y en seguida echó a correr. El gorrito le cayó a la espalda, quedando colgado por las cintas, y los pies descalzos de las niñas parecían volar sobre el sendero que bajaba al montículo, atravesaba un trecho llano y volvía a descender por una pendiente... ¡y de pronto vieron el río!

Laura se quedó estupefacta. No parecía el mismo, se veía muy distinto, muy tranquilo bajo el sol, entre sus orillas bajas y llenas de vegetación.

El sendero terminaba a la sombra de un enorme sauce. Había un puente que cruzaba el río. Luego, el sendero continuaba, apenas trazado, hasta formar una curva en torno a un altozano, y allí desaparecía.

Laura pensó que aquel sendero debía continuar eternamente, alargándose entre la vegetación, cruzando amables riachuelos, y dando siempre la vuelta a los montículos para ver qué había al otro lado. Sabía que en realidad llegaba solamente hasta la casa del señor Nelson, pero era un pequeño sendero que parecía no querer detenerse en ninguna parte, sino proseguir hasta el infinito.

El río parecía surgir de un grupo de ciruelos. En ambas orillas crecían arbustos y árboles poco altos, y sus ramas casi tocaban la superficie del agua. A su sombra, el río parecía casi negro.

Después se ensanchaba, en aguas menos profundas, saltando y canturreando sobre arena y gravilla. Se estrechaba al pasar bajo el puente y gorgoteaba hasta

el sitio donde formaba un gran remanso. Éste también estaba sombreado por muchos sauces.

Laura aguardó a que llegara Mary. Entonces, las dos vadearon el río, saltando de guijarro en guijarro. Unos pececillos muy diminutos que nadaban en enjambre correteaban velozmente en torno a sus pies. Cuando se quedaban quietas, los diminutos peces les mordisqueaban los tobillos. De pronto, Laura divisó un extraño animal en el agua.

Tenía casi el largo de su pie. Era de color marrón verdoso y delante tenía dos patas muy largas, que terminaban en unas garras en forma de pinza, grandes y planas. En los costados tenía unas patas cortas, y su poderosa cola era aplastada y escamosa, con una especie de aleta ahorquillada al extremo. De su morro sobresalían unos bigotes muy finos, y tenía unos ojos redondos y muy salidos.

—¡¿Qué es eso?! —chilló Mary, asustada.

Laura no quiso aproximarse a aquel pequeño monstruo. Pero se inclinó con curiosidad, y de repente, el animal ya no estaba allí. Había huido más de prisa que las chinches acuáticas, dejando sólo una nubecita de barro delante de la roca debajo de la cual había desaparecido.

Al cabo de unos segundos, sacó una garra y la cerró. Luego, asomó la cabeza.

Cuando Laura se le acercó, volvió a meterse debajo de la piedra. Pero cuando la niña arrojó agua a la roca, el bicho huyó de allí, cerrando las pinzas y tratando de aferrar los pies descalzos de Laura. Entonces, las dos hermanas chillaron y huyeron de la casa de aquel animal acuático.

Sin embargo, el pequeño monstruo las siguió, por lo que ellas le amenazaron con un palo. Pero la poderosa pinza se cerró sobre el palo y lo partió en dos. Laura y Mary cogieron una rama más gruesa, y el bicho la mordió, sin soltarla hasta que Laura lo sacó del agua. Sus ojillos relucieron y la cola se enroscó bajo su cuerpo, cerrando la otra pinza. Después, dio un salto y corrió a esconderse otra vez bajo la piedra.

Cuando las niñas arrojaban agua contra la roca, el animalito salía siempre, luchando desesperadamente. Y ellas siempre chillaban, huyendo de aquellas temibles pinzas.

Luego permanecieron un largo rato sentadas en el puente, a la sombra de un sauce. Prestaron atención al rumor del agua, contemplando sus destellos. Luego volvieron a vadear, en dirección al grupo de ciruelos.

Mary no quiso meterse en el río, ennegrecido por la sombra de los árboles. El fondo del riachuelo era fangoso, y a Mary no le gustaba pisar el barro. De modo que se sentó en la orilla mientras Laura vadeaba.

El agua estaba muy quieta, y las hojas mustias flotaban junto a la orilla. El barro se metía entre los dedos de los pies de Laura, formando unas nubecitas que impedían divisar el fondo. El aire tenía un olor viejo y rancio. Por consiguiente, Laura dio media vuelta y se dirigió a chapotear entre las aguas claras y soleadas.

De pronto, le pareció que en sus piernas había unas pellas de barro. Entonces se agachó para limpiarlas. Pero el barro no se despegó. Tampoco logró arrancar aquellos pegotes con la mano.

Tenían el color del barro, y eran igual de blandos, pero estaban como pegados a la piel de Laura.

De repente, la niña chilló:

—¡Oh, Mary, Mary! ¡Ven, de prisa!

Mary llegó corriendo, pero no quiso tocar aquellas cosas tan horribles. Dijo que eran gusanos. Y los gusanos la ponían enferma porque le daban mucho asco. Laura aún se sentía más enferma que Mary, pero aún era peor sentir aquellas cosas pegadas a sus piernas y sus pies. De manera que cogió una, hundió las uñas por debajo, y dio un tirón.

La cosa se estiró, se estiró mucho, cada vez más, y continuó colgando de la pierna.

—¡Oh, no! ¡Oh, no! —gritó Mary—. ¡La partirás por la mitad!

Pero Laura continuó tirando, hasta que la cosa cedió. Del lugar de la pierna donde había estado manó un hilito de sangre.

Una a una, Laura fue despegando aquellas horribles cosas. Y cada vez salía un poco de sangre.

Laura ya no quería continuar jugando. Se lavó las manos y las piernas en el agua clara y regresó a casa con Mary.

Era la hora de comer, y papá había llegado. Laura contó lo que le había ocurrido con aquellas cosas tan extrañas, sin ojos, cabeza, ni patas, que se habían pegado a su piel en el río.

Mamá les dijo que eran sanguijuelas y que los médicos las aplicaban a los enfermos. Pero papá las llamó «chupasangres», y añadió que vivían en el barro, en la oscuridad, donde el agua estaba quieta.

—Oh, no me gustan —se estremeció Laura.

—Entonces, no vayas por donde hay barro, Media Pinta —le recomendó papá—. Si no quieres verlas, no las busques.

—Bien, niñas —intervino mamá—, creo que ya no tendréis mucho tiempo de jugar en el río. Ahora estamos bien instalados y a sólo dos millas y media del pueblo. Ya podréis ir a la escuela.

Laura no pudo despegar los labios. Y lo mismo le ocurrió a Mary. Se miraron una a otra y ambas pensaron:

«¿A la escuela?».

19

LA TRAMPA PARA PECES

Cuanto más le contaban a Laura acerca de la escuela, menos quería ir. No sabía cómo podría pasar el día entero sin jugar en el río.

—¡Oh, mamá! —exclamó—. ¿De veras he de ir?

Mamá replicó que una niña de casi ocho años de edad tenía que aprender a leer y escribir en lugar de corretear alocadamente por las orillas del río Plum.

—¡Pero yo ya sé leer, mamá! —objetó Laura—. ¡Por favor, no me envíes a la escuela! ¡Sé leer...! Escucha.

Cogió la novela titulada *Millbank*, la abrió y fue mirando ansiosamente a mamá mientras leía.

—«Las puertas y las ventanas de Millbank estaban cerradas. El crespón pendía de la puerta y...»

—Oh, Laura —se quejó mamá—, no estás leyendo. Sólo recitas lo que tantas veces me has oído leerle a papá. Además, tienes que aprender otras cosas: el abecedario, la caligrafía y la aritmética. Bien, no se hable más de ello. Mañana, lunes, empezaréis Mary y tú a ir a la escuela.

Mary estaba sentada, cosiendo. Parecía una buena niña, con ganas de ir a la escuela.

Fuera del cobertizo, papá estaba clavando algo; Laura salió saltando con tanta rapidez que el martillo estuvo a punto de caer sobre su cabeza.

—¡Oh! —se asustó papá—. Por poco te doy esta vez. Debía suponer que saldrías, Media Pinta. Siempre estás en todas partes, como un pulgar dolorido.

—¿Qué haces, papá? —preguntó Laura.

Papá estaba clavando unas tablas que le habían sobrado de la construcción de la casa.

—Fabrico una trampa para peces —explicó—. ¿Quieres ayudarme? Puedes ir dándome los clavos.

Laura fue entregando los clavos uno a uno, mientras papá los clavaba. Estaba construyendo una caja. Una caja larga y estrecha, pero sin tapa, y tenía varias aberturas por entre las tablas.

—¿Cómo atraparás a los peces? —quiso saber Laura—. Si metes esa caja en el agua, los peces pasarán por entre las grietas y volverán al río.

—Aguarda y lo verás —le prometió papá.

Laura esperó a que guardase los clavos sobrantes y el martillo. Entonces, se cargó la trampa para peces al hombro.

—Podrás ayudarme a colocarla.

Laura le cogió una mano y fue bajando junto a papá por el sendero del montículo hasta el río. Una vez allí fueron andando por la orilla, hasta dejar atrás los ciruelos. En ese lugar, las orillas eran más escarpadas, el río más estrecho y el ruido del agua bastante mayor. Papá empezó a pasar por entre los arbus-

tos, y Laura lo imitó. De pronto, se hallaron ante una cascada.

El agua saltaba velozmente hasta el borde y caía con gran estrépito, formando mucha espuma. Una vez en el fondo de la cascada, el agua volvía a ascender en torbellinos, que sin parar se alejaban río abajo.

Laura no se habría cansado nunca de aquel espectáculo. Pero debía ayudar a papá a colocar la trampa. La pusieron exactamente debajo de la cascada. Toda el agua de la cascada entraba en la caja de madera, donde se agitaba, al parecer sorprendida, más que antes. Luego, el agua no podía salir de la caja, sino que se filtraba por las grietas que había entre las tablas.

—Ahora ya puedes entenderlo, Laura —le explicó papá—. Los peces que caen con la cascada van a parar a la caja, y aunque los más pequeños pueden pasar por esas grietas, los mayores no. Ni pueden volver a la cascada. Por tanto, han de quedarse nadando dentro de la trampa, hasta que nosotros vengamos a cogerlos.

En aquel mismo instante, un pez muy grande descendió por la cascada.

—¡Mira, papá, mira! —gritó Laura muy entusiasmada.

Las manos de papá, que ya estaban dentro del agua, capturaron al pez y lo sacaron fuera de la trampa. Laura estuvo a punto de caer en la cascada en su afán por ver la operación. Ella y papá contemplaron algún rato aquel pez tan gordo y plateado, y al final, papá lo dejó caer de nuevo en la trampa.

—Oh, papá, ¿no podríamos quedarnos para coger peces para la cena? —preguntó la niña.

—He de ir a trabajar en un granero, Laura —replicó papá—. Y además, he de arar el huerto, cavar una zanja y... —De pronto miró a Laura y agregó—: Bien, Media Pinta, tal vez terminemos pronto.

Papá se sentó en cuclillas, y Laura hizo lo mismo, aguardando pacientemente. El río se arremolinaba, se cubría de espuma, saltaba y brincaba, siempre cambiante. El sol arrancaba vivos destellos a la cascada. Del río subía un aire fresco, en tanto que el aire más caliente acariciaba el cuello de Laura. Los arbustos elevaban millares de hojas hacia el cielo. Las plantas olían muy bien bajo la luz del sol.

—Oh, papá —se acordó de repente Laura—, ¿de verdad tendré que ir a la escuela?

—Te aseguro que la escuela te gustará, Laura —afirmó papá.

—Me gusta más esto, papá.

—Lo sé, Media Pinta, pero no todo el mundo tiene la oportunidad de aprender a leer, a escribir y a hacer números. Tu madre era maestra cuando nos conocimos, y cuando vino conmigo al Oeste le prometí que nuestras hijas irían a una escuela. Por eso vinimos aquí, tan cerca de un pueblo con escuela. Ya tienes casi ocho años, y Mary está a punto de cumplir los nueve, y es hora de que os dediquéis al estudio. Sí, has de agradecer esta oportunidad.

—Sí, papá —suspiró Laura.

En aquel instante, otro pez grande se metió en la trampa, y antes de que papá pudiese cogerlo, llegó otro.

Papá cortó y alisó una rama ahorquillada. De este modo, atrapó cuatro peces grandes en la trampa, y los

ensartó en la rama. Después, Laura y papá regresaron a casa, llevando los peces como un bien ganado trofeo. Mamá abrió mucho los ojos cuando vio aquella pesca. Papá cortó las cabezas y sacó las entrañas de los peces, y le enseñó a Laura a quitarles las escamas. Él desescamó tres, y Laura casi uno entero. Mamá los enharinó y los frió, y de este modo todos tuvieron un buen plato de pescado para la cena.

—Siempre tienes buenas ideas, Charles —sonrió mamá—. Y cuando empiezo a preguntarme con qué nos alimentaremos, llega la primavera.

Papá no podía cazar en primavera, porque era entonces cuando todos los conejos tenían conejitos y los pájaros tenían crías en sus nidos.

—¡Aguarda a que coseche el trigo! —exclamó papá—. Entonces tendremos tocino salado todos los días. Sí, te lo aseguro, y también ternera fresca.

A partir de entonces, todas las mañanas, antes de irse a trabajar, papá iba a buscar los peces caídos en la trampa. Nunca cogía más de los que podían comer. A los otros los dejaba escapar río abajo.

De esta manera pescó un pez-búfalo, lucios, sollos y barbos, y también gobios con dos cuernos negros en la cabeza. Además, pescó otros cuyo nombre ignoraba. Así, todos los días había pescado en el desayuno, pescado en la comida y pescado en la cena.

20

LA ESCUELA

Llegó la mañana del lunes. Tan pronto como Laura y Mary acabaron de lavar los platos del desayuno, treparon por la escalerilla y se pusieron sus vestidos de domingo. El de Mary era de cretona, de color azul, y el de Laura, de color rojo.

Mamá les hizo unas bonitas trenzas en el cabello, con cintitas en las puntas. No podían llevar las mismas cintas que los domingos porque podían perderlas. Luego se pusieron los gorritos, recién lavados y planchados.

Por fin, mamá las hizo entrar en su dormitorio. Allí, se arrodilló al lado del cajón donde guardaba sus mejores tesoros, y sacó tres libros. Eran los mismos en los que ella había estudiado de niña. Uno era para deletrear, el otro era un libro de lectura, y el tercero, una aritmética.

Mamá contempló con solemnidad a sus dos hijas, y éstas se pusieron también muy serias.

—Os doy estos libros para vosotras, Mary y Laura —dijo mamá—. Sé que los cuidaréis y los estudiaréis concienzudamente.

—Sí, mamá —respondieron ambas.

Le entregó a Mary los libros. A Laura le entregó el bote pequeño con el almuerzo, tapado por una tela limpia.

—¡Adiós! —las despidió—. ¡Que seáis buenas!

Mamá y Carrie se quedaron en la puerta de la casa, y *Jack* bajó con las dos niñas por el montículo. Estaba intrigado. Las hermanas cruzaron el terreno herboso donde se veían aún las huellas de la carreta de papá, y *Jack* continuó pegado a Laura.

Cuando llegaron al vado del río, el perro se sentó allí y empezó a aullar con ansiedad. Laura tuvo que explicarle que no debía acompañarlas hasta tan lejos. Le acarició la cabeza y trató de alisarle las arrugas de preocupación. Pero *Jack* siguió sentado y ansioso, mientras ellas vadearon el río por aquel lugar ancho y poco profundo.

Lo atravesaron cuidadosamente, sin chapotear, para no mojarse los vestidos. Una garza azul surgió del agua y remontó prestamente el vuelo. Laura y Mary subieron con cautela a la otra orilla. No querían caminar por las huellas polvorientas hasta tener los pies secos, porque los zapatos debían estar limpios al llegar al pueblo.

La nueva casa parecía muy pequeña encima del promontorio, y la inmensa pradera se extendía al fondo. Mamá y Carrie ya habían entrado. Sólo *Jack* continuaba sentado delante del vado.

Mary y Laura echaron a andar con rapidez.

El rocío brillaba sobre la hierba, las alondras cantaban en el prado. Las gallinejas de agua caminaban sobre sus patas largas y delgadas. Las gallinas de la pradera cloqueaban y los polluelos piaban. Los conejos se erguían con sus patitas delanteras colgando, las largas orejas muy enhiestas, y mirando a Laura y a Mary con sus redondos ojos.

Papá les había dicho que el pueblo se hallaba solamente a dos millas y media, y que el camino las conduciría allí. Comprenderían que habían llegado cuando viesen una casa.

En el cielo había grandes nubes blancas, y sus sombras se abatían sobre la pradera. El camino siempre terminaba un poco más al frente, pero cuando llegaban allí, continuaba. No eran más que las huellas de la carreta de papá sobre la hierba.

—Por favor, Laura —pidió Mary—, no te quites el gorro. De lo contrario, te pondrás tan bronceada como los indios, y ¿qué pensarán de nosotras las chicas del pueblo?

—¡No me importa! —gritó Laura, desafiante.

—¡Claro que sí! —replicó Mary.

—¡No me importa!

—¡Sí!

—¡No!

—Estás tan asustada del pueblo como yo —ponderó Mary.

Laura no contestó. Poco después volvió a colocarse el gorro en lo alto de la cabeza.

—Además, nosotras somos dos —reflexionó Mary.

Siguieron andando. Mucho después divisaron el pueblo. Era como una serie de pequeños bloques de madera en la pradera. Cuando el camino empezó a bajar, sólo pudieron ver el cielo y la hierba. De pronto, volvieron a divisar el pueblo, mucho más grande. De muchas chimeneas salían columnas de humo.

El camino terminaba en el polvo. Aquella especie de sendero polvoriento pasaba por delante de una casita y una tienda. Ésta tenía un bonito porche con peldaños.

Pasada la tienda había una herrería, un poco separada de la calle, con un espacio vacío delante. En el interior, un hombre que llevaba un delantal de cuero estaba haciendo soplar, ¡puf!, ¡puf!, un fuelle sobre unas brasas muy rojas. Luego, cogió un hierro al rojo vivo de entre las brasas con unas pinzas muy largas, y empezó a aporrearlo con un grueso martillo, ¡pang, pang! A la luz del día saltaron docenas de chispas.

Más allá del espacio vacío estaba la parte trasera de un edificio. Mary y Laura se acercaron a un lado del mismo. Allí, la tierra estaba endurecida. No había hierba.

Delante del edificio, otra calle ancha y polvorienta se cruzaba con la que ellas seguían. Mary y Laura se detuvieron, y vieron a través del polvo levantado las fachadas de otras dos tiendas. Entonces oyeron un confuso rumor de voces infantiles. El camino de papá no continuaba.

—Vamos —susurró Mary. Sin embargo, no se movió—. El ruido sale de la escuela. Papá ya nos advirtió que lo oiríamos.

Ella y Mary anduvieron lentamente entre el polvo,

en dirección al lugar de donde salían las voces. Luego, continuaron avanzando entre dos tiendas. Pasaron por delante de montones de tablas y pedruscos; debía de ser el aserradero donde papá había comprado las tablas para la casa nueva. Entonces vieron la escuela.

Se hallaba ya en la pradera, al final de la calle llena de polvo. Entre la hierba, llegaba hasta allí un largo sendero. Delante de la escuela había varios chicos y chicas.

Laura emprendió la marcha por el sendero, hacia aquel grupo. Mary la siguió. Todos los niños y las niñas callaron al verlas. Laura continuó acercándose cada vez más y, de repente, sin mala intención, hizo balancear el bote con el almuerzo y exclamó:

—¡Chilláis como un enjambre de polluelos de la pradera!

Todos se quedaron sorprendidos. Aunque no tanto como la propia Laura, que estaba avergonzada.

—¡Laura! —la increpó Mary.

Un chico pecoso, con el pelo rojizo, gritó:

—¡Vosotras sí que sois unas gallinas! ¡Gallinas! ¡Gallinas! ¡Gallinas patilargas!

Laura hubiera querido que se la tragara la tierra para ocultar sus piernas. El vestido le estaba muy corto, mucho más que los que llevaban las niñas del pueblo. Lo mismo que el de Mary. Antes de llegar al río Plum, mamá ya había observado que estaban creciendo mucho. Y en realidad, sus piernas parecían largas y delgadas, como las de las gallinejas de la pradera.

—¡Gallinas! ¡Gallinas! —gritaban a coro todos los muchachos.

—¡Callad! —exclamó de pronto una niña, abriéndose paso entre los demás—. ¡Hacéis mucho alboroto! ¡Cállate, Sandy! —le ordenó al muchacho pelirrojo, el cual calló. Luego, la niña se aproximó a Laura y se presentó—: Me llamo Christy Kennedy, y ese horrible chico es mi hermano Sandy, pero no es malo. ¿Cómo te llamas?

Sus cabellos, también rojizos, mostraban unas trenzas tan apretadas que parecían de cartón. Tenía unos ojos muy azules, casi negros, y sus mejillas redondas estaban llenas de pecas. El gorrito le colgaba por la espalda.

—¿Ésta es tu hermana? —continuó—. Bien, éstas son mis hermanas —unas chicas mayores ya hablaban con Mary—. La mayor es Nettie y la del cabello negro es Cassie. Y luego estamos Donald, Sandy y yo. ¿Cuántos hermanas y hermanos tienes tú?

—Oh, sólo dos. Mary y Carrie, la pequeñita. También tiene el pelo dorado. Y tenemos un perro llamado *Jack*. Vivimos junto al río Plum. ¿Dónde vives tú?

—¿Es tu papá aquel hombre que tiene una carreta con dos caballos de crin y cola negros?

—Sí —asintió Laura—. Son *Sam* y *David*, nuestros caballos de Navidad.

—Pasa siempre por delante de casa, o sea, que vosotras también habéis pasado por allí —explicó Christy—. Es la casa que hay antes de llegar a la tienda de Beadle y Correos, antes de llegar a la herrería. La señora Eva Beadle es nuestra maestra. Aquélla es Nellie Oleson.

Nellie Oleson era muy bonita. El cabello amarillen-

to le caía en largos rizos, con dos lazos en la cabeza. Su vestido era blanco, con florecitas azules estampadas, y llevaba zapatos.

Miró a Laura y a Mary y frunció la nariz.

—Hum... ¡Unas campesinas!

Antes de que nadie pudiese decir algo más, sonó una campana. En la puerta de la escuela había una joven que era la que tocaba la campana. Todos los chicos y chicas se apresuraron a entrar en la escuela.

Era una joven muy hermosa. Su cabellera castaña formaba un flequillo en la frente, encima de sus ojos pardos, con trenzas a la espalda. Unos botones resplandecían en el peto de su corpiño, y la falda quedaba ajustada por detrás, cayendo luego ampliamente hasta el suelo. Tenía una cara dulce y su sonrisa era encantadora.

—Tú eres nueva, ¿verdad? —preguntó, poniendo una mano en el hombro de Laura.

—Sí, señorita.

—¿Ésta es tu hermana? —continuó la maestra, sonriéndole ahora a Mary.

—Sí, señorita.

—Entonces, venid conmigo —decidió la maestra—, y escribiré vuestros nombres en la libreta.

La acompañaron a través de la escuela, y subieron a la tarima.

La escuela era una habitación de tablas nuevas. El techo estaba formado por la parte inferior de las tejas, como el del altillo de la casa nueva. Había filas de bancos, uno detrás de otro, hasta más de la mitad de la sala. Estaban hechos de tablas bien cepilladas. Cada

banco tenía un respaldo, del que sobresalían dos estantes, destinados al banco de atrás. Sólo el primer banco no tenía estantes delante, y el último tampoco los tenía en el respaldo.

Había dos ventanas a cada lado de la escuela, que estaban abiertas, lo mismo que la puerta. Así, el viento penetraba en el interior, junto con el rumor de la hierba de la pradera y el aroma y la vista del campo infinito y la luminosidad del cielo.

Laura observó todo esto mientras estaba con Mary junto a la mesa de la maestra, dándole sus nombres y su edad. No movía la cabeza, pero sus ojos lo escudriñaban todo.

Sobre un banco, al lado de la puerta, había un cubo de agua. En un rincón se apoyaba una escoba. En la pared, detrás de la mesa de la maestra, había un espacio liso de tablas pintadas de negro. Debajo había como una cajita. Dentro se veían unos palitos cortos, muy blancos, y un bloque de madera con un trozo de piel de oveja que lo envolvía fuertemente. Laura se preguntó qué sería aquello.

Mary le demostró a la maestra que sabía leer y deletrear. Pero Laura miró el libro de mamá y movió la cabeza apesadumbrada. No sabía leer. Ni siquiera conocía todas las letras.

—Bien, empezarás por el principio, Laura —decidió la maestra—, y Mary estará un poco más adelantada. ¿Tenéis pizarra?

No la tenían.

—Os prestaré la mía —prosiguió la maestra—. No podríais aprender a escribir sin pizarra.

Levantó la superficie de su mesa y sacó la pizarra. La mesa era como un cajón muy alto, con un lado cortado para poder meter bien las rodillas. La superficie se levantaba sobre unos goznes, y debajo la maestra guardaba sus cosas. Los libros estaban allí, así como la regla.

Laura no supo hasta más tarde que la regla servía para castigar a quien jugaba o murmuraba en la escuela. Aquel que era travieso tenía que acercarse a la mesa de la maestra y presentar la mano, que la maestra golpeaba con la regla.

Laura y Mary jamás murmuraron en la escuela, y siempre se abstuvieron de jugar. Estaban sentadas una al lado de la otra, en un banco, estudiando muy seriecitas. Los pies de Mary se apoyaban en el suelo, pero los de Laura colgaban sin soporte. Siempre tenían un libro abierto, encima del estante de delante. Laura estudiaba las primeras páginas, y Mary las de más adelante, con las páginas de en medio levantadas.

Laura era la única alumna que no sabía leer, y cuando la maestra tenía tiempo, la llamaba a su escritorio y le enseñaba las letras. Por fin, Laura pudo leer GATO. De pronto se acordó de aquellas letras PAT, y exclamó:

—¡Pat!

La maestra se quedó asombrada.

—RATA, rata —le enseñó después—, y MATA, mata.

¡Laura había aprendido a leer! ¡Ya podía leer toda una línea del libro de deletrear!

A mediodía, todos los demás alumnos y la maestra se marcharon a comer a sus casas. Laura y Mary cogie-

ron su almuerzo y se sentaron encima de la hierba, a la sombra de la escuela vacía. Fueron devorando el pan con mantequilla mientras hablaban.

—Me gusta la escuela —afirmó Mary.

—A mí también —corroboró Laura—, pero tengo las piernas cansadas, y no me gusta que Nellie Oleson nos llame campesinas.

—Realmente, lo somos —repitió Mary.

—¡Sí, pero Nellie Oleson no necesita fruncir la nariz cuando nos mira! —exclamó Laura, furiosa.

21

NELLIE OLESON

Aquella tarde, *Jack* las esperaba en el vado, y a la hora de la cena las dos hermanas les contaron a papá y a mamá todo lo que había ocurrido en la escuela. Cuando dijeron que tenían que utilizar la pizarra de la maestra, papá sacudió la cabeza. No debían verse avergonzadas por una simple pizarra.

A la mañana siguiente, papá sacó dinero del estuche del violín y lo contó. Luego le entregó a Mary una pieza de plata para que comprase una pizarra.

—Hay muchos peces en el río —explicó—. Nos alimentarán hasta que cosechemos el trigo.

—Muy pronto también tendremos patatas —añadió mamá.

Ató la moneda en un pañuelo y lo clavó con un alfiler dentro del bolsillo de Mary.

La niña mantuvo el pañuelo bien cogido con la mano mientras recorría con su hermana el camino de la pradera. Soplaba el viento. Las mariposas y las aves

revoloteaban por encima de la hierba y las flores silvestres. Los conejos saltaban con el viento, y el cielo se curvaba por encima de todo el paisaje. Laura hacía balancear el bote del almuerzo, mientras iba saltando por el sendero.

Ya en el pueblo, atravesaron la polvorienta calle Mayor, y subieron los peldaños de la tienda del señor Oleson. Papá les había dicho que debían comprar allí la pizarra.

Dentro de la tienda había un largo mostrador de madera. Una pared estaba cubierta con estanterías, llenas de conservas, botes, lámparas, linternas, quinqués y rollos de tela de vivos colores. En la otra pared se apoyaban arados, paquetes de clavos y rollos de alambre, y en sus estanterías había sierras, martillos, hachas y cuchillos.

Sobre el mostrador se veía un enorme queso redondo, y en el suelo había un barril de melaza, otro de pescado en escabeche, y una caja llena de galletas, así como dos cajones repletos de caramelos. Eran caramelos de Navidad, y los dos cajones rebosaban.

De pronto, se abrió la puerta del fondo de la tienda y aparecieron brincando Nellie Oleson y su hermanito Willie. Nellie frunció la nariz al ver a Laura y a Mary, y Willie canturreó:

—¡Ay, ay, las gallinas patilargas!

—Calla, Willie —le riñó el señor Oleson.

Pero Willie no se calló, sino que siguió cantando:

—¡Gallinas! ¡Gallinas!

Nellie pasó junto a Laura y a Mary y hundió las manos en un cajón de caramelos. Willie las hundió en

el otro. Los dos hermanos cogieron todos los caramelos que pudieron y se los llevaron a la boca. Luego, se plantaron delante de Mary y de Laura, observándolas con descaro, sin ser capaces de ofrecerles ni un solo caramelo.

—¡Nellie! —gritó el señor Oleson—. ¡Tú y Willie, largo de aquí!

Pero los dos hermanos continuaron atracándose de caramelos y mirando a Laura y a Mary. El señor Oleson dejó de hacerles caso. Mary entregó el dinero y pidió una pizarra.

—Naturalmente, también querréis tiza —repuso él—. Aquí está. Es otro penique.

—No lo tienen —rió Nellie.

—Bien, lleváoslo todo y decidle a papá que me traiga el penique la próxima vez que baje al pueblo —ofreció generosamente el señor Oleson.

—Sí, señor, gracias —agradeció Mary.

Dio media vuelta, lo mismo que Laura, y ambas salieron de la tienda. Ya en la puerta, Laura miró hacia atrás. Nellie le hizo una mueca. La lengua de la niña estaba colorada y verde a causa de los caramelos.

—¡Dios mío! —suspiró Mary—. ¡Nunca podría ser tan mala como Nellie Oleson!

«Yo sí —pensó Laura—. Sería mucho más mala con ella que ella con nosotras, si me dejaran papá y mamá.»

Las dos hermanas examinaron la pizarra, cuya superficie era de un suave color negruzco, casi gris, y muy lisa, con un marco de madera, bien ensamblado por las esquinas. Era una pizarra muy bonita. Pero necesitarían otra tiza.

Papá se había gastado ya tanto en la pizarra que no les gustaba hacerle gastar otro penique. Caminaron sumidas en esta idea, hasta que de pronto Laura se acordó de los peniques de Navidad. Todavía tenían los que habían encontrado en sus medias la mañana de la Navidad pasada en el territorio indio.

Mary tenía uno, y Laura otro, pero sólo necesitaban uno para la tiza.

A la mañana siguiente la compraron, aunque no en la tienda del señor Oleson, sino en la del señor Beadley, que era a la vez oficina de Correos, donde vivía la maestra, por lo que luego fueron a la escuela con ella.

Asistieron a la escuela durante largas y calurosas semanas, y cada día les gustaba más. Les encantaba leer, escribir y hacer números. Les entusiasmaba deletrear los viernes por la tarde. Y a Laura le gustaba la quietud de la escuela cuando las demás niñas salían al sol y al viento, a coger flores silvestres entre las hierbas de la pradera, y también a jugar.

Los chicos jugaban a un lado de la escuela, y las niñas jugaban al otro lado, y Mary se sentaba entre las mayores, en los peldaños del porche, como una señorita.

Las niñas pequeñas siempre jugaban al corro, porque lo mandaba Nellie. Pero ya estaban cansadas de este juego, a pesar de que seguían jugando al mismo, hasta que un día, antes de que Nellie pudiese abrir la boca, Laura propuso:

—¡Juguemos al Tío John!

—¡Sí, sí! —gritaron todas, cogiéndose de las manos.

Pero Nellie agarró a Laura por su larga cabellera con ambas manos y la arrojó al suelo.

—¡No, no! —exclamó Nellie—. ¡Yo quiero jugar al corro!

Laura se incorporó y alargó el puño hacia la cara de Nellie. Se detuvo a tiempo. Papá les había dicho que nunca debían pegar a nadie.

—Vamos, Laura —le dijo Christy, cogiéndole una mano.

Laura sentía que el rostro le ardía y apenas veía nada, pero empezó a dar vueltas con las otras alrededor de Nellie. Ésta se atusaba los rizos y se alisaba la falda, como era su costumbre. Luego, Christy empezó a cantar, coreada por todas:

Tío John se puso enfermo,
¿qué le podemos llevar?

—¡No, no! ¡Al corro! —gritó Nellie—. ¡O no juego!

Salió del círculo, pero nadie la siguió.

—Está bien, ponte tú en el centro, Maud —dirigió Christy.

Volvieron a cantar:

Tío John se puso enfermo,
¿qué le podemos llevar?
Algún dulce, algún pastel,
o una jarrita de miel.
¿Qué le podemos llevar?
La ovejita de un pastor.
¿Quién se la querrá llevar?

La hija del gobernador.
Pero si ella no está en casa,
¿quién se la podrá llevar?

Y todas las niñas gritaron a una voz:

¡Laura Ingalls!

Laura se colocó en el centro del corro y todas bailaron a su alrededor. Y continuaron jugando a Tío John hasta que sonó la campana. Nellie estaba dentro de la escuela, llorando, y afirmó que estaba tan enfadada que nunca más volvería a hablar con Laura ni con Christy.

Pero a la semana siguiente invitó a todas las niñas a una fiesta que daba en su casa el sábado por la tarde. Especialmente, invitó a Laura y a Christy.

22

FIESTA EN EL PUEBLO

Laura y Mary nunca habían asistido a una fiesta, por lo que ignoraban cómo eran. Mamá les explicó que se pasaban unas horas muy agradables, junto con las amiguitas.

El viernes, después de la escuela, se lavaron los vestidos y los gorros. El sábado por la mañana lo plancharon todo, dejando las faldas y los gorros muy crujientes y limpios. Aquella mañana también se bañaron, en lugar de hacerlo por la noche.

—Estáis tan lindas como dos florecillas silvestres —sonrió mamá, cuando las dos hermanas descendieron por la escalera, vestidas para la fiesta. Les anudó las cintas del cabello, advirtiéndoles que no las perdieran—. Sed buenas chicas y demostrad vuestros buenos modales.

Cuando llegaron al pueblo, fueron en busca de Christy y de Cassie. Ellas tampoco habían estado nunca en una fiesta. Todas se dirigieron tímidamente a la tienda del señor Oleson, el cual las invitó:

—¡Vamos, entrad!

Atravesaron la tienda, por entre las barricas de escabeche, los cajones de caramelos y los arados, en dirección a la puerta del fondo. Ésta se abrió y apareció Nellie, muy elegante, junto a la señora Oleson, la cual las invitó también a entrar.

Laura no había visto nunca una habitación tan bonita. Apenas logró balbucir: «Buenas tardes, señora Oleson», y «Sí, señora», o «No, señora».

Todo el suelo estaba cubierto con un paño muy grueso que resultaba áspero bajo los pies descalzos de Laura. Era un paño de color marrón y verde, con dibujos rojos y amarillos. Las paredes y el techo eran estrechos, y las tablas estaban bien ensambladas, aunque dejando grietas en medio. La mesa y las sillas eran de madera amarilla, que brillaba como el cristal, con las patas completamente redondas. En las paredes había grabados de colores.

—Entrad al dormitorio, niñas, y dejad allí los gorritos —les aconsejó la señora Oleson, con tono amable.

La cama también era de madera muy reluciente. Había otros dos muebles. Uno estaba compuesto por cajones, uno encima del otro, con otros dos más pequeños arriba y dos piezas curvadas hacia arriba, que sostenían un enorme espejo. Encima del otro mueble había una palangana de porcelana, y un platito del mismo material con una pastilla de jabón.

En ambas habitaciones había ventanas con blancos visillos.

Detrás de la primera estancia había un cuartito

pequeño con una cocina, como la de mamá, y toda clase de potes y utensilios colgaban de las paredes.

Ya habían llegado todas las niñas, y la falda de la señora Oleson crujía agradablemente cuando pasaba entre ellas. Laura prefería estarse quieta y mirarlo todo, pero la señora Oleson exclamó de pronto:

—Vamos, Nellie, trae tus juguetes.

—¡Que jueguen con los juguetes de Willie! —objetó Nellie.

—¡No pueden montar en mi velocípedo! —protestó Willie.

—Bueno, que jueguen con tu arca de Noé y tus soldados —gruñó Nellie.

La señora Oleson hizo callar a Willie.

El arca de Noé era el juguete más maravilloso que había visto Laura en su vida. Todas se arrodillaron, riendo, chillando y balanceándose alegremente. Había cebras, elefantes, tigres y caballos, toda clase de animales, como si el cuadro hubiese salido de la Biblia forrada de papel que las dos hermanas tenían en casa.

También había dos ejércitos de soldados de plomo, con uniformes azules y rojos.

Y había un muñeco saltarín, de madera recortada, con unos pantalones y una chaqueta a rayas empastados en el muñeco, el cual tenía la cara pintada de blanco, con las mejillas muy coloradas y círculos azules alrededor de los ojos. Lucía un gorrito en punta. Estaba colgado entre dos listones de madera que, al ser apretados, hacían bailar al muñeco. En las manos sostenía dos cordeles retorcidos, y saltaba cabeza abajo

por encima de los mismos, volviendo a quedarse erguido, con un pie tocando su nariz.

Incluso las niñas mayores hablaban y reían con aquellos animales y aquellos soldados, y rieron con el acróbata hasta verter lágrimas.

—Ahora podréis ver mi muñeca —exclamó de pronto Nellie.

La muñeca tenía la cabeza de porcelana, con las mejillas lisas y la boca colorada. Los ojos eran negros y el cabello, también de porcelana, era negro y ondulado. Las pequeñas manos eran, así como los zapatos, de porcelana también.

—¡Oh! —alabó Laura—. ¡Qué muñeca tan preciosa! Oh, Nellie, ¿cómo se llama?

—Sólo es una muñeca vieja —contestó la niña con desdén—. No me gusta. Ya veréis la de cera.

Arrojó la muñeca de porcelana a un cajón y luego sacó una caja larga. La dejó encima de la cama y quitó la tapa. Todas las niñas se inclinaron para mirar dentro.

En la caja había una muñeca que parecía viva. El cabello, real, se esparcía en rizos dorados encima de la almohada. Tenía los labios separados y enseñaba dos hileras de blancos dientes. Sus ojos estaban cerrados. La muñeca dormía en la caja.

Nellie la levantó y se abrieron los ojos. Eran muy azules. Y la muñeca parecía reír. De pronto, extendió los brazos y gritó:

—¡Mamá!

—Lo dice si se le aprieta el estómago —explicó Nellie—. ¡Mirad!

Apretó con fuerza el estómago de la muñeca y la pobre figurita gritó otra vez:

—¡Mamá!

Llevaba un vestido de seda azul. La falda era de veras, con volantes y encajes, y las enaguas eran reales. En los pies calzaba unas zapatillas de piel azul.

Laura llevaba algún tiempo sin pronunciar una sola palabra. No podía. No pensaba siquiera tocar aquella muñeca tan maravillosa, mas sin darse cuenta, instintivamente, alargó un dedo hacia el vestido de seda azul.

—¡No la toques! —chilló Nellie—. ¡Aparta tus puercas manos de mi muñeca, Laura Ingalls!

Apretó la muñeca contra su pecho y se volvió de espaldas a Laura, para que ésta no viese cómo la metía de nuevo en la caja.

A Laura le ardía la cara, y las otras niñas no sabían qué hacer ni adónde mirar. Laura se sentó en una silla, y las demás contemplaron cómo Nellie guardaba la muñeca, y metía la caja dentro de un cajón que luego cerró. Entonces, todas se dedicaron a mirar otra vez a los animales y los soldados, y a presionar la escalera del muñeco saltarín.

Apareció la señora Oleson y le preguntó a Laura por qué no jugaba.

—Prefiero estar sentada. Gracias, señora.

—¿Te gustaría mirar esto? —le preguntó la dueña de la casa, dejando dos libros sobre la falda de Laura.

—Gracias, señora.

Cuidadosamente, fue volviendo las páginas de los libros. Uno no era un libro exactamente, ya que era

muy delgado y no tenía cubiertas. Era como una revista para niños. El otro sí era un libro grueso, con una cubierta en la que se veía una anciana con una caperuza, cabalgando sobre una escoba por delante de una luna muy amarilla. Encima de su cabeza, en letras mayúsculas, ponía:

MADRE GANSA

Laura ignoraba que hubiese en el mundo libros tan maravillosos. En cada página de aquél había un grabado y una poesía. Laura ya sabía leerlas. Y se olvidó de la fiesta.

—Vamos, chiquilla —dijo de pronto la señora Oleson—. No dejes que tus amigas se coman todo el pastel.

—Oh, sí, señora —tartamudeó Laura—; no, señora.

—¡Para mí el pedazo más grande! —gritó Nellie, cogiendo un enorme trozo de pastel.

Las demás niñas estaban sentadas, aguardando a que la señora Oleson repartiese los demás trozos. La buena mujer colocó cada pedazo en un plato.

—¿Está bastante dulce la limonada? —se interesó después.

Entonces, Laura supo que los vasos estaban llenos de limonada. Nunca había bebido nada igual. Al principio era dulce, pero después de morder un poco de pastel, muy azucarado, la encontró amarga. Sin embargo, todas las niñas respondieron cortésmente:

—Sí, señora, gracias.

Asimismo, todas tuvieron buen cuidado de no

dejar caer migas de pastel sobre el mantel, ni derramar una sola gota de limonada.

Por fin llegó la hora de volver a casa, y Laura se acordó de decir, como le había enseñado mamá:

—Muchas gracias, señora Oleson. Me he divertido mucho en su fiesta.

Eso mismo dijeron todas.

Cuando estuvieron fuera de la tienda, Christy le susurró a Laura:

—¡Ojalá le hubieras atizado un buen puñetazo a esa idiota de Nellie Oleson!

—¡Oh, no, no hubiera podido! —replicó Laura en voz baja—. Pero sé que nunca seremos amigas. ¡Chist! No le cuentes a Mary que he dicho esto.

Jack las aguardaba en el vado. Era sábado, y Laura no había jugado con él. Tenía que transcurrir una semana entera antes de que pudiera pasar todo un día jugando a orillas del río Plum.

Cuando le contaron a mamá cómo había sido la fiesta, aquélla observó:

—Nunca debemos aceptar la hospitalidad sin poder devolverla. He reflexionado sobre esto, hijas mías, y creo que debéis invitar a Nellie Oleson y a las otras chicas a una fiesta en casa.

Hizo una pausa, sonrió y agregó:

—Podríamos darla el próximo sábado.

23

FIESTA CAMPESTRE

—¿Vendréis a mi fiesta? —preguntó Laura a Christy, a Maud y a Nellie Oleson.

Mary se lo preguntó a las chicas mayores y todas dijeron que sí.

Aquel sábado por la mañana, la casa nueva estaba preciosa. *Jack* tuvo prohibido pasar por encima del suelo tan bien fregado. Las ventanas estaban relucientes y los visillos de color rosa se veían limpios y muy crujientes. Laura y Mary confeccionaron nuevos papeles estrellados para los estantes, y mamá preparó unos pasteles deliciosos.

Los hizo con huevos batidos y harina. Luego, lo metió todo en una marmita que silbaba. Cada pastelillo daba un salto y flotaba en el aceite hasta que giraba sobre sí mismo, dejando ver su fondo dorado e hinchado. Después, se redondeaba por abajo, y mamá lo sacaba con un tenedor.

Fue dejando los pasteles en la alacena, pues eran para la fiesta.

Laura, Mary, mamá y Carrie se ataviaron y acicalaron debidamente, y esperaron la llegada de los invitados. Laura incluso había cepillado a *Jack*, aunque el perro siempre estaba limpio y bello dentro de su pellejo blanco con manchas castañas.

Luego, *Jack* bajó con Laura al vado del río. Todas las muchachas llegaban riendo y chapoteando en las soleadas aguas, todas menos Nellie. Ésta se había quitado los zapatos y las medias, y se quejaba de que los guijarros del río le dolían en los pies.

—No me gusta ir descalza —añadió—. Por algo tengo medias y zapatos.

Llevaba un vestido nuevo, y unos lazos muy grandes en el cabello.

—¿Éste es *Jack*? —preguntó Christy.

Todas lo acariciaron, diciendo que era un perro estupendo. Pero cuando el animal meneó la cola, saludando a Nellie, la niña gritó:

—¡Fuera! ¡Largo! ¡No toques mi vestido!

—*Jack* jamás te tocaría el vestido —le aseguró Laura.

Ascendieron por el sendero, por entre la ondulante hierba y las flores silvestres, hasta la casa, donde las esperaba mamá.

Mary fue presentando a sus amiguitas una a una, y mamá les sonrió amablemente, interesándose por detalles de ellos.

—Naturalmente —observó Nellie, enojada—, nunca más me pondré el vestido nuevo para ir a una fiesta campestre.

De pronto, a Laura no le importó lo que le había enseñado mamá ni si papá la castigaría. Tenía que zurrar a Nellie, por contestar tan mal a mamá.

—Oh, sí, claro —sonrió mamá—, es un vestido precioso, Nellie. Me alegro de que hayas venido.

Sin embargo, Laura no pensaba perdonar a Nellie.

A las niñas les gustó la casita. Estaba muy limpia y ventilada, pues la brisa soplaba desde la pradera y aromatizaba la casa con el olor de las flores. Treparon por la escalerilla y admiraron el altillo de Laura y de Mary. Ninguna tenía un dormitorio igual.

Sin embargo, Nellie preguntó desdeñosamente:

—¿Dónde están vuestras muñecas?

Laura, por nada del mundo, le habría enseñado a Nellie Oleson su Charlotte de trapo.

—Yo no juego con muñecas —replicó con altivez—. Yo juego en el río.

Todas salieron afuera con *Jack*. Laura les enseñó las gallinas y los polluelos que correteaban en torno a los pajares y los montones de heno, y luego admiraron las hileras de vegetales en el huerto y el campo de trigo, cada día más crecido. Por fin bajaron por el montículo hasta la orilla del río. Allí vieron los sauces y el puente, y el agua que discurría a la sombra de los ciruelos, ensanchándose y saltando por encima de los guijarros, hasta gorgotear debajo del puente antes de llegar al remanso.

Mary y las chicas mayores bajaron más lentamente, jugando con Carrie. Pero Laura, Christy, Maud y Nellie se arremangaron las faldas hasta las rodillas y vadearon en las frías aguas del río. Luego, contemplaron

cómo los diminutos pececillos correteaban sinuosamente en pequeños bancos, alejándose del griterío infantil y los chapoteos de manos y pies.

Las niñas mayores hicieron vadear a Carrie por el sitio donde el agua brillaba al sol, y después coleccionaron piedrecitas a lo largo de la orilla del río. Las niñas más pequeñas jugaron a las cuatro esquinas en el puente. También hicieron carreras por la hierba de la pradera, y volvieron a jugar en el agua. Y mientras todas jugaban, Laura iba meditando cómo podría castigar a Nellie.

Con esta idea, condujo a las niñas cerca de la roca donde estaba escondido el viejo cangrejo. El ruido y los chapoteos lo habían obligado a ocultarse. Laura observó, no obstante, sus pinzas y su cabeza asomando por debajo de la piedra, y llamó a Nellie. Después, arrojó una gran cantidad de agua contra la roca y chilló:

—¡Oh, Nellie! ¡Nellie, cuidado!

El viejo cangrejo había abierto las pinzas, dispuesto a apresar los pies de Nellie.

—¡Corre! ¡Corre! —gritó Laura, empujando a Christy y a Maud hacia el puente y corriendo luego hacia Nellie.

Nellie también echó a correr hacia las fangosas aguas sombreadas. Laura se detuvo en la orilla y miró hacia la piedra del viejo cangrejo.

—Espera, Nellie. Quédate aquí.

—Oh, ¿qué era? ¿Qué era ese bicho? ¿Viene? —preguntó Nellie, muy asustada.

Se le había manchado el vestido, y la falda y las enaguas se mojaban en las turbias aguas.

—Es un cangrejo viejo —explicó Laura—. Corta las ramas por la mitad con sus enormes pinzas. Huy, podría partir tus pies muy fácilmente.

—¡Oh!, ¿dónde está? ¿Viene? —se asustó aún más Nellie.

Quédate aquí y yo iré a mirar —repuso Laura.

Se marchó, vadeando el río, agachándose y escrutando el agua. El viejo cangrejo estaba de nuevo bajo la roca, pero Laura no lo dijo. Vadeó lentamente hasta el puente, mientras Nellie estaba al acecho debajo de los ciruelos. Luego, Laura regresó a su lado.

—Ya puedes salir de aquí —manifestó.

Nellie vadeó hacia el agua clara. Luego afirmó que aquel horrible riachuelo no le hacía gracia y que no quería volver a jugar allí. Acto seguido intentó lavarse la manchada falda y también los pies, y entonces chilló.

Las sanguijuelas, blandas y oscuras, se habían pegado a sus piernas y sus pies. Y le resultaba imposible despegarlas. Trató de quitarse una, y echó a correr, gritando y llorando, hacia la orilla del río. No podía quitárselas de encima. Se quedó en la orilla pataleando con todas sus fuerzas, primero con un pie y luego con el otro, sin dejar de chillar.

Laura rió y rió hasta que cayó convulsionada de tanto reír sobre la hierba, rodando sobre sí misma.

—¡Oh, mirad, mirad! —exclamó—. ¡Mirad cómo baila Nellie!

Todas las chicas acudieron a la carrera. Mary le rogó a Laura que le quitara los chupasangres de las piernas de Nellie, pero Laura no le hizo caso, y continuó riendo y rodando por el suelo.

—¡Laura! —exclamó Mary—. ¡Levántate y quítale las sanguijuelas a Nellie o se lo diré a mamá!

Laura, de mala gana, empezó a quitarle las sanguijuelas a Nellie. Mientras iba estirando aquellas cosas largas y blandas, todas las niñas rieron y gritaron entusiasmadas.

—¡No me gusta tu fiesta! —declaró Nellie—. ¡Quiero irme a casa!

Mamá bajó al río corriendo para saber a qué se debía tanto alboroto. Al enterarse de lo ocurrido le aconsejó a Nellie que no llorase, ya que no valía la pena hacerlo por unas simples sanguijuelas. Luego añadió que ya era hora de entrar en la casa.

La mesa tenía el mejor mantel blanco de mamá, con el jarrón azul lleno de flores. Habían colocado los bancos muy cerca de la mesa. Las relucientes copas estaban llenas de leche cremosa y fría, y había una enorme bandeja atestada de pasteles de color miel.

Los pasteles no eran dulces, sino muy buenos y crujientes, y huecos. Cada uno era como una gran burbuja. Y se deshacían en la lengua.

Las niñas comieron tantos pasteles como quisieron. Y luego aseguraron que nunca habían comido nada tan sabroso, y le preguntaron a mamá de qué eran.

—Son buñuelos de viento, porque todos están inflados, con viento dentro, sin nada sólido.

Todas las niñas comieron buñuelos de viento hasta hartarse y se tomaron toda la leche fría y azucarada que pudieron. Al fin, la fiesta llegó a su término. Todas las niñas, con excepción de Nellie, dieron las gracias por aquella tarde tan divertida. Nellie aún estaba enfadada.

A Laura no le importó. Christy le pegó un codazo y le murmuró al oído:

—Nunca me había divertido tanto! ¡Y a Nellie le ha estado muy bien empleado!

Laura, en su interior, se sintió muy satisfecha al recordar la danza que Nellie había interpretado en la orilla del río.

24

A LA IGLESIA

Era la noche del sábado y papá estaba sentado a la puerta, fumando su pipa nocturna.

Laura y Mary estaban sentadas, cada una a un lado de papá. Mamá, con Carrie en la falda, se mecía suavemente atrás y adelante, junto a la puerta.

No soplaba ni una pizca de viento. Las estrellas estaban bajas y muy brillantes. Más allá de las estrellas, el cielo estaba muy oscuro, y a lo lejos, el río Plum susurraba mansamente.

—Esta tarde me han dicho en el pueblo que mañana habrá sermón en la iglesia nueva —comentó papá—. Conozco al misionero, el reverendo Alden, y quiere que vayamos. Le he dicho que estaríamos allí todos.

—¡Oh, Charles! —exclamó mamá—. ¡Hace tanto tiempo que no entramos en una iglesia!

Laura y Mary nunca habían entrado en ninguna. Pero, por el tono de voz de mamá, comprendieron que ir a la iglesia debía de ser mejor todavía que asistir a una fiesta.

—Me alegro de haber terminado mi nuevo vestido —murmuró mamá poco después.

—Parecerás una linda flor —repuso papá—. Bien, tendremos que levantarnos temprano.

A la mañana siguiente todo fueron prisas. El desayuno se despachó rápidamente, los quehaceres se hicieron en un momento, y mamá se apresuró a vestirse primero y después a vestir a Carrie. Luego gritó por el agujero de la escalera:

—¡Niñas, bajad y os ataré las cintas!

Laura y Mary obedecieron. De pronto se pararon en seco para admirar a mamá. Estaba muy hermosa con su vestido nuevo. Era de cretona blanca y negra, con líneas alternas no más anchas que unas hebras juntas. Por delante se abrochaba con botones negros. Y la falda formaba como un polisón adornado con cintas y lazos.

El cuello estaba hecho de encaje, que después se extendía primorosamente sobre el busto de mamá, formando una gran lazada. Un broche de oro sujetaba el cuello y la lazada. El rostro de mamá resultaba encantador. Tenía las mejillas enrojecidas y las pupilas muy resplandecientes.

Rápidamente se volvió hacia Laura y Mary y procedió a anudar las cintas de sus trenzas. Después, cogió a Carrie de la mano. Todas salieron afuera y mamá cerró la puerta.

Carrie parecía uno de los angelitos de la Biblia. El vestidito y el bonete eran blancos, con puntas de encaje. Tenía los ojos muy abiertos y solemnes, y los dorados rizos le colgaban por las mejillas y también por detrás del gorrito.

Entonces, Laura observó sus cintas rosa en las trenzas de Mary. Se llevó una mano a la boca antes de hablar. Luego, se llevó una mano atrás y volvió la cabeza para ver sus cintas. ¡Eran las azules de Mary las que tenía en sus trenzas!

Ella y Mary se miraron mutuamente, pero no dijeron nada. Mamá, con las prisas, se había equivocado. Era preferible que no se diese cuenta. Laura estaba tan cansada del color rosa... y Mary del color azul... Pero Mary tenía que llevar cintas azules porque tenía el cabello dorado, y Laura tenía que llevarlas de color rosa porque su cabellera era castaña.

Papá salió del establo conduciendo la carreta. Había cepillado a *Sam* y a *David* hasta que brillaron bajo el sol matinal. Los dos caballos avanzaban con orgullo, con la cabeza erguida y las crines y las colas enhiestas.

En el asiento de la carreta había una manta limpia, y otra extendida sobre el fondo de la caja. Papá ayudó a mamá a trepar por la rueda, y luego le puso a Carrie sobre la falda. Por fin ayudó a subir a Laura, y fue entonces cuando mamá descubrió el asunto de las cintas.

—¡Dios mío! —exclamó mamá—. ¡Le he puesto a Laura las cintas de Mary!

—¡Nadie se dará cuenta con dos caballos al trote! —rió papá.

De modo que Laura comprendió que, a partir de entonces, también podría llevar cintas azules.

Sentada al lado de Mary, encima de la manta, colocó las puntas de sus trenzas encima de los hombros. Lo mismo hizo Mary y las dos sonrieron alegremente.

Laura veía el color azul cuando bajaba la vista, y Mary el rosa.

Papá iba silbando, y cuando *Sam* y *David* arrancaron, se puso a cantar:

Oh, cada domingo por la mañana
llevo al lado a mi mujer.
Subimos a la carreta y empezamos a correr.

—Charles —murmuró mamá, para recordarle que era domingo. Entonces, los dos cantaron a dúo:

Tierra santa y feliz,
llena de armonía,
donde moran los santos,
brillantes como el día.

El río apareció por entre las sombras de los sauces y se ensanchó, como esponjándose al sol. *Sam* y *David* iban trotando entre las aguas superficiales en sombra. Sus cascos levantaban torbellinos de agua, y las pequeñas olas lamían las ruedas de la carreta. Por fin empezaron a rodar, traqueteando, por la extensa pradera.

La carreta corría suavemente por el camino que apenas estaba trazado sobre la verde hierba. Los pájaros entonaban sus cantos matutinos. Las abejas zumbaban. Los abejorros revoloteaban de flor en flor y los grandes saltamontes daban tremendos saltos.

No tardaron en llegar al pueblo. La herrería estaba cerrada, lo mismo que las demás tiendas. Algunos

hombres y mujeres, muy acicalados, con los niños vestidos de fiesta, paseaban por las aceras de la polvorienta calle Mayor. Todos se dirigían a la iglesia.

Se trataba de un edificio nuevo, bastante próximo a la escuela. Papá condujo la carreta hacia allí, entre la hierba de la pradera, a la salida del pueblo. El edificio era muy parecido a la escuela, excepto que en el tejado había una pequeña habitación sin paredes ni nada dentro.

—¿Qué es eso? —quiso saber Laura.

—Lo más importante de una iglesia, Laura —repuso mamá—. El campanario.

Papá detuvo la carreta junto al elevado porche de la iglesia. Luego ayudó a mamá a saltar al suelo, pero Laura y Mary lo hicieron solas, sin poner el pie en la rueda. Todas esperaron a que papá llevase la carreta a la sombra de la iglesia, desenganchase a los dos caballos y los atase a la caja de la carreta.

La gente acudía entre la alta hierba, y luego ascendían hasta el porche y entraban en la iglesia. En su interior se oía un solemne crujido de faldas almidonadas.

Al fin volvió papá. Cogió a Carrie en brazos y se dirigió al templo, junto con mamá. Laura y Mary los siguieron muy de cerca. Luego, todos se sentaron en un banco muy largo.

La iglesia era exactamente igual que la escuela, a excepción de que daba una extraña sensación de vacío. Cualquier rumor resonaba muy alto contra las paredes de tablas.

Un individuo alto y delgado estaba de pie detrás de

una mesa colocada sobre un estrado. Vestía de negro y la ancha corbata era del mismo color, igual que su cabello y la barba que enmarcaba su rostro. Tenía una voz suave y amable. Todas las cabezas se inclinaron. Aquel individuo estuvo hablando de Dios durante mucho rato, mientras Laura permanecía sentada muy quieta, contemplando las cintas azules de sus trenzas.

—Ven conmigo —murmuró de pronto una voz a su lado.

Laura casi pegó un brinco. Una guapa chica estaba muy cerca, sonriendo con sus hermosos ojos azules.

—Venid conmigo, niñas —dijo de nuevo la joven—. Daremos la clase dominical.

Mamá les dio permiso, y Laura y Mary dejaron el banco. No sabía que hubiese escuela los domingos.

La chica las condujo a un rincón. Todas las alumnas de la escuela ya estaban allí, interrogándose entre sí con la mirada. La joven formó como un recinto cuadrado con los bancos. Se sentó y situó a Laura y a Christy a su lado. Cuando las demás se hubieron acomodado en los bancos, dijo que se llamaba Tower, y les preguntó los nombres a todas.

—Bien —murmuró luego—, ahora voy a contaros un cuento.

Laura se regocijó por anticipado. Pero la señorita Tower empezó con estas palabras.

—Se trata de un niño muy pequeñito, que nació hace muchos siglos en Egipto. Se llamaba Moisés.

Laura dejó de escuchar. Conocía todo lo referente a Moisés y las zarzas. Incluso Carrie sabía aquella historia.

Cuando terminó el cuento, la señorita Tower sonrió más que nunca y exclamó:

—¡Ahora, todas aprenderemos un versículo de la Biblia! Será estupendo, ¿verdad?

—Sí, señorita —asintieron todas.

Por turnos, la señorita Tower fue recitando un versículo de la Biblia a cada una. Debían recordarlos y repetirlos el domingo siguiente. Ésta sería la lección dominical.

Cuando le llegó el turno a Laura, la señorita Tower la abrazó con tanto calor casi como mamá.

—Esta niña más pequeña aprenderá una lección más pequeña también. ¡El versículo más corto de la Biblia!

Laura ya lo sabía.

—¡Sólo tiene tres palabras! —aclaró la señorita Tower sin dejar de sonreír—. ¿Crees que podrás recordarlo toda la semana?

Laura miró asombrada a la señorita Tower. ¡Caramba, si era capaz de recordar versículos largos y hasta los himnos! Pero no quiso herir los sentimientos de la señorita Tower.

—Sí, señorita —asintió.

—¡Bravo, hija mía! —se entusiasmó la señorita Tower. Laura pensó que ella sólo era hija de mamá—. Te lo repetiré para que te acuerdes. ¡Sólo tres palabras! ¿Quieres decirlas conmigo?

Laura hizo una mueca de dolor.

—Inténtalo —la apremió la señorita Tower.

Laura inclinó la cabeza y susurró el versículo.

—¡Muy bien! —aprobó la señorita Tower—. ¿Podrás recordarlo y repetirlo el próximo domingo?

Laura asintió.

Todas se pusieron de pie. Abrieron la boca y empezaron a cantar: *Dorada Jerusalén*. Muchas no conocían la tonada ni las palabras. Por la espalda de Laura corrieron varios escalofríos y le dolieron los oídos ante tanta desafinación. Cuando volvieron a sentarse, se sintió muy satisfecha.

Entonces se puso de pie el individuo alto y delgado y se dispuso a hablar.

Laura pensó que nunca callaría, por lo que dirigió la vista a las ventanas por donde se veía revolotear a las mariposas, al parecer muy alegres. También divisó la hierba ondulada bajo el viento. Laura prestó atención al susurro de la brisa en el tejado. También contempló sus cintas azules. Examinó sus uñas y se admiró al ver cómo podían juntarse los dedos de sus manos. Luego los separó y después los extendió al frente, como si fuesen la esquina de una casa de troncos. También observó la parte inferior de las tejas de la iglesia. Al final empezaron a dolerle las piernas, que tenía colgando.

Por último, todo el mundo se levantó y trataron de cantar otra vez. Cuando todo terminó, no hubo nada más. Ya podían regresar a casa.

El individuo alto y delgado estaba junto a la puerta. Era el reverendo Alden. Estrechó las manos de mamá y de papá, y los tres conversaron unos instantes. Después se inclinó y estrechó la mano de Laura.

Sus dientes eran muy blancos cuando sonrió. Sus ojos eran cálidos y muy azules.

—¿Te ha gustado la escuela dominical, Laura? —preguntó.

De pronto, Laura comprendió que sí le había gustado.

—Sí, señor —asintió.

—Entonces, debes venir todos los domingos —le aconsejó el reverendo Alden—. Te esperaremos.

Laura comprendió también que verdaderamente aquel señor la esperaría y no se olvidaría de ella.

—Bien, Caroline —dijo papá, ya camino de casa—, es agradable formar parte de una comunidad donde todo el mundo intenta hacer lo mismo, donde todo el mundo es como nosotros.

—Sí, Charles —estuvo de acuerdo mamá—. Será un placer aguardar todas las semanas el domingo.

—¿Os ha gustado, niñas —preguntó papá, volviéndose en el pescante—, vuestra primera visita a una iglesia?

—Sí, pero no saben cantar —arguyó Laura.

Papá soltó una carcajada.

—Es muy difícil coger el tono sin un ensayo previo —explicó.

—Hoy en día, Charles —replicó mamá—, la gente posee libros de himnos.

—Bien, tal vez algún día también tendremos uno nosotros —manifestó papá.

A partir de entonces fueron todos los domingos a la escuela dominical. Asistieron a esa escuela tres o cuatro domingos, y un día volvieron a ver al reverendo Alden, y entonces aquél fue un completo domingo de iglesia. El reverendo Alden vivía en su verdadera iglesia del Este. Naturalmente, no podía viajar todos los domingos a la iglesia del pueblo. En realidad, ésta era su iglesia misional del Oeste.

Los domingos ya no resultaban monótonos ni aburridos, porque siempre asistían a la escuela dominical y después había alegres conversaciones. Los mejores domingos, no obstante, eran aquellos en que el reverendo Alden estaba en la iglesia. Siempre se acordaba de Laura, y la niña también se acordaba de él varias veces durante la semana. A Laura y a Mary las llamaba «las pequeñas campesinas».

Un domingo, cuando papá, mamá, Mary y Laura estaban sentados a la mesa, hablando de la escuela dominical, papá exclamó:

—Si tengo que continuar alternando con esos tipos del pueblo tan endomingados, tendré que comprarme un par de botas nuevas. Mirad.

Enseñó un pie. Su bota remendada ya estaba agrietada por una juntura.

Todos vieron el calcetín colorado que se asomaba por aquella abertura. Los bordes de la suela ya estaban muy delgados, y se curvaban hacia atrás entre aquellas grietas.

—Ya no resistirán otro parche —añadió papá.

—Oh, yo quería comprarte unas botas, Charles —suspiró mamá—. Y en cambio, tú trajiste a casa la cretona de mi vestido nuevo.

Papá ya estaba decidido.

—Cuando baje al pueblo el próximo sábado me compraré un par. Costarán tres dólares, pero ya nos arreglaremos como sea hasta la cosecha del trigo.

Aquella semana, papá estuvo trabajando en el heno. Había ayudado a apilar el del señor Nelson y ahora podía utilizar la segadora de aquél. Comentó

que era un tiempo estupendo para segar el heno. Nunca había visto un verano tan seco y soleado.

A Laura esos días no le gustó ir a la escuela. Hubiese preferido ayudar a papá en el campo y contemplar cómo la maravillosa máquina, con sus enormes cuchillas detrás de las ruedas, iban cortando todos los tallos.

El sábado por la mañana, Laura se marchó al campo en la carreta y ayudó a papá a llevar la última carga de heno. Los dos estuvieron un rato contemplando el trigal, donde el trigo ya era más alto que Laura en la tierra recién segada. Su cabeza llegaba a las espigas, dobladas bajo el peso del trigo ya maduro. Arrancaron tres espigas gordas y largas y las llevaron a casa para enseñárselas a mamá.

Cuando la cosecha estuviese segada, explicó papá, ya no tendrían deudas y poseerían más dinero del que podían imaginar. Comprarían una calesa. Mamá tendría un vestido nuevo, y habría zapatos nuevos para todos, y comerían ternera cada domingo.

Después de comer se puso una camisa limpia y sacó tres dólares del estuche del violín. Iba al pueblo a comprar las botas nuevas. Fue a pie, porque los caballos habían trabajado toda la semana y debían gozar de algún descanso.

Era ya tarde cuando papá regresó caminando. Laura lo vio subiendo por el montículo, y ella y *Jack* corrieron desde la madriguera del viejo cangrejo en el río, y llegaron a casa casi al mismo tiempo que él.

Mamá dio media vuelta en la cocina, donde estaba cocinando el pan en el horno.

—¿Dónde están tus botas, Charles? —quiso saber al momento.

—Bueno, Caroline —balbució papá—. Vi al reverendo Alden y me contó que no lograba reunir dinero suficiente para colocar una campana en el campanario. Los habitantes del pueblo ya le habían entregado todo lo que podían, y todavía le faltaban tres dólares. De modo que se los di.

—¡Oh, Charles! —gimió mamá.

Papá estudió la bota rota.

—Le pondré un parche —suspiró—. Por algún tiempo resistirá. Y en cambio, oiremos tocar la campana de la iglesia.

Mamá retrocedió a la cocina y Laura salió para sentarse en un peldaño del porche. Le dolía la garganta, ¿o tal vez sólo tuviera un nudo en ella? Le hubiese gustado tanto que papá estrenase unas botas...

—No importa, Caroline —oyó decir a papá—. Ya no tendremos que esperar mucho para poder segar el trigo.

25

LA NUBE RESPLANDECIENTE

El trigo estaba en sazón para la siega.

Papá lo vigilaba cada día. Por las noches, siempre hablaba de las gordas espigas con entusiasmo y le enseñaba algunas a Laura. Los granos regordetes se iban poniendo muy duros dentro de sus pequeñas cáscaras. Papá dijo que el tiempo era perfecto para que acabara de madurar el trigo.

—Si se mantiene así —pronosticó—, lo segaremos la semana que viene.

El tiempo era muy caluroso. El cielo deslumbraba al mirarlo, y hasta daba calor a los ojos. El aire se elevaba en calurosas oleadas en la pradera, como si saliese de una estufa al rojo vivo. En la escuela, los niños y niñas jadeaban como lagartijas, y por las paredes de tablas goteaba la resina del pino.

El sábado por la mañana, Laura fue paseando con papá hasta el trigal. Los tallos eran tan altos como él. Entonces, cogió a Laura y se la sentó sobre los hombros

para que pudiese contemplar aquel océano de espigas inclinadas. El campo era un mar de oro y verdor.

A la hora de comer, papá se lo contó a mamá. Nunca había visto una cosecha tan maravillosa. Habría unas cuarenta fanegas por acre, y el trigo se pagaba a un dólar la fanega. Serían ricos. Bien, ya lo eran. Aquella región era una bendición de Dios. Ya podrían comprar cuanto quisieran. Laura escuchaba, meditabunda, contenta de que papá pudiera comprar por fin sus botas.

La niña estaba sentada frente a la puerta abierta, por donde penetraba el sol a raudales. Sin embargo, algo parecía hacer disminuir la luz del sol. Laura se frotó los ojos y volvió a mirar. Realmente, el sol se iba oscureciendo. Y llegó un momento en que no hubo sol.

—Creo que se avecina una tormenta —murmuró mamá—. Hay una nube que oculta el sol.

Papá se levantó con rapidez y fue a la puerta. Una tormenta podía ser muy perjudicial para el trigo. Miró al cielo y salió de la casa.

La luz era muy rara. No era como el cambio que solía hacer antes de la tormenta. El aire tampoco era sofocante como cuando va a diluviar. Laura estaba asustada sin saber exactamente por qué.

Salió corriendo hasta donde papá estaba aún escrutando el cielo. Mamá y Mary también salieron.

—¿Qué te parece eso, Caroline? —preguntó papá.

Había una nube delante del sol. Pero no se parecía a ninguna nube que hubieran visto otras veces. Era una nube compuesta de algo parecido a copos de nieve, pero más grandes que los copos de nieve, y muy

resplandeciente. La luz se reflejaba en cada partícula de aquella nube.

No soplaba el viento. La hierba estaba inmóvil y el aire recalentado no se agitaba apenas, y, no obstante, la nube cruzaba el cielo a más velocidad que la del viento. A *Jack* se le erizó el pelaje del lomo. De improviso empezó a aullar lastimeramente hacia la nube.

¡Plom!

Algo cayó sobre la cabeza de Laura, rodando hacia el suelo. Laura bajó la mirada y vio el mayor saltamontes de su vida. Entonces, otros saltamontes muy grandes, de color pardo, empezaron a caer a su alrededor, chocando con su cabeza, su cara y sus manos. Rebotaban en el suelo como el granizo.

La nube era un enjambre de langostas, llamadas también saltamontes. Sus cuerpos ocultaban el sol, extendiendo la noche sobre la tierra. Sus alas, anchas y delgadas, resplandecían de manera extraña. El susurro de sus alas atronaba el aire y caían al suelo y sobre la casa con el estruendo de una granizada.

Laura intentó ahuyentarlos, pero sus patitas se aferraban a su piel y sus ropas. La miraban con sus ojos saltones, girando la cabeza a todos lados. Mary entró chillando en casa. Las langostas cubrían todo el terreno, y no era posible pisar por ninguna parte sin aplastar algunas. Laura echó a andar, y aquellos bichos empezaron a correr, apartándose velozmente.

Mamá estaba atrancando todas las ventanas de la casa. Papá se situó tras el umbral, mirando hacia fuera. Laura y *Jack* se pusieron a su lado. Los saltamontes caían del cielo y cubrían todo el terreno. Con las largas

alas plegadas y sus poderosas patas traseras, saltaban a donde querían. El aire zumbaba y el tejado resonaba igual que en una tormenta de granizo.

De pronto, Laura oyó otro ruido, como compuesto de diminutos mordiscos.

—¡El trigo! —gritó papá.

Salió como una flecha por la puerta trasera y corrió hacia el trigal.

Las langostas lo estaban devorando. Sin embargo, no se oía el ruido de las mandíbulas a menos que se prestase mucha atención. Ahora, millones y millones de langostas devoraban el trigo. Y era posible oír aquellos millones de mandíbulas mordiendo y masticando.

Papá corrió hacia el establo. A través de la ventana, Laura vio cómo uncía a *Sam* y a *David* a la carreta. Luego, empezó a amontonar en el vehículo todo el heno viejo del rincón del estiércol, con la mayor rapidez posible. Mamá también salió de casa, cogió una horquilla y ayudó a papá. Después, papá condujo la carreta hacia el trigal, seguido por mamá a pie.

Papá dio la vuelta al campo de trigo, arrojando pequeños montones de heno. Mamá se agachaba sobre uno, y de pronto se elevaba al cielo una columna de humo. Mamá iba encendiendo un montón tras otro. Laura estuvo contemplándolo todo hasta que una verdadera nube de humo le ocultó el campo, a papá, a mamá y la carreta.

Las langostas seguían cayendo del cielo. La luz continuaba siendo escasa porque aquella nube todavía tapaba el sol.

Mamá regresó a casa, y en el cobertizo anexo se

quitó el vestido y las enaguas y procedió a matar las langostas aferradas a aquellas prendas. Había encendido hogueras en torno a todo el trigal. Tal vez el humo impediría que las langostas se comiesen todo el trigo.

Mamá, Laura y Mary se quedaron muy quietas en la casa cerrada a cal y canto. Carrie era tan pequeñita que lloraba, incluso en brazos de mamá. Lloraba porque quería dormir. A través de las paredes se oía comer a las langostas.

La oscuridad se alejó. El sol volvió a brillar. En todo el terreno circundante se veía una masa uniforme de langostas que masticaban y saltaban. Estaban devorando toda la hierba del montículo. Las altas hierbas de la pradera se inclinaban, se doblaban y caían.

—¡Oh, fijaos! —exclamó Laura, mirando por la ventana.

Los saltamontes se comían las copas de los sauces. Las hojas de aquellos árboles estaban desapareciendo rápidamente, dejando sólo las ramas desnudas. De pronto, todas las ramas estuvieron peladas, desprovistas de hojas, aunque llenas de montones de langostas.

—¡No quiero mirar más! —lloriqueó Mary, alejándose de la ventana.

Laura tampoco quería mirar más, pero no acertaba a separarse de los cristales.

Las gallinas parecían muy graciosas. Las dos gallinas y sus polluelos se zampaban las langostas con todas sus energías. Estaban acostumbradas a alargar mucho el cuello hacia abajo, y a correr alocadamente detrás de las langostas, sin apenas atrapar ninguna. Ahora, en cambio, cada vez que alargaban el cuello

cogían una. Estaban sorprendidas. Y alargaban el cuello tratando de correr en todas direcciones a la vez.

—Bien, no tendremos que comprar comida para las gallinas —se consoló mamá—. Nunca hay mal que por bien no venga.

Los vegetales del huerto se estaban doblando. Las patatas, las zanahorias, los nabos y las judías iban siendo devorados rápidamente. Los saltamontes se comían los largos tallos, las hojas y las espigas del maíz, todo lo cual estaba cubierto por aquellos insectos.

No podían hacer nada para evitarlo.

El humo todavía mantenía oculto el trigal. A veces, Laura distinguía borrosamente a papá, el cual iba atizando los fuegos, y entonces el espeso humo volvía a ocultarlo.

Cuando llegó el momento de ir en busca de *Manchita*, Laura se puso los calcetines, los zapatos y un chal. *Manchita* estaba en el vado del río, meneando todo el cuerpo y moviendo la cola. El rebaño se alejaba gruñendo tristemente más allá de la antigua cabaña. Laura estaba segura de que el ganado no podía pastar aquella hierba tan llena de langostas. Y si éstas devoraban toda la hierba, el ganado se moriría de hambre.

Las langostas se quedaban enganchadas entre las enaguas, el vestido y el chal. Laura tenía que quitárselas constantemente de la cara y las manos. Sus zapatos y las patas de *Manchita* aplastaban muchas.

Mamá salió de casa, también con un pañuelo a la cabeza, para ordeñar a *Manchita*. Laura la ayudó. Pero no conseguían mantener a las langostas alejadas de la leche. Mamá tuvo que ir en busca de un trapo para

tapar el cubo, pero no podían tenerlo tapado mientras ordeñaban. Mamá, al final, se vio obligada a espantar los saltamontes con un tarro de hojalata.

Las langostas penetraron en casa con ellas. Los vestidos de mamá y de Laura estaban llenos de insectos. Algunos saltaron a la cocina, donde Mary estaba empezando a guisar la cena. Mamá tapó la comida hasta que hubieron espantado o matado hasta la última langosta. Después, las barrió y las sacó de la cocina.

Papá llegó a casa mucho después para cenar, cuando *Sam* y *David* ya estaban forrajeando. Mamá no le preguntó qué había ocurrido en el trigal.

—No te apures, Charles —se limitó a sonreír—. Siempre hemos salido bien parados de todo.

Papá sólo se aclaró la garganta, sin responder.

—Toma otra taza de té, Charles —añadió mamá—. Te ayudará a quitarte el humo de la garganta.

Cuando papá se hubo tomado el té, volvió al trigal con otra carga de heno y estiércol.

En la cama, Laura y Mary continuaron oyendo el zumbido, y el chirrido de aquellas mandíbulas aserradas. No había langostas en la cama, pero Laura se palmoteaba constantemente la cara y los brazos. En la oscuridad, veía los ojos saltones de los saltamontes y sentía el arrastrar de sus patitas, por lo que tardó mucho en dormirse.

Papá no bajó a la mañana siguiente. Había luchado toda la noche para mantener el humo sobre el trigo, y no apareció a la hora del desayuno. Todavía estaba en el campo.

Toda la pradera había cambiado. La hierba ya no

ondulaba y había caído al suelo, desmayadamente. El sol naciente puso grandes sombras en los sitios donde las altas hierbas se hallaban derrumbadas unas contra otras.

Los sauces estaban desnudos. En los ciruelos, solamente colgaban unas ciruelas muy pequeñas, en las ramas sin hojas. Continuaba oyéndose el chirrido de las mandíbulas de los voraces animalitos.

A mediodía, papá surgió de entre el humo conduciendo la carreta. Tenía la cara negra por el humo y los ojos hinchados y enrojecidos. Colgó el sombrero en el gancho que había detrás de la puerta y se sentó a la mesa.

—Es inútil, Caroline —murmuró abrumado—. El humo no las ahuyenta. Continúan devorándolo todo y saltando por todas partes. El trigo empieza a caer al suelo. Entonces, esos bicharracos lo cortan como una hoz. Y se lo comen, la paja y todo.

Apoyó los codos sobre la mesa y escondió el rostro entre las manos. Laura y Mary no se movieron. Sólo Carrie, en su sillita alta, jugaba con su cuchara, alargando la mano hacia el pan. Era demasiado pequeña para comprender la gravedad de la situación.

—No importa, Charles —repitió mamá—. Ya hemos sufrido otras veces tiempos difíciles.

Laura bajó la vista hasta las botas remendadas de papá y la garganta le dolió, con otro nudo atravesado. Papá ya no podría comprarse unas botas nuevas.

Papá apartó las manos del rostro y cogió el tenedor y el cuchillo. Le sonreía la boca, pero sus ojos no chispeaban. Los tenía tristes y preocupados.

—No temas, Caroline —murmuró—. Hemos hecho todo lo que hemos podido, y de algún modo saldremos de este apuro.

Entonces, Laura recordó que aún no habían pagado la casa nueva. Papá había dicho que la pagaría después de segar el trigo.

Fue una cena callada, y cuando terminó, papá se tumbó en el suelo y se durmió. Mamá le puso una almohada debajo de la cabeza y se llevó un dedo a los labios para indicarles que se callaran a Laura y a Mary.

Llevaron a Carrie al dormitorio y lograron mantenerla tranquila con las muñecas de papel. El único ruido era el chirrido de los saltamontes, que seguían devorándolo todo.

Día tras día, las langostas continuaron comiendo y asolando la comarca. Se tragaron todo el trigo y la avena. Habían devorado todas las verduras del huerto y la hierba de la pradera.

—Oh, papá, ¿qué harán los conejos? —se sobresaltó Laura—. ¿Y los pobres pájaros?

—Mira a tu alrededor, Laura —repuso papá.

Los conejos habían desaparecido. Los pájaros de la pradera no estaban a la vista. Y las gallinas corretean con los cuellos alargados, persiguiendo a las langostas.

El domingo, papá, Laura y Mary fueron a la escuela dominical. El sol brillaba tanto y hacía tanto calor que mamá prefirió quedarse en casa con Carrie, y papá dejó a *Sam* y a *David* a la sombra del establo.

Hacía tanto tiempo que no llovía que Laura pudo cruzar el río saltando sobre las piedras en seco. Toda la

pradera estaba pelada, como un calvero pardo. En el suelo, burbujeaban millones de saltamontes, y no había ni un punto verde a la vista.

Por el camino, Laura y Mary se iban quitando aquellos insectos de encima. Cuando llegaron a la iglesia, había gran cantidad de saltamontes pegados a sus enaguas. Entonces se levantaron las faldas y los ahuyentaron antes de entrar en el templo. Pero a pesar de todo su cuidado, aquellos bichos habían escupido una baba de color tabaco en sus vestidos dominicales.

Nada lograría quitar aquellas horribles manchas. Tendrían que llevar los vestidos con aquella suciedad.

Muchas personas del pueblo se marchaban al Este. Christy y Cassie también tenían que irse. Laura se despidió de Christy, y Mary de Cassie, sus mejores amigas.

Ya no volverían a la escuela. Tendrían que conservar los zapatos para el invierno, y sin embargo no podían caminar descalzas por encima de las langostas. De todos modos, pronto se terminarían las clases, y mamá se ofreció a darles lecciones durante el invierno para que no estuviesen atrasadas cuando volviese a abrirse la escuela la primavera siguiente.

Papá trabajó para el señor Nelson y consiguió permiso para utilizar su arado. Y empezó a arar otra vez el campo, a fin de poder sembrar otra cosecha para el año siguiente.

26

LOS HUEVOS DE LANGOSTA

Un día, Laura y *Jack* paseaban junto al río. A Mary le gustaba sentarse y leer o hacer números en la pizarra, pero Laura se cansaba pronto. Fuera hacía tan mal tiempo que tampoco podía jugar.

El río Plum estaba casi seco. Sólo discurría entre los guijarros y la arena un hilillo de agua. Los sauces sin hojas ya no daban sombra. Y debajo de los ciruelos pelados el agua estaba muy revuelta. El viejo cangrejo también se había marchado.

La tierra reseca estaba muy caliente, el sol resultaba abrasador y el cielo tenía un color ceniciento. El zumbido de los saltamontes también parecía caluroso. En la pradera ya no se percibían gratos aromas.

Entonces Laura divisó aquella cosa extraña. Por todo el montículo, los saltamontes estaban sentados muy quietos, con las colas descansando en tierra. No se movían, ni siquiera cuando Laura empezó a hurgarlos.

Luego, la niña arrojó fuera del agujero donde esta-

ba sentado a uno de aquellos insectos, y con un palito sacó una cosa gris. Tenía la forma de un gusano gordo, pero no estaba vivo. Laura no supo qué era. *Jack* lo olió y se apartó de allí, seguramente para reflexionar.

Laura se dirigió al trigal con el fin de preguntárselo a papá, pero éste no araba. *Sam* y *David* estaban inmóviles, uncidos al arado, y papá daba vueltas por el campo, contemplando el suelo. Fue entonces cuando Laura vio cómo papá se dirigía al arado y sacaba algo de entre un surco. Luego, marchó hacia el establo, conduciendo a *Sam* y a *David*, que arrastraban el arado.

Laura sabía que sólo algo espantoso podía impedir que papá siguiera trabajando a media mañana. Por tanto, corrió hacia el establo. *Sam* y *David* ya estaban en sus respectivos pesebres, mientras papá colgaba los sudados arneses. Después salió afuera sin sonreírle a Laura. Ésta echó a andar tras él hacia la casa.

Mamá levantó la vista.

—Charles, ¿qué pasa ahora?

—Los saltamontes están poniendo huevos —explicó él—. Toda la tierra está llena. Sal al patio y verás los agujeros donde están los huevecillos enterrados a unas dos pulgadas de profundidad. El trigal está lleno a rebosar. Por todas partes. No es posible meter un dedo entre ellos. Fíjate.

Sacó una de aquellas cosas grises del bolsillo y la sostuvo en su mano.

—Esto es un grupo de huevecillos envueltos por una especie de cápsula. He abierto una y he encontrado unos treinta y cinco o cuarenta huevecillos. Y hay una

cáscara de éstas en cada hoyo. Sólo en un pie cuadrado hay ocho o diez hoyos. Y esto por toda la comarca.

Mamá se dejó caer sobre una silla, con las manos inertes al costado.

—El año próximo será imposible cosechar trigo —gruñó papá—. Cuando estos huevecillos se abran, no quedará ni una sola hierba en esta parte del mundo.

—Oh, Charles —gimió mamá—. ¿Qué haremos?

Papá también se dejó caer sobre una silla.

—No lo sé —confesó.

Las trenzas de Mary se balancearon por el agujero de la escalera, con una carita ansiosa entre ambas. Miró con angustia a Laura y ésta también la miró apenada. Después, Mary descendió sin hacer ruido. Se colocó al lado de Laura, de espaldas a los demás.

Papá se irguió en su silla. Sus ojos brillaron con fiereza, no con la luminosidad amable que Laura conocía tan bien.

—Bien, hay una cosa que sí sé, Caroline —exclamó—. ¡Y es que ningún saltamontes podrá vencernos! ¡Haremos algo! Ya veré qué. Pero, sea como sea, saldremos de este mal paso.

—Sí, Charles —asintió mamá.

—¿Por qué no? —continuó papá—. Tenemos salud, poseemos un techo sobre nuestras cabezas, estamos mucho mejor que mucha gente. Bien, prepara pronto la comida, Caroline, porque pienso bajar al pueblo. Allí encontraré algo que hacer. No te preocupes, por favor.

Mientras papá estaba en el pueblo, mamá, Mary y Laura prepararon una buena cena. Mamá escaldó una

cazuela de leche agria, y cocinó unas bolas blancas de queso. Mary y Laura cortaron unas patatas hervidas, ya enfriadas, y mamá confeccionó una buena salsa. Además, había pan, leche y mantequilla.

Después, todas se lavaron y peinaron el cabello. Se pusieron los mejores vestidos y las cintas más bonitas. Vistieron a Carrie, le cepillaron el pelo y anudaron la sarta de cuentas indias en torno a su cuello. Todas estaban ya a punto cuando papá empezó a subir por el montículo plagado de langostas.

Fue una cena muy alegre. Cuando hubieron probado un poco de cada cosa, papá apartó su plato y dijo:

—Bien, Caroline...

—¿Sí, Charles?

—Ya he encontrado la solución. Mañana me marcho al Este.

—¡Oh, no, Charles! —se asustó mamá.

—Sí, Laura, no te preocupes —murmuró papá, mirando a la niña.

Sus palabras eran una advertencia para que no llorase.

—Allí es la temporada de la siega —explicó papá—. Los saltamontes sólo llegan a unas cien millas de aquí. Más allá crecen las cosechas. Es la única oportunidad de conseguir un trabajo, y todos los hombres del Oeste irán allí. Así que tendré que apresurarme si quiero trabajar.

—Si tú crees que es lo más acertado —concedió mamá—, las niñas y yo te esperaremos aquí. Pero, oh, Charles, es un viaje tan largo...

—¡Tonterías! ¿Qué son doscientas millas? —se bur-

ló papá—. Un par de cientos de millas no son nada —añadió, mirando sus remendadas botas.

Laura comprendió que se estaba preguntando si resistirían tanto.

Papá sacó el violín de su estuche. Y a la hora del crepúsculo estuvo tocándolo mucho tiempo, mientras Laura y Mary estaban sentadas a su lado, y mamá acunaba a Carrie.

Papá interpretó *Dixie Land* y *¡Chicos, a ondear la bandera!* También tocó *Todos los gorros azules están en la frontera*, y

¡Oh, Susana, no llores más por mí!
Porque si a California voy
pronto volveré de allí.

Después siguió tocando *¡Viva, ya vienen los Campbell!* y *La vida es muy hermosa*. Por fin guardó el violín. Tenía que acostarse pronto para iniciar el viaje temprano.

—Cuida mi viejo violín, Caroline —suplicó—. Es lo que alegra el corazón del hombre.

Al amanecer, después de desayunar, papá las besó a todas y se marchó. Llevaba una camisa y un par de calcetines en un paquete echado al hombro. Antes de atravesar el río Plum miró hacia atrás y agitó la mano. Después siguió andando hasta perderse de vista, sin volverse otra vez. *Jack* estaba muy pegado a Laura.

Todos permanecieron inmóviles hasta un instante después de perder de vista a papá.

—¡Bien, niñas! —exclamó de pronto mamá—, aho-

ra tenemos que cuidarnos nosotras de todo. Mary y Laura, vosotras id a llevar la vaca al rebaño.

Ella entró animadamente en casa con Carrie, mientras las dos hermanas conducían a *Manchita* hacia el riachuelo. En la pradera no quedaba ni una sola hierba y el hambriento ganado sólo podía vagar por las orillas del río, mordisqueando los vástagos de los sauces, la poca maleza que crecía y algo de hierba muerta que aún quedaba del verano anterior.

27

¡LLUVIA!

Cuando papá se marchó todo estaba aplastado y devastado. Laura y Mary apenas lograban contar los días que faltaban para su regreso. Sólo podían pensar en papá como en un caminante que andaba y andaba cada vez más lejos con sus botas remendadas.

Jack era un buen perro cuyo hocico se tornaba gris. A menudo contemplaba el desierto sendero por el que papá se había marchado, suspiraba y se tendía a vigilar. En realidad, no esperaba que papá volviese.

La pradera muerta estaba muy llana bajo el caluroso cielo. El polvo se levantaba a impulsos del viento, formando remolinos. El borde de la pradera, en lontananza, parecía también retorcerse como una serpiente. Mamá explicó que ello se debía a las oleadas de calor.

Sólo había sombra en casa. Ni en los sauces ni en los ciruelos había una sola hoja. El riachuelo estaba seco. Únicamente quedaba un poco de agua en sus

hondonadas. El pozo estaba seco y la vieja fuente apenas goteaba. Mamá puso un cubo debajo para que se llenara durante la noche. A la mañana siguiente llevó el cubo lleno a casa y dejó otro en la fuente durante todo el día.

Cuando estaba listo el trabajo de la mañana, mamá, Mary y Laura se sentaban dentro de la casa. El viento abrasador no dejaba de soplar y el hambriento ganado jamás cesaba de gruñir.

Manchita había adelgazado. Sus caderas sobresalían mucho, se le veían todas las costillas y había bolsas en torno a sus ojos. Todo el día mugía junto con las otras reses, buscando comida. El ganado había devorado ya todos los arbustos que crecían a orillas del río y había mordisqueado las ramas más bajas de los sauces. La leche de *Manchita* era amarga y cada día daba menos.

Sam y *David* estaban en el establo. No podían comer todo lo que necesitaban, porque el heno debía durar hasta la primavera siguiente. Cuando Laura los llevaba al río, donde había estado el remanso, metían las fauces dentro de aquella agua caliente y fangosa. También las reses y los caballos tenían que soportar los mismos infortunios que los seres humanos.

El sábado por la tarde, Laura se fue a casa de los Nelson para ver si había carta de papá. La niña siguió el sendero que conducía al puente. Pero no se distrajo recorriendo otras sendas ni correteando por entre los árboles, sino que fue directamente a su destino.

Los Nelson habitaban una casa larga y baja, con las paredes de tablas bien encaladas. No era como la casa

o el establo de papá. La de los Nelson estaba como pegada al suelo, debajo de una vertiente de la pradera, y hasta las tablas parecían hablar en noruego.

Por dentro, la casa estaba muy aseada. La cama tenía un colchón de plumas y las almohadas eran muy grandes y altas. En una pared colgaba el retrato de una dama con un vestido azul. El marco era de oro, y un mosquitero tapaba el retrato y el marco para que las moscas no se paseasen por él.

No había carta de papá. La señora Nelson dijo que su esposo volvería a preguntar en Correos el siguiente sábado.

—Muchas gracias, señora —murmuró Laura, y se marchó corriendo por el sendero.

Después aflojó el paso al llegar al puente, y aún más cuando empezó a trepar por el montículo.

—No importa, hijas mías —declaró mamá—. El sábado próximo tendremos carta.

Pero el sábado siguiente tampoco hubo carta.

Las dos hermanas ya no iban a la escuela dominical. Carrie no podía andar tanto y mamá no podía llevarla en brazos hasta el pueblo porque ya pesaba demasiado. Laura y Mary tenían que conservar sus zapatos. No podían ir descalzas a la escuela dominical, y si se ponían los zapatos, ya estarían destrozados cuando llegase el invierno.

De manera que los domingos se ponían los vestidos de fiesta, pero sin zapatos ni cintas. Mary y Laura le recitaban a mamá versículos de la Biblia y ella les leía capítulos de las Sagradas Escrituras.

Un domingo les leyó el pasaje de la plaga de lan-

gostas ocurrida en Egipto en tiempos de Moisés. Las langostas eran saltamontes.

Y las langostas cubrieron toda la tierra de Egipto y se posaron en todas las costas del país; eran muy dañinas.

Cubrieron toda la faz de la Tierra de modo que el suelo se oscureció, y se comieron toda la hierba de la tierra y todos los frutos de los árboles que había respetado el granizo; y no quedó nada verde en los árboles, ni hierbas en los prados, en todo el país de Egipto.

Laura comprendió que era verdad. Cuando repitió estos versículos, pensó: «En toda la tierra de Minnesota».

Mamá también leyó la promesa que Dios le hizo al pueblo elegido «de llevarlos desde aquel país a una tierra maravillosa, a un gran territorio donde manaba la leche y brotaba la miel».

—Oh, ¿dónde está, mamá? —se entusiasmó Mary.

—¿Cómo puede brotar leche y miel de la tierra, mamá? —preguntó Laura.

No le hubiese gustado caminar por encima de la leche y la pegajosa miel.

Mamá dejó la Biblia encima de su falda y reflexionó.

—Bueno —dijo luego—, vuestro papá piensa que esto también ocurrirá aquí en Minnesota.

—¿Cómo es posible? —inquirió Laura.

—Tal vez suceda si continuamos aquí —añadió mamá—. Bien, Laura, si una buena vaca lechera come toda la hierba de este territorio, puede dar mucha leche y de excelente calidad, y entonces manará leche por

toda la tierra. Y las abejas darán miel si pueden libar todas las flores silvestres de estas praderas, y entonces de la tierra brotará miel.

—Oh —exclamó Laura—, me alegro de que ahora aún no tengamos que pisar miel.

Carrie golpeó la Biblia con sus pequeños puños y gritó:

—¡Tengo calor! ¡Me pica todo! —Mamá la cogió, pero la pequeña la rechazó, quejándose—. ¡Oh, tú también estás muy caliente!

La pobre Carrie tenía la piel muy colorada, como si padeciese un sarpullido de calor. Laura y Mary también se asfixiaban dentro de sus ropas interiores, sus enaguas y sus vestidos estrechos de mangas largas, con ajustadas cintas bajo el corpiño. Tenían el cuello empapado bajo las trenzas.

Carrie tenía sed, pero apartó el vaso, haciendo una mueca.

—¡Oh, es malo!

—Anda, bebe —la aconsejó Mary—. Yo también querría beber algo fresco, pero no hay nada.

—Ojalá hubiese agua en el pozo —suspiró Laura.

—A mí me gustaría un trozo de hielo —añadió Mary.

—Pues yo querría ser una india —exclamó Laura—, para no tener que llevar ropa encima.

—¡Laura! —la riñó mamá—. ¿En domingo?

«Sí, en domingo», pensó la niña.

El aroma a madera de la casa era un olor caluroso. Por la superficie de las tablas bajaban regueros muy delgados de un jugo resinoso, que se secaba formando

bolitas en el suelo. El viento cálido no cesaba de soplar y el ganado continuaba gruñendo:

«Muuuu... muuuu... muuuu».

Jack dio media vuelta y luego lanzó un prolongado suspiro.

—Parece —suspiró también mamá— como si ya no quedara aire que respirar.

En aquel mismo momento penetró en la casa una ráfaga de aire. Carrie dejó de gimotear. *Jack* enderezó la cabeza.

—Niñas, vosotras... —empezó a decir mamá.

Calló al sentir otra ráfaga de aire fresco.

Mamá se marchó al cobertizo de la casa, seguida de Laura y de Mary, llevando en brazos a Carrie. Fuera parecía un horno. El aire caliente abrasó la cara de Laura.

Hacia el noroeste se veía una nube. Era muy pequeña en la inmensidad del cielo ceniciento. Pero era una nube que hacía una tenue sombra en la pradera. La sombra parecía moverse, aunque tal vez ello fuese un efecto de las ondas del calor. No, la nube se iba acercando realmente.

—¡Oh, por favor, por favor, por favor! —suplicó Laura silenciosamente, con todas sus energías.

Todas se resguardaron los ojos con la mano para contemplar la nube y su sombra.

La nube se iba aproximando y se hacía mayor. Ya era una franja oscura y muy ancha sobre la pradera. Su borde se retorcía y se inflaba en grandes bocanadas de aire y polvo. Soplaban ya rachas de aire fresco mezcladas con otras más calurosas que nunca.

Por toda la pradera se levantaba un polvo que giraba en locos torbellinos. El sol todavía quemaba la casa, el establo y la agrietada tierra. La sombra de la nube estaba aún muy lejos.

De pronto, zigzagueó una línea blanca y muy resplandeciente. De la nube descendió una cortina gris que ocultó el cielo y empezó a mojar el suelo. Estaba lloviendo. Se oyó un lejano trueno.

—Está muy lejos, niñas —calculó mamá—. Creo que esa lluvia no llegará hasta aquí. Pero al menos el aire está más fresco.

El viento cálido llevaba el olor de la lluvia.

—¡Oh, quizá sí llegue hasta aquí, mamá! ¡Tal vez sí! —exclamó Laura.

En su interior, todas gritaban: «¡Por favor, por favor, por favor!».

El viento se iba enfriando. Lenta, muy lentamente, la nube aumentaba de tamaño. Poco a poco iba cubriendo todo el cielo. De repente, una sombra se extendió por toda la pradera hasta llegar al montículo, y con ella llegó la lluvia. Las gotas, densas, velocísimas, se abatieron sobre el promontorio como millones de piececitos, y el agua cayó sobre la casa y mojó a mamá, a Mary, a Laura y a Carrie.

—¡De prisa, adentro! —ordenó mamá.

El cobertizo resonaba por la lluvia que tabaleaba sobre su tejado inclinado. El aire frío soplaba ya dentro de la casa. Mamá abrió la puerta principal, descorrió los visillos y abrió las ventanas.

De la tierra ya subía un olor sofocante que la lluvia iba disipando cada vez más. La lluvia tamborileaba

sobre el tejado, penetraba por todas las grietas de las paredes. La lluvia limpiaba el aire y dejaba respirar a gusto. El aire fresco empezó a ventilar la casa. Alivió el dolor de cabeza de Laura y hasta le suavizó la piel.

Los riachuelos de agua fangosa pronto corrieron por el endurecido suelo, llenando todos los hoyos, todos los resquicios. El agua se arremolinaba y destruía los hoyos donde estaban los huevecillos de los saltamontes, cubriéndolos con barro. En el cielo, los relámpagos se sucedían casi sin interrupción y los truenos rugían formando una áspera y bronca sinfonía.

Carrie juntó las manitas y gritó muy contenta; Laura y Mary empezaron a bailar y reír. *Jack* ladró y ejecutó mil cabriolas como un cachorro, contemplando la lluvia de una ventana a otra, y cuando un trueno retumbaba con más fuerza que los demás, aullaba ferozmente.

«¡Yo no te temo, trueno!», parecía decir.

—Creo que lloverá al menos hasta que anochezca —murmuró mamá.

Efectivamente, la lluvia se alejó cuando se puso el sol. Las nubes se dirigieron hacia el río Plum y por el Este, dejando sólo unas cuantas gotas que iban cayendo lentamente a través de los últimos rayos de sol. Después, la última nube se tornó púrpura y rojiza y sus bordes dorados se curvaron contra el límpido cielo. El sol se hundió y aparecieron las estrellas. El aire era ahora fresco y la tierra mojada parecía agradecida.

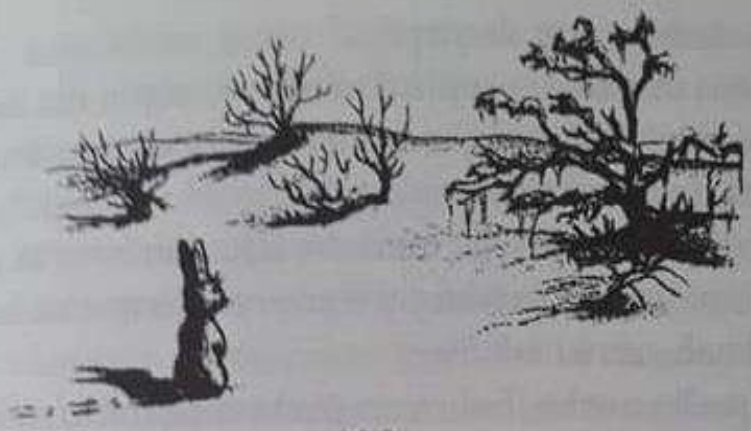
Laura sólo deseaba que papá pudiera estar allí.

Al día siguiente se levantó un sol abrasador. El cielo volvió a ofrecer un color ceniciento y el viento sopló más

caluroso que antes. Pero antes del anochecer ya despuntaron unas hojitas muy diminutas en la pradera.

Unos días más tarde, la pradera mostraba ya una amplia zona verde. La hierba brotaba donde había caído la lluvia y el ganado pudo pastar allí. Cada mañana, Laura sacaba a *Sam* y a *David* del establo y los trababa para que también pudieran aprovechar la hierba fresca.

El ganado dejó de gruñir. *Manchita* dejó de enseñar los huesos y dio más leche, una leche rica y dulce. El montículo volvió a verdear, y los sauces y los ciruelos comenzaron a vestirse de hojas.



28

LA CARTA

Laura echó de menos a papá todo el día, y por la noche, cuando el viento sopló sobre la tierra húmeda y solitaria, se sintió como vacía y apesadumbrada.

Al principio habló de él, preguntándose cuánto habría andado aquel día; preguntándose dónde acamparía aquella noche. Más tarde ya no habló de él con mamá. Ésta también pensaba constantemente en papá y no le gustaba hablar de él para no apenarse más. Ni siquiera le gustaba contar los días que faltaban para el sábado.

—Si se piensa en otras cosas —decía—, el tiempo pasa más de prisa.

Todo el sábado esperaron que el señor Nelson hallara una carta de papá en la oficina de Correos. Laura y *Jack* fueron hasta la pradera, aguardando la carreta del señor Nelson. Los saltamontes se lo habían comido todo y ahora se marchaban, no formando una gran nube como al llegar, sino en nubes pequeñas y saltarinas. Pero aún quedaban millones de insectos.

No había carta de papá.

—No importa —repitió mamá—, algún día llegará.

Una vez, mientras Laura subía por el montículo sin la carta, pensó: «¿Y si no llegara?».

Trató de no pensar más en ello, pero no lo consiguió. Un día miró a Mary y comprendió que su hermana pensaba en lo mismo.

Aquella noche, Laura no pudo soportarlo más.

—Papá volverá a casa, ¿verdad? —le preguntó a mamá.

—¡Claro que volverá! —exclamó mamá.

Laura y Mary comprendieron entonces que mamá también tenía miedo de que a papá le hubiese ocurrido algo.

Tal vez se le habían roto las botas y tenía que andar descalzo. Quizá alguna res lo había atacado. O un tren lo había arrollado. Papá no se había llevado ninguna arma y tal vez los lobos lo habían acorralado. Era incluso posible que en algún bosque, por la noche, una pantera se hubiese abalanzado sobre él desde un árbol.

El sábado siguiente por la tarde, cuando Laura y *Jack* iban en busca del señor Nelson, lo vieron cruzar el puente. Llevaba algo blanco en la mano. Laura echó a correr a toda velocidad. Era una carta.

—¡Oh, gracias, gracias! —gritó Laura.

Después, echó a correr hacia casa tan de prisa que apenas podía respirar. Mamá le estaba lavando la cara a Carrie. Cogió la carta con sus manos mojadas y temblorosas, y se sentó.

—Es de papá —anunció.

Le temblaban tanto las manos que apenas pudo sacarse un alfiler del cabello. Luego abrió el sobre y extrajo la carta. La desdobló y cayó un billete de banco.

—¡Papá está bien! —proclamó mamá.

Se llevó el delantal a la cara y se echó a llorar.

Poco después, apartó el delantal de su cara, mostrando los ojos enrojecidos, pero brillando de alegría. Se enjugó las lágrimas mientras les leía la carta a Laura y a Mary.

Papá había caminado trescientas millas antes de encontrar un empleo. Ahora trabajaba en los trigales y ganaba un dólar diario. Le enviaba cinco a mamá y se quedaba con tres para comprar un par de botas nuevas. Donde él estaba las cosechas eran magníficas y, si mamá y las niñas estaban bien, se quedaría allí mientras hubiese trabajo.

Mamá, Laura y Mary le echaban en falta y deseaban que volviese pronto a casa, pero papá se encontraba bien y ya tenía unas botas nuevas. Aquel día, las tres estuvieron muy contentas.

29

LA HORA MÁS OSCURA ES LA QUE PRECEDE AL AMANECER

El viento ya era más fresco y el sol no calentaba tanto a mediodía. Las mañanas eran frías y los saltamontes saltaban débilmente hasta que el sol los calentaba.

Una mañana, el suelo quedó cubierto por una gruesa escarcha. Cada ramita, cada guijarro, se cubrió de una capa blancuzca que quemaba los pies descalzos de Laura. La niña contempló millones de saltamontes —langostas, según la Biblia— completamente inmóviles.

Al cabo de unos días no quedaba en la comarca ni un solo insecto de aquéllos.

El invierno estaba cerca y papá no había vuelto. El viento cortaba la cara, y no susurraba sino que silbaba y sollozaba. El cielo estaba gris, y empezó a caer una llovizna fría y oscura. La lluvia se convirtió en nieve y papá aún no había regresado.

Cuando salía de la casa, Laura tenía que ponerse

los zapatos, que le dolían un poco, aunque ignoraba por qué. Aquellos zapatos nunca le habían apretado los pies. A Mary también le hacían daño sus zapatos.

Se había agotado ya toda la leña cortada por papá, y Laura y Mary recogieron ramas rotas. El frío les helaba la nariz y los dedos mientras cogían aquellos trozos de madera del suelo endurecido. Arropadas en sus chales, continuaron buscando ramitas por debajo de los sauces, ramitas que apenas servían para hacer fuego.

Una tarde recibieron la visita de la señora Nelson. La buena mujer llevaba consigo a Anna, su hijita más pequeña.

La señora Nelson era bonita, aunque un poco regordeta. Tenía una cabellera casi tan dorada como la de Mary, unos ojos muy azules y cuando reía, que era a menudo, enseñaba dos hileras de dientes blanquísimos. A Laura le gustaba la señora Nelson, pero no le hizo mucha gracia ver a Anna.

La pequeñita era un poco mayor que Carrie, pero no entendía una sola palabra de lo que decían Laura o Mary, ni éstas lograban entenderla a ella. Sólo hablaba noruego. No era divertido jugar con ella, y en verano Laura y Mary bajaban al río cuando se presentaba la señora Nelson con Anna. Pero ahora hacía frío y tenían que quedarse en casa y jugar con Anna. Eso les dijo mamá.

—Bien, niñas —añadió—, coged las muñecas y jugad con Anna.

Laura sacó la caja con las muñecas de papel que mamá había recortado con papel de embalaje, y todas

se sentaron en el suelo para jugar junto al horno. Anna se echó a reír cuando vio las muñecas. Metió la mano en la caja, cogió una y la rompió en dos pedazos.

Laura y Mary se horrorizaron. Carrie miró los pedazos de papel con los ojitos muy abiertos. Mamá y la señora Nelson continuaron charlando, por lo que no vieron cómo Anna agitaba los dos pedazos de la desdichada muñeca, riendo neciamente. Laura tapó rápidamente la caja, pero poco después Anna se cansó de la muñeca rota y pidió otra. Laura y Mary no supieron qué hacer.

Si no complacían a Anna, se echaría a llorar. Era muy pequeñita, era una visita y no debía enfadarse. Pero si le daban las muñecas de papel, las rompería todas.

—Trae a Charlotte —le susurró Mary—. A Charlotte no podrá romperla.

Laura trepó por la escalera mientras Mary intentaba hacer callar a Anna. La querida Charlotte yacía en su caja, bajo el alero, sonriendo con su boquita colorada y sus ojos hechos con botones de zapato. Laura la cogió amorosamente y le alisó su falda y su cabello de hilos negros. Charlotte no tenía pies, y sus manos sólo estaban unidas a los extremos de los brazos con unas puntadas de hilo, porque era una muñeca de trapo. Pero Laura la amaba de todo corazón.

Charlotte era la preferida de Laura desde una mañana de Navidad ya muy lejana, pasada en los Grandes Bosques de Wisconsin.

Laura la bajó por la escalera, y Anna gritó encantada. Laura colocó la muñeca en los brazos de la peque-

ña, la cual la abrazó fuertemente. Aquellos abrazos no podían hacerle daño a Charlotte, pero Laura estuvo vigilando con ansiedad mientras Anna tironeaba los ojos y el pelo de la muñeca, y también cuando la golpeó contra el suelo. Pero en realidad Anna no podía destrozar a Charlotte, y Laura se prometió mentalmente alisar la falda de la muñeca y peinarla adecuadamente en cuanto Anna se marchase.

Al final terminó aquella larga visita. La señora Nelson regresaba a su casa llevándose a Anna. Y entonces sucedió una cosa terrible. Anna no quiso devolver a Charlotte.

Tal vez se imaginaba que la muñeca era suya. Tal vez le dijo a su madre, en noruego, claro, que Laura se la había regalado. La señora Nelson sonrió. Laura intentó quitarle la muñeca a Anna, y la pequeña empezó a llorar.

—¡Yo quiero mi muñeca! —se enfureció Laura.

Pero Anna continuaba apretando a Charlotte contra su pecho, pataleando y sollozando.

—Por favor, Laura —intervino mamá—. Anna es muy pequeñita y ha venido de visita. Tú ya eres demasiado mayor para jugar con muñecas. Vamos, regálasela a Anna.

Laura tuvo que obedecer a mamá. Permaneció en la ventana, viendo cómo Anna descendía por el montículo, haciendo balancear a Charlotte por un brazo.

—Por favor, Laura, qué vergüenza —la recriminó mamá—. Una niña tan mayor como tú, todavía enfadada por una muñeca de trapo. Vamos, deja ya de llorar. ¿Cómo puedes decir que querías tanto a Charlotte,

si apenas jugabas con ella? No me gusta que seas tan egoísta.

Laura subió en silencio la escalera y se sentó encima de su cajón a mirar por la ventana. No lloraba, pero gemía por dentro por haber perdido a Charlotte. Papá no estaba en casa, y la caja de Charlotte estaba vacía. El viento soplaba por el alero. Todo estaba vacío y frío.

—Lo siento, Laura —le dijo mamá aquella noche—. No te habría obligado a regalar aquella muñeca de haberme imaginado que te importaba tanto. Pero nunca hemos de pensar sólo en nosotros mismos. Piensa en lo feliz que es ahora Anna.

A la mañana siguiente, apareció el señor Nelson conduciendo en el carro una carga de leña que había cortado. Luego trabajó todo el día, haciendo leña para mamá, y el montón de troncos volvió a estar como antes.

—Ya ves lo bueno que es el señor Nelson con nosotras —razonó mamá—. Sí, los Nelson son unos vecinos estupendos. Y ahora dime, Laura, ¿no te alegras de haberle dado tu muñeca a Anna?

—No, mamá —replicó la niña.

Su corazón seguía llorando por papá y por Charlotte.

Volvió a llover y heló. No hubo más cartas de papá. Mamá estaba segura de que había emprendido ya el regreso a casa. Por las noches, Laura escuchaba el rumor del viento, preguntándose dónde estaría papá. Por las mañanas, el montón de leña solía estar lleno de nieve, pero papá seguía sin volver. Todos los sábados por la tarde, Laura se ponía los calcetines y los zapatos, se envolvía en el chal de mamá y se marchaba a casa de los Nelson.

Llamaba y preguntaba si había carta de papá. No entraba porque no quería ver a Charlotte. La señora Nelson siempre le contestaba que no había carta, la niña daba las gracias y regresaba a su casa.

Un día de tormenta divisó algo delante del granero de los Nelson. Se detuvo a contemplarlo. Era Charlotte, ahogada y helada en un charco. Anna la había tirado allí.

Laura apenas logró llegar hasta la puerta. Y apenas pudo hablar con la señora Nelson. Ésta explicó que el tiempo era tan malo que su esposo no había bajado al pueblo, aunque con toda seguridad iría la semana siguiente.

—Gracias, señora —balbució Laura, dando media vuelta.

La lluvia caía implacable sobre Charlotte. Anna le había arrancado todos los pelos, hasta el último. Sí, Charlotte mostraba una horrible calvicie y su sonriente boca estaba destrozada, con el color rojo como sangre en la mejilla. Le faltaba un ojo. Pero era Charlotte.

Laura la cogió y la escondió debajo del pañolón. Luego corrió jadeando y desafiando al iracundo viento y a la lluvia, hasta llegar a casa. Mamá se asustó cuando vio llegar a Laura en aquel estado.

—¡Qué es esto! ¡Oh, Laura! ¿Qué ocurre? —exclamó mamá.

—El señor Nelson no bajó al pueblo —repuso Laura—, pero... ¡Oh, mamá..., mira! Es Charlotte —explicó—. Yo... la robé. ¡Oh, no importa, mamá, no importa que la haya robado!

—Vamos, vamos, no te excites tanto —trató de sosegarla mamá—. Ven aquí y cuéntamelo todo.

Atrajo a Laura hacia sí y tomó asiento en la mecedora.

Al final ambas decidieron que no había obrado mal al recoger la muñeca. Había sido una terrible experiencia para Charlotte, pero Laura la había salvado y mamá le prometió dejarla otra vez como nueva.

Cumpliendo su palabra, mamá acabó de arrancarle los escasos pelos que le quedaban y el resto de la boca, el ojo bueno... y al fin toda la cara. Deshelaron a la muñeca, y luego mamá la lavó completamente, la almidonó y la planchó mientras Laura escogía en la bolsa de los retales otra cara rosada, y botones para los ojos.

Aquella noche, cuando Laura se marchó a la cama, dejó antes a Charlotte en su caja. La muñeca estaba limpia, crujiente por el almidón, su boca sonreía de nuevo, le brillaban mucho los ojos negros, y lucía una cabellera dorada, partida en dos trenzas, con cintitas azules.

Laura se acostó, acurrucada contra Mary, bien tapada con las mantas remendadas. El viento aullaba fuera, y una ligera llovizna continuaba martilleando el tejado. Hacía tanto frío que Laura y Mary se taparon la cabeza con las mantas.

Las despertó un terrible estruendo. Las dos hermanas temblaron en la cama, a pesar del calor que daban las mantas. Acababan de oír una voz recia que decía:

—¡Ha sido por mi culpa! He tropezado con esta carga de leña.

—Lo has hecho a propósito, Charles, para despertar a las niñas.

Laura saltó corriendo de la cama y bajó por la esca-

lera chillando. Luego, de un salto, se encontró en brazos de papá. Lo mismo hizo Mary. ¡Y de pronto todos estuvieron hablando, riendo y bailando a la vez!

Los ojos azules de papá chispeaban de gozo. Llevaba el cabello muy bien peinado, y lucía unas relucientes botas nuevas. Había recorrido doscientas millas desde el este de Minnesota. Y había estado caminando aquella noche, bajo la tormenta, desde el pueblo. ¡Pero ya había llegado!

—Niñas, quitaos el camisón! —ordenó mamá—. A vestirse, que el desayuno está casi listo.

Se vistieron más de prisa que nunca. Bajaron después por la escalera a tropezones, se lavaron las manos y la cara y abrazaron a papá, y le alborotaron y alisaron el cabello y volvieron a besarlo y abrazarlo. *Jack* saltaba alegremente y Carrie empezaba a golpear la mesa con su cuchara, cantando:

—¡Papá ha vuelto a casa! ¡Papá ha vuelto a casa!

Al fin, todos se sentaron a la mesa. Papá explicó que había tenido demasiado trabajo para escribir en los últimos tiempos.

—Estábamos ocupados en la trilla —agregó— desde que salía el sol hasta que se ponía. Y cuando estuve preparado para regresar no quise entretenerme escribiendo. Tampoco os he traído regalos, pero sí dinero con que comprar algunos.

—El mejor de todos los regalos, Charles —rió mamá— es que estés en casa.

Después de desayunar, papá fue al establo. Todas lo acompañaron, y ni siquiera *Jack* quiso separarse del grupo. Papá estuvo muy complacido por el aspecto de

Sam y *David*. Dijo incluso que ni él los hubiese cuidado mejor. Mamá le contó que Laura y Mary la habían ayudado constantemente.

—¡Ah! —suspiró papá—. ¡Qué agradable es estar de nuevo en casa! Oye, Laura —dijo de pronto, cambiando de tono—, ¿qué les pasa a tus pies?

Laura se había olvidado de sus pies. Cuando no se acordaba era capaz de andar sin cojear.

—Me aprietan los zapatos, papá.

Ya en casa, papá se sentó y puso a Carrie en sus rodillas. Luego alargó una mano y palpó los zapatos de Laura.

—¡Huy! —se quejó la niña—. ¡Me duelen mucho los pies!

—Quítate los zapatos, Mary —ordenó papá—. Y tú, Laura, póntelos.

Los zapatos de Mary no le apretaban los pies a Laura. Eran muy buenos y estaban casi nuevos, sin nada roto ni agujeros en las suelas.

Quedarán nuevos cuando yo los limpie —consideró papá—. A Mary le compraremos otros nuevos. Laura llevará los de su hermana, y los de Laura aguardarán a que crezca Carrie. No, no tendrán que aguardar mucho. Bien, ¿qué más falta, Caroline? Piensa qué necesitamos, y compraremos lo que se pueda. ¡Tan pronto como haya enganchado la carreta bajaremos al pueblo!

30

¡TODOS AL PUEBLO!

¡Cómo se apresuraron! Se pusieron los mejores vestidos de invierno, con los abrigos y los chales, y subieron a la carreta. El sol brillaba en el cielo y el aire helado les cortaba la cara. La llovizna chispeaba sobre el terreno endurecido.

Papá ocupó el pescante, con mamá llevando a Carrie a su lado. Laura y Mary se envolvieron en sus chales y se acomodaron sobre la manta extendida en el suelo del vehículo. *Jack* se quedó inmóvil en el umbral de casa viéndolos marchar; sabía que no tardarían en volver.

Incluso *Sam* y *David* parecían saber que todo iba bien, y que papá había regresado al hogar. Los dos caballos trotaron briosamente hasta que papá gritó:

—¡Sooo!

Luego los ató a la barandilla que había delante de la tienda del señor Fitch.

En primer lugar, papá le pagó al señor Fitch una

parte del dinero que le debía de la compra de las tablas que le habían servido para construir la casa. Después pagó la harina y el azúcar que el señor Nelson le había llevado a mamá en su ausencia. A continuación, papá contó el dinero que quedaba, y junto con mamá compraron los zapatos para Mary.

Los zapatos eran tan bonitos y brillaban tanto en los pies de Mary que Laura pensó que no era justo que su hermana fuese la mayor. Los zapatos viejos de Mary siempre le sentarían bien a ella, y de este modo nunca estrenaría zapatos.

—Ahora un vestido para Laura —dijo mamá.

Laura corrió con mamá al mostrador. El señor Fitch estaba sacando de una estantería varios rollos de tela.

El invierno anterior, mamá ya había ensanchado y alargado todo lo posible el vestido de invierno de Laura, pero ese invierno le quedaba muy corto y apretado, y tenía agujeros en los codos, causados porque las mangas le estaban muy estrechas. Mamá los había remendado varias veces, pero el vestido ya no podía durar mucho. Laura se encontraba como encogida dentro de él. Sin embargo, nunca se le hubiese ocurrido soñar con un vestido nuevo.

—¿Qué te parece esta franela entre marrón y dorada? —le preguntó mamá.

Laura no pudo abrir la boca.

—Le aseguro, señora Ingalls, que esta tela dará muy buen resultado y es muy bonita —comentó el señor Fitch.

Mamá colocó un trozo de cordoncillo colorado encima de la tela.

—Creo que lo mejor será poner un poco de este cordoncillo en el cuello, los puños y la cintura. ¿Qué dices tú, Laura? ¿Quedará bonito?

—¡Oh, sí, mamá! —exclamó la niña. Levantó la vista y sus ojos y los de papá parecieron bailar juntos.

—Sí, compra esta tela, Caroline —asintió papá.

El señor Fitch cogió la vara y midió la hermosa franela oro y marrón y el cordoncillo colorado.

Mary también necesitaba un vestido nuevo, pero no le gustó ninguna de las telas exhibidas. Por consiguiente, atravesaron la calle y entraron en la tienda del señor Oleson. Allí encontraron una franela azul marino y cordoncillo dorado, que era justamente lo que Mary quería.

Laura y Mary estaban admirando el interior de la tienda mientras el señor Oleson medía la tela, cuando apareció Nellie Oleson. Llevaba una capita de pieles.

—Hola —dijo, frunciendo la nariz al ver la tela azul.

Después aseguró que aquella franela estaba muy bien para unas campesinas. Y dio media vuelta para lucir mejor sus pieles.

—¡Mirad lo que llevo!

Mary y Laura lo miraron.

—¿No te gustaría, Laura, tener una capa de pieles? —preguntó luego—. Ah, pero tu papá no te la puede comprar. Él no es tendero.

Laura no se atrevió a abofetear a Nellie. Sin embargo, estaba tan furiosa que no le salían las palabras. Se volvió de espaldas y Nellie se marchó riendo.

Mamá, mientras tanto, estaba comprando una tela gruesa para confeccionar un abriguito para Carrie.

Papá compró judías, harina y maíz, sal, azúcar y té. Después pidió una lata de petróleo, y algo más tarde entró en la oficina de Correos. Cuando salieron del pueblo la tarde ya estaba avanzada, y el tiempo era frío, de modo que papá azuzó a *Sam* y a *David*, los cuales trotaron con rapidez camino de casa.

Una vez hubieron lavado y secado los platos, mamá abrió los paquetes y todos disfrutaron ante la vista de aquellas hermosas adquisiciones.

—Os haré los vestidos cuanto antes, hijas mías —prometió mamá—. Como ahora papá se quedará en casa, podréis volver a ir a la escuela dominical.

—¿Dónde está la tela de lanilla que te compraste, Caroline? —la interrumpió papá.

Mamá se ruborizó e inclinó la cabeza. Papá la miró fijamente.

—¿Quieres decir que no la compraste?

—¿Y un abrigo para ti, Charles? —se defendió mamá.

Papá pareció un poco inquieto.

—Lo sé, Caroline —murmuró—. Pero el año próximo, cuando los huevecillos se abran, no habrá ninguna cosecha, y pasará algún tiempo antes de que halle otro trabajo. Por ahora, mi abrigo viejo podrá resistir otra temporada.

—Exactamente lo que pensaba —sonrió mamá.

Después de cenar, cuando la noche obligó a encender el quinqué, papá sacó el violín de su estuche y lo afinó amorosamente.

—Ah, lo echaba de menos —suspiró, mirando a su alrededor.

Entonces empezó a tocar. Interpretó *Cuando Johnny regresa al hogar*. Tocó. *La linda niña, la linda niña, la linda niña que dejé detrás de mí.* Tocó y cantó *Mi viejo hogar de Kentucky* y *Río Swanee*. Finalmente tocó y cantaron todos:

Por más que en un palacio podamos disfrutar,
yo prefiero mi humilde, mi acogedor hogar.

31

¡SORPRESA!

Fue otro invierno benigno con poca nieve. Todavía continuaba el tiempo de las langostas. Pero el viento era frío, el cielo estaba gris, y el mejor lugar para las niñas era en casa.

Papá estaba fuera todo el día. Cortaba ramas y las convertía en leña para el fogón. Se marchaba río arriba, donde no vivía nadie, y colocaba trampas en las orillas para cazar ratas almizcleras, nutrias y armiños.

Todas las mañanas, Laura y Mary estudiaban en sus libros y hacían sumas en la pizarra. Mamá les tomaba la lección cada tarde. Aseguraba que eran buenas estudiantes y que cuando volviesen a la escuela no irían atrasadas en absoluto.

Todos los domingos iban a la escuela dominical. En el primero, Laura vio cómo Nellie Oleson exhibía su capa de pieles. Recordó lo que aquélla había dicho de papá, y sintió como una especie de fuego interior. Sabía que no debía sentir cólera y que debía perdonar a Nellie,

así que se puso a pensar en las imágenes de los ángeles que se veían en la Biblia que tenían en casa. Pero aquellos ángeles sólo llevaban unas túnicas largas, sin capas de pieles.

Resultó muy alegre el domingo en que el reverendo Alden llegó desde el este de Minnesota para rezar y predicar en la iglesia del pueblo. Predicó largo rato, mientras Laura examinaba sus ojos azules tan bondadosos y la forma cómo se movía su barba. Esperaba que el reverendo le dirigiese la palabra al salir de la iglesia. Y así fue.

—¡Ah, aquí están mis pequeñas campesinas, Laura y Mary! —exclamó.

Recordaba sus nombres.

Aquel día, Laura llevaba el vestido nuevo. La falda aún era bastante larga, lo mismo que las mangas, lo cual acortaba las mangas del abrigo más que nunca, pero la trencilla colorada de los puños era muy bonita.

—¡Oh, qué vestido tan bonito, Laura! —alabó el reverendo.

Aquel día, Laura casi perdonó a Nellie Oleson. Después hubo varios domingos en los que el reverendo Alden se quedó en su parroquia, y en la escuela dominical Nellie Oleson frunció la nariz ante el vestido nuevo de Laura, moviendo los hombros para lucir su capa de pieles. Laura volvió a sentir aquel terrible fuego interior.

Una tarde mamá dijo que no les tomaría la lección porque debían prepararse para bajar al pueblo por la noche. Laura y Mary se miraron asombradas.

—Nunca hemos bajado de noche al pueblo!

—Alguna vez ha de ser la primera —razonó mamá.

—Pero ¿por qué, mamá? —quiso saber Laura—, ¿Por qué hemos de ir al pueblo esta noche?

—Es una sorpresa —sonrió mamá—. Basta de preguntas. Id a bañaros y poneos muy guapas.

De manera que en un día laborable, mamá calentó agua para que Mary se bañase. Después hizo lo mismo para Laura y también para Carrie. Nunca se habían restregado tanto el cuerpo, nunca se habían puesto una ropa interior y unas enaguas tan limpias y crujientes, nunca se habían lustrado tan bien los zapatos ni atado con más gracia los lazos a sus trenzas. Nunca tampoco habían sentido tanta curiosidad.

Cenaron temprano. Después de cenar, papá se bañó en el dormitorio. Laura y Mary se pusieron los vestidos nuevos. Eran demasiado obedientes para hacer preguntas, pero ni un solo momento dejaron de meditar y susurrar entre ellas.

La carreta estaba llena de heno limpio. Papá colocó encima a Mary y a Laura, bien abrigadas con una manta. Luego trepó al pescante con mamá al lado y arreó a los caballos hacia el pueblo.

Las estrellas parecían muy pequeñas y heladas en el cielo oscuro. Los cascos de los caballos resonaban sobre el duro suelo y la carreta traqueteaba por el camino.

Papá acababa de oír algo.

—¡Sooo! —gritó, tirando de las riendas.

Sam y *David* se pararon. Pero no había nada más que la extensa pradera, la frialdad y el silencio de la noche y el brillo de las estrellas. Luego, el silencio se llenó con el más grato de los sonidos.

Se oyeron dos notas muy claras, que volvieron a sonar.

Nadie se movió. Sólo *Sam* y *David* hicieron tintinear sus embocaduras, respirando pesadamente. Las dos notas continuaron, altas y plenas, suaves y bajas.

—Será mejor que continuemos, Charles —murmuró mamá.

La carreta avanzó de nuevo, traqueteando. Pero a pesar del ruido de las ruedas, Laura aún distinguía aquellas notas.

—Oh, papá, ¿qué es eso? —preguntó.

—La campana nueva de la iglesia, Laura —repuso papá.

Era por aquellas campanas que papá había seguido calzando sus botas viejas.

El pueblo parecía dormido. Las tiendas estaban a oscuras.

—¡Oh, mirad la iglesia! —exclamó Laura de pronto—. ¡Oh, qué bonita está!

La iglesia resplandecía de luz. Salía a raudales por todas las ventanas, ahuyentando las tinieblas, y también salió por la puerta cuando ésta se abrió para dejar paso a alguien. Laura saltó por debajo de la manta, sin recordar que era imposible sostenerse en pie cuando los caballos trotaban.

Papá guió la carreta hasta la iglesia y las ayudó a todas a saltar al suelo. Les dijo que entrasen, pero ellas esperaron a que él hubiese tapado a *Sam* y a *David* con sus mantas. Entonces entraron todos juntos en la iglesia.

Laura se quedó boquiabierta y bizqueó ante lo que

se ofrecía a su vista. Cogió con fuerza la mano de Mary y ambas siguieron a papá y a mamá. Se sentaron en un banco y Laura lo contempló todo con entusiasmo.

Delante de los atestados bancos había un árbol. Laura decidió que era un árbol, porque tenía un tronco y varias ramas. Pero nunca había visto un árbol igual.

Donde debería haber hojas en verano, había gallardetes y globitos de papel verde. Y entre estos adornos colgaban saquitos con unos palitos rosa. Laura casi veía caramelos en su interior. De las ramas colgaban paquetes con papeles de colores, paquetes rojos, rosados y amarillos, todos atados con cintas de colores también. Entre ellos habían atado algunos pañuelos de seda. Varios mitones colorados pendían de las correas que rodeaban el cuello e impedían que se perdieran cuando uno los llevaba. También había un par de zapatos nuevos colgados de una rama por los tacones. Y por todas partes había mazorcas de maíz.

Asimismo, debajo del árbol y apoyado en él había un surtido de objetos diversos. Laura distinguió una tabla de lavar, una bañera de madera, una batidora, un trineo hecho de tablas nuevas, una azada, una horquilla de mango muy largo...

Laura estaba demasiado emocionada para hablar. Cada vez apretaba con más fuerza la mano de Mary, y miraba a mamá deseando saber qué era todo aquello.

—Niñas, es un árbol de Navidad —respondió mamá, sonriendo ante la muda pregunta—. ¿Verdad que es precioso?

Las dos niñas se habían quedado sin palabras, así que se limitaron a asentir con el gesto y continuaron

contemplando el maravilloso árbol. Apenas les sorprendió saber que estaban en Navidad, puesto que parecía imposible que lo fuese, porque había muy poca nieve. Fue entonces cuando Laura se fijó en lo más maravilloso. ¡De una rama del árbol colgaba una capita de pieles, y un manguito a juego!

El reverendo Alden estaba presente. Habló de la Navidad, pero Laura sólo tenía ojos para el árbol y no escuchó nada. Todo el mundo se puso en pie para cantar, y Laura también se levantó, pero no logró cantar. De su garganta no salía ni una sola nota. Era imposible que en todo el mundo hubiese un árbol tan magnífico como aquél.

Después de cantar, el señor Tower y el señor Beadle fueron cogiendo las cosas del árbol y leyendo unos nombres. La señora Tower y la señora Beadle fueron llevando aquellos objetos por los bancos, dándolos a las personas cuyos nombres iban siendo pronunciados.

¡Todo lo que había en el árbol de Navidad era un obsequio para alguien!

Cuando Laura se dio cuenta, las lámparas, la gente y las voces empezaron a girar vertiginosamente. La iglesia y cuanto contenía giraba cada vez más de prisa. Alguien le entregó una bolsa rosada, en cuyo interior había caramelos y una bolsa de maíz tostado. A Mary también le dieron otra. Y a Carrie. Todas las niñas y todos los niños recibieron una bolsa igual. Después a Mary le regalaron un par de mitones azules. Y a Laura, colorados.

Mamá abrió un gran paquete y encontró un nuevo chal a cuadros marrones y rojos para ella. Papá recibió una bufanda. Carrie, una muñeca de trapo con la cabe-

za de porcelana. La niña chilló de alborozo. En medio de las risas, las exclamaciones y el ruido de los papeles al desenvolver los paquetes, el señor Tower y el señor Beadle continuaban gritando nombres.

La capita de pieles y el manguito aún seguían colgados del árbol, y Laura deseaba que fuesen suyos. Quería contemplarlos el mayor tiempo posible. Quería saber a qué manos irían a parar. Seguramente no a las de Nellie Oleson, porque ella ya tenía una capa como aquélla.

Laura no esperaba nada más. Pero a Mary todavía le entregaron un precioso librito con estampas de la Biblia.

Ahora el señor Tower estaba quitando la capita y el manguito del árbol. Pronunció un nombre, pero Laura no pudo oírlo en medio de tanto alboroto. De pronto perdió de vista las dos prendas. Habían desaparecido.

A Carrie volvió a corresponderle un perrito de porcelana blanco, moteado de marrón. Pero los brazos y los ojos de Carrie solamente estaban fijos en su muñeca. Fue Laura, por tanto, la que cogió el perrito de porcelana y lo acarició entre risas.

—¡Feliz Navidad, Laura! —exclamó la señora Beadle, dejando en manos de Laura una cajita.

Era de porcelana blanca, muy brillante. En la tapa había dibujada una tetera dorada y una tacita del mismo color con un platito debajo.

Laura levantó la tapa de la cajita. En su interior había un espacio para guardar un broche, si algún día Laura llegaba a tener uno. Mamá le explicó que se trataba de un joyero.

Nunca había disfrutado de una Navidad como aquélla. Era una Navidad rica, espléndida, toda la iglesia rebosaba de Navidad. Había tantas lámparas, tanta gente, tanto ruido, tantas risas y tanta felicidad, que todo ello parecía desbordarse hacia la pradera. Laura se sentía emocionada y a punto de estallar, como si toda la Navidad estuviese en su interior, junto con los mitones, el joyero con la tetera, la taza y el platito, los caramelos y el maíz.

—Ah, esto es para ti, Laura —dijo alguien de repente.

La señora Tower le estaba entregando la capita y el manguito de pieles.

—¿Para mí? —palideció Laura—. ¿Para mí?

De pronto todo desapareció de su vista, mientras abrazaba contra su pecho aquellas dos prendas.

Las abrazó con todas sus fuerzas para convencerse de que realmente eran suyas, de que eran suyas aquella capa y aquel manguito.

A su alrededor continuaba la fiesta navideña, pero Laura sólo sabía acariciar la suavidad de aquellas pieles. La gente empezó a irse a sus casas. Carrie estaba de pie en el banco, mientras mamá le abrochaba el abriguito y le colocaba más derecha la capucha.

—Muchas gracias por el chal, reverendo Alden —agradeció mamá—. Es precisamente lo que me hacía falta.

—También yo le agradezco mucho la bufanda —añadió papá—. Me irá muy bien para el frío cuando baje al pueblo.

El reverendo Alden se sentó en el banco y preguntó:

—¿Te sienta bien el abrigo, Mary?

Laura aún no se había fijado en el abrigo. Cierto, Mary llevaba un abrigo azul marino. Era largo y las mangas le llegaban hasta las muñecas. Mary se lo abrochó. Le sentaba muy bien.

—¿Y qué tal la pequeña con sus pieles? —sonrió el reverendo Alden.

Atrajo a la niña entre sus rodillas, le colocó la capita en torno a los hombros y la abrochó en la garganta. Después, le rodeó el cuello con la correa de los mitones, y las manos de la chiquilla entraron dentro de aquella sedosa suavidad.

—¡Ya está! —exclamó el reverendo—. Ahora, mis pequeñas campesinas estarán calentitas cuando vengan a la escuela dominical.

—¿Qué dices, Laura? —la apremió mamá.

—No necesita decir nada —se apresuró a murmurar el reverendo—. El brillo de sus ojos es suficiente respuesta.

En efecto, Laura no podía hablar. La piel de la capa le acariciaba el cuello y pesaba dulcemente sobre sus hombros. Por delante, ocultaba la correa de los mitones. El manguito llegaba hasta sus muñecas, disimulando la cortedad de las mangas del abrigo.

—Ah, Laura es un pajarito marrón con adornos colorados —exclamó el reverendo.

Laura se echó a reír. Era verdad. Su cabello, su abrigo, su vestido y aquellas maravillosas pieles, todo era de color marrón. Su caperuza, sus mitones y la trencilla del vestido eran rojos.

—Hablé en mi parroquia de este pajarito —continuó el reverendo—. Ah, sí, ya les hablé de esta iglesia,

y se ofrecieron para entregarme regalos de Navidad. Todos contribuyeron con lo que ya tenían. Las niñas que enviaron las pieles de Laura y el abrigo de Mary ya necesitan prendas más grandes.

—Gracias, reverendo —murmuró Laura—. Y, por favor, deles también las gracias a esas niñas.

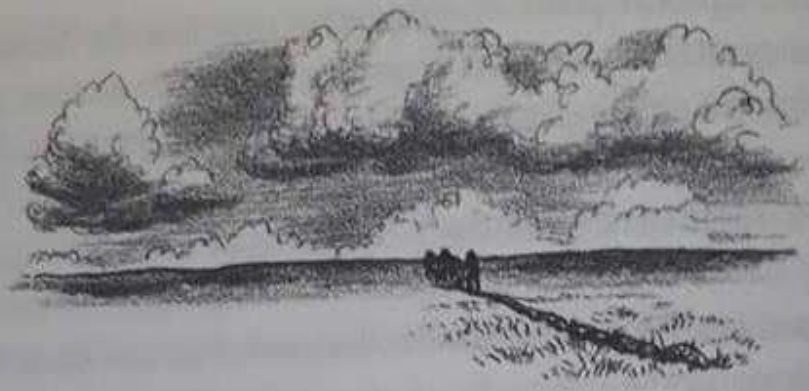
Cuando Laura podía hablar, era tan cortés y agradecida como Mary.

Todos se dieron las buenas noches y le desearon una feliz Navidad al reverendo Alden. Mary estaba preciosa con su abrigo de Navidad. Carrie parecía una muñequita en brazos de papá. Mamá sonreía de felicidad y Laura no cabía en sí de gozo.

El señor y la señora Oleson también se marchaban a casa. El señor Oleson iba cargado de cosas, lo mismo que Nellie y Willie. Laura ya no sentía aquel fuego interior; solamente, si acaso, un poco de malicia.

—¡Feliz Navidad, Nellie! —le deseó Laura.

Nellie se volvió a mirarla, en tanto Laura continuaba andando entre papá y mamá, con las manos hundidas en el delicioso manguito. Su capita era más bonita que la de Nellie, y ésta, además, no tenía manguito.



32

LAS LANGOSTAS SE MARCHAN

Después de Navidad hubo algunos domingos con nieve, pero papá construyó un trineo con madera de sauce y todos fueron a la escuela dominical, luciendo las pieles, el abrigo, el chal y la bufanda.

Una mañana, papá dijo que soplaba el chinuk, que era un viento cálido del noroeste. En un solo día fundió toda la nieve y el río Plum volvió a correr entre sus orillas. Luego llegaron las lluvias, y cayó agua de día y de noche. El riachuelo creció y sus aguas se desbordaron ligeramente por las orillas.

De repente, el aire fue benigno, y el río volvió a su cauce. Los ciruelos y los sauces florecieron y se alisaron sus nuevas hojas. La pradera mostró todo su verdor, y Mary, Laura y Carrie pudieron correr descalzas por encima de aquella fresca suavidad.

Cada día era más caluroso que el anterior, hasta que por fin se presentó el cálido verano. Había llegado la hora de que Laura y Mary fuesen de nuevo a la

escuela, pero aquel verano no irían porque papá tenía que marcharse, y mamá las necesitaba a su lado. Aquel verano fue muy cálido y seco. Sopló el vendaval, abrasador y feroz, y no hubo lluvias.

—Los saltamontes están naciendo —anunció un día papá a la hora de comer—. Este cálido sol los hace salir de los huevecillos, y surgen del suelo como espigas de maíz.

Laura corrió a ver aquel espectáculo. La hierba del montículo parecía hervir de cosas muy menudas, de color verdoso. Laura cogió una entre sus manos y la examinó. Sus alas, sus patitas, su diminuta cabeza y hasta los ojillos eran del color de la hierba. Eran muy pequeños, muy perfectos. Laura apenas podía creer que aquello pronto se convertiría en un saltamontes, grandote y feo.

—Crecerán muy de prisa —le explicó papá—. Devoran todo lo que crece en el campo.

Cada día había más saltamontes recién nacidos. Los había ya de todos los tamaños, y se pasaban el día saltando y comiendo. El viento no lograba cubrir el ruido de sus mandíbulas, siempre cortando, masticando, triturando.

Se comieron todos los vegetales del huerto. Se comieron las plantas de las patatas. Se comieron la hierba, las hojas de los sauces, las de los ciruelos y hasta las ciruelas verdes. Dejaron toda la pradera sin una sola pulgada de verdor.

Y siguieron creciendo.

Se tornaron grandes, de color marrón, muy feos. Sus ojillos eran muy salientes, y sus poderosas patas

les permitían dar grandes saltos. Se pasaban el día saltando por la pradera, en grandes bandadas, y Laura y Mary se vieron obligadas a quedarse en casa.

No llovía y los días eran cada vez más calurosos, más feos, más horribles, sólo llenos del ruido de los saltamontes, cada vez más insoportable.

—Oh, Charles —gimió mamá una mañana—, creo que no podré resistirlo ni un día más.

Mamá estaba enferma. Tenía la cara blanca y demacrada, y cuando hubo pronunciado estas palabras, se sentó muy fatigada.

Papá no respondió. Llevaba varios días entrando y saliendo, con expresión abatida. Ya no cantaba ni silbaba, pero lo peor era cuando no contestaba a mamá. Se dirigió a la puerta y miró al exterior.

Incluso Carrie estaba callada. Todos experimentaban los primeros calores del día y oían a los saltamontes. Pero ahora aquellos bichos hacían un ruido distinto. Laura corrió a contemplarlos muy excitada, y papá también se mostró emocionado.

—¡Caroline! ¡Ocurre algo raro! —gritó—. ¡Ven aquí!

Por el patio de la casa, los saltamontes iban caminando muy apretados entre sí, tanto que el suelo parecía moverse con ellos. Ni uno solo saltaba. Ni uno solo giraba la cabeza. Se encaminaban hacia el oeste, con toda la rapidez posible.

Mamá estaba mirándolos al lado de papá.

—Oh, papá —preguntó Mary—, ¿qué significa esto?

—No lo sé —fue la respuesta.

Papá se llevó una mano a la frente para proteger sus ojos y miró hacia el oeste y el este.

—En toda la distancia que abarco ocurre lo mismo —murmuró—. Todo el terreno parece marcharse al oeste.

—¡Oh, si se marcharan! —gimió mamá.

Continuaron observando aquel extraño fenómeno. Sólo Carrie se subió a su silla alta y golpeó la mesa con su cuchara.

—Espera un momento, Carrie, querida —le suplicó mamá.

No se movió, viendo cómo los saltamontes avanzaban incansablemente. Entre ellos no quedaba ni un solo espacio vacío.

—¡Quiero desayunar! —chilló Carrie. Nadie se movió. Por fin Carrie insistió, casi llorando—: ¡Mamá! ¡Mamá!

—Bien, ahora te daré el desayuno —dijo mamá, dando media vuelta. De repente gritó—: ¡Dios mío!

Los saltamontes andaban por encima de Carrie. Entraban por la ventana oriental, siempre muy juntos, y descendían por la pared hacia el suelo. Subían por las patas de la mesa, los bancos y la silla de Carrie. Pasaban por debajo de la mesa y los bancos, por encima de Carrie, y seguían encaminándose al oeste.

—¡Cerrad la ventana! —gritó mamá.

Laura corrió pisando los saltamontes para cerrarla. Papá salió a dar la vuelta a la casa.

—Será mejor que cerremos las ventanas de arriba —dijo cuando regresó—. Hay infinidad de saltamontes por el lado este de la casa, y no dudarán en pasar por las ventanas del altillo.

Por las paredes exteriores y el tejado continuaron

oyendo cómo se arrastraban las patas de los saltamontes. La casa parecía llena de aquellos insectos. Mamá y Laura los iban barriendo, arrojándolos por la ventana del oeste. Por allí no entraba ninguno, aunque todo aquel lado de la casa estaba cubierto por los que caminaban por el tejado y descendían por la pared para unirse a los demás.

Durante todo el día los saltamontes estuvieron caminando hacia occidente. Y todo el día siguiente. Y dos días más tarde continuaban caminando sin descanso.

Ninguno retrocedió en absoluto.

Caminaron incesantemente por encima de la casa. Pasaron sobre el establo. Anduvieron por encima de *Manchita* hasta que papá cerró el establo. Marcharon hacia el río Plum y se ahogaron, pero los que iban detrás empujaban, ahogándose a su vez, hasta que los saltamontes muertos inundaron el río, y los que los siguieron atravesaron el río por encima.

El sol no cesaba de abrasar con toda su fuerza. Aquel tercer día estuvo lleno del ruido de las patas arrastrándose, ruido que resonaba en las paredes, en el tejado, en el suelo. Todo aquel día, las cabezas de los saltamontes con sus salientes ojos, las prensiles patas de los saltamontes, pasaron sin cesar por el borde inferior de las ventanas atrancadas; todo el día trataron de arrastrarse por el vidrio de las ventanas, viéndose obligados a retroceder resbalando, mientras otros miles los empujaban hacia adelante para resbalar a su vez.

Mamá estaba pálida y mareada. Papá no hablaba ni le brillaban las pupilas. Laura no conseguía quitarse aquel espantoso ruido de las orejas.

Llegó el cuarto día y los saltamontes continuaron emigrando. El sol calentaba más que nunca, con un brillo terrible, cegador.

Era casi mediodía cuando papá salió del establo gritando:

—¡Caroline! ¡Caroline! ¡Mira! ¡Los saltamontes vuelan!

Laura y Mary también corrieron a la puerta. Por todas partes, los saltamontes extendían sus alas y se elevaban por el aire. Cada vez había más en lo alto, volando cada vez también más arriba, hasta ocultar el sol, como había ocurrido a su llegada.

Laura salió de la casa. Levantó la vista hacia el sol, a través de una nube que parecía un amasijo de copos de nieve. Era una nube oscura, reluciente, más blanca a medida que subía, a medida que se alejaba. Y se elevaba en lugar de caer.

La nube pasó delante del sol y se alejó por el oeste hasta perderse de vista.

Ni en el aire ni en la tierra quedaba un solo saltamontes, excepto algunos diseminados por la pradera que, no pudiendo volar por estar mutilados o heridos, seguían arrastrándose hacia el oeste.

Reinó un silencio como el que se produce después de una tormenta.

Mamá entró en casa y se arrojó en la mecedora.

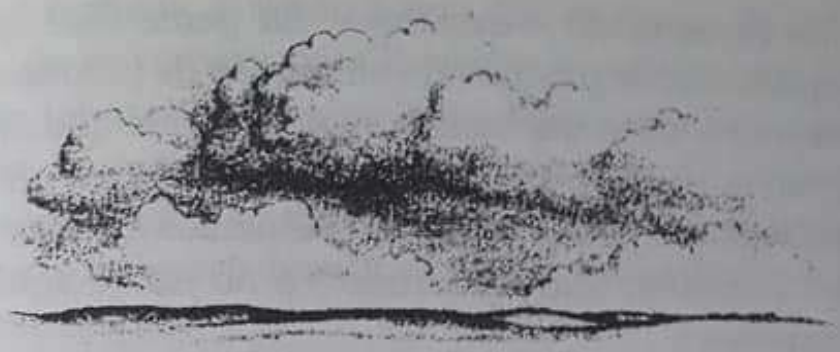
—¡Dios mío! —sollozó fervientemente—. ¡Dios mío, gracias!

Laura y Mary se sentaron en el umbral. Ahora ya podían sentarse allí, porque no había langostas.

—¡Qué silencio! —se admiró Mary.

—Me gustaría que alguien me dijese —murmuró papá, apoyado en el marco de la puerta— cómo han sabido todos a la vez que había llegado el momento de marcharse, y cómo conocían el camino del oeste, en dirección a su hogar ancestral.

Pero nadie supo decírselo.



33

BOLAS DE FUEGO

A partir de aquel día de julio en el que se marcharon los saltamontes, todos los días fueron pacíficos y agradables.

Llovió y la hierba volvió a crecer en toda la pradera que aquellos insectos habían dejado desnuda, parda y fea.

Los sauces, los algodoneros y los ciruelos volvieron a tener hojas. Aunque ya no podría haber frutos ese año, puesto que había pasado la época del florecimiento. Tampoco había trigo. Pero el heno silvestre crecía en abundancia en las hondonadas y junto al río. Las patatas crecían bajo tierra, y siempre había peces en la trampa del río.

Papá enganchó a *Sam* y a *David* al arado del señor Nelson, y labró parte del trigal, que estaba lleno de cizaña. Aró una ancha franja al oeste de la casa, desde el río, dando la vuelta. En aquel campo plantó semillas de nabo.

—Ya es tarde —explicó—. La gente dice que las semillas que se plantan el veinticinco de julio se mojan o se secan. Pero me imagino que la gente que dijo eso no había contado con los saltamontes. Y es probable que crezcan más nabos de los que podáis manejar vosotras, Caroline, Mary y Laura. Yo no estaré aquí para ayudaros.

Tenía que marcharse otra vez al este para trabajar en las cosechas, ya que la casa aún no estaba totalmente pagada, y tenían que comprar sal, maíz, avena y azúcar. No podía quedarse para cortar el heno que *Sam*, *David* y *Manchita* necesitarían el invierno siguiente. Pero el señor Nelson se ofreció a cortar y a apilar el heno silvestre de papá a cambio de una parte del mismo.

Y una mañana muy temprano papá se marchó. Desapareció silbando, con su zurrón al hombro. Pero no había agujeros en sus botas, por lo que no le importaba tener que andar, y algún día regresaría andando también.

Por las mañanas, después de realizar los quehaceres de la casa, Laura y Mary estudiaban en sus libros. Por las tardes, mamá les tomaba la lección. Después, las dos hermanas jugaban o trabajaban en sus costuras, hasta el momento de ir a buscar a *Manchita* y a su cría para llevarlas al establo. Luego, volvían a cuidar de la casa, hacían la cena, lavaban los platos y después se acostaban.

Cuando el señor Nelson hubo apilado el heno de papá en el establo, los días resultaron cálidos en el lado soleado de las pilas, pero el lado en sombra resultaba fresco. El viento enviaba ráfagas heladas y por las mañanas ya había escarcha.

Una mañana, cuando Laura fue en busca de *Manchita* y de su ternera para llevarlas al rebaño, vio que Johnny Johnson estaba en dificultades con sus reses. Trataba de conducirlas por la pradera hacia el oeste, donde la hierba algo helada y parda era más alta. Pero el ganado no quería obedecer, y se limitaba a dar vueltas y retroceder.

Laura y *Jack* lo ayudaron a convencer a las reses. El sol ya estaba alto y el cielo se anunciaba muy despejado. Pero antes de llegar a casa, Laura divisó una nube baja por el oeste. Arrugó la nariz y olfateó prolongada y profundamente, y se acordó del territorio indio.

—¡Mamá! —gritó.

Mamá salió a la puerta.

—Está muy lejos —calculó—. Es probable que no llegue hasta aquí.

Toda la mañana estuvo soplando el viento del oeste. A mediodía sopló con más ímpetu, y mamá, Mary y Laura estuvieron en la puerta de la casa viendo cómo se aproximaba aquella nube negra.

—¿Dónde estará el ganado? —se inquietó mamá.

Al final divisaron unos destellos brillantes bajo la nube.

—Si las reses están a salvo al otro lado del río, no tenemos por qué preocuparnos —explicó mamá—. El fuego no puede cruzar el agua. Será mejor entrar en casa, chicas, para que comáis.

Entró con Carrie, pero Laura y Mary contemplaron una vez más el humo que se iba acercando. Entonces, Mary extendió la mano y abrió la boca, pero no le salieron las palabras.

—¡Mamá! ¡Mamá! —chilló Laura—. ¡Una bola de fuego!

Delante del humo rojizo, una bola de fuego rodaba rápidamente, incendiando la hierba a su paso. Otra y otra y otra empezaron a rodar delante del viento. La primera ya estaba girando a través de la franja de tierra desnuda.

Con un cubo de agua y un trapo mamá corrió hacia allí, y empezó a golpear con el trapo mojado el terreno. Luego fue hacia la otra bola de fuego, pero estaban llegando demasiadas.

—¡Atrás, Laura! —gritó.

Laura se aplastó contra la casa, apretando la mano de Mary y mirando muy asustada. Carrie lloraba dentro de casa porque mamá la había encerrado.

Las bolas de fuego llegaban cada vez más de prisa. Eran enormes bolas de hierbajos de la pradera, que el viento apelotonaba, después de secarlos y arrancarlos de sus raíces, de manera que se esparciesen sus semillas. Y ahora estaban ardiendo y continuaban rodando por el impulso del viento y el atronador fuego que las seguía.

El humo ya estaba girando en torno a mamá, en tanto ésta iba golpeando con el trapo mojado. *Jack* se acurrucó junto a las piernas de Laura, y en los ojos de la niña brotaron unas lágrimas provocadas por el humo.

Apareció al galope el potro gris del señor Nelson, y éste saltó del potro delante del establo. Rápidamente, cogió una horquilla y gritó:

—¡De prisa! ¡Traed trapos mojados!

Acto seguido se dispuso a ayudar a mamá.

Laura y Mary corrieron hacia el riachuelo con varios sacos. Y volvieron a correr cuando los hubieron mojado, y el señor Nelson colocó uno en lo alto de la horquilla. El cubo de mamá ya estaba vacío, y las dos niñas corrieron de nuevo a llenarlo.

Las bolas de fuego ascendían por el montículo, empujadas por el vendaval. Había rastros de fuego donde la hierba estaba seca. Mamá y el señor Nelson lucharon sin parar contra las bolas con el trapo y con sacos mojados.

—¡El heno! ¡El heno! —chilló Laura.

Una bola de fuego se había aproximado a una pila de heno. Mamá y el señor Nelson echaron a correr entre el denso humo. Otra bola llegó rodando hacia el terreno ya ennegrecido donde se alzaba la casa. Laura se asustó tanto que no supo qué hacer. Carrie estaba dentro. De pronto Laura empezó a golpear aquella bola con un saco mojado, con todas sus energías.

Ya no quedaban más bolas de fuego. Mamá y el señor Nelson habían conseguido apagar el fuego del heno. Pero en el aire aún giraban pedazos de heno tiznado y de hierbas, mientras el gran fuego avanzaba hacia el río.

Pero no podría cruzarlo. Cuando llegó a la orilla del agua, el fuego se fue apagando hasta consumirse por completo.

Las nubes de humo estaban deshaciéndose y el incendio de la pradera se había extinguido. El señor Nelson dijo que iría en busca del ganado montado en su potro gris. Las reses estaban a salvo al otro lado del río.

—Le estamos muy agradecidas, señor Nelson —le

manifestó mamá cuando el buen hombre volvió a pasar por delante de la casa—. Ha salvado usted nuestra pequeña propiedad. Las niñas y yo no hubiésemos podido hacer nada.

Cuando el noruego se hubo marchado, mamá dijo:

—No hay nada mejor en el mundo que un buen vecino. Vamos, niñas, a lavaros y a comer.

34

SEÑALES EN LA PIZARRA

Después de apagarse el fuego de la pradera, el tiempo se enfrió tanto que mamá decidió arrancar las patatas y los nabos antes de que se helaran.

Ella arrancó las patatas mientras Mary y Laura las recogían y las llevaban en cubos al sótano. El viento no cesaba de soplar ferozmente. Las dos niñas llevaban los chales, pero no los mitones. Mary tenía la nariz enrojecida y la de Laura estaba fría como el hielo, sus manos estaban entumecidas y sus pies, casi insensibles. Pero estaban contentas de tener tantas patatas.

Era agradable sentarse al lado del fogón, una vez terminadas las tareas de la casa, y oler el aroma de las patatas al hervir y el del pescado al freírse. Era agradable comer y acostarse en la acogedora cama.

Después, con un tiempo muy oscuro y pesado, arrancaron los nabos. Era una operación más difícil que recoger las patatas. Los nabos eran gordos y obsti-

nados, y a menudo Laura tiraba de un nabo hasta que tenía que sentarse agotada por el cansancio.

Había que cortar todas las matas verdes con la cuchilla de la cocina. Y el jugo que brotaba mojaba las manos de las niñas y el viento las agrietaba, hasta que crujían y sangraban, por lo que mamá preparó un ungüento con manteca y cera con el que les frotaba las manos por la noche.

Pero *Manchita* y la ternera las ayudaron, se comieron todas las matas de los nabos. Era estupendo saber que había bastantes nabos en el sótano para todo el invierno. También habría nabos hervidos, nabos machacados y nabos con leche. Y en las noches de invierno nunca faltaría en la mesa una bandeja de nabos crudos; las niñas les quitarían el duro pellejo y se los comerían a rodajas jugosas y crujientes.

El día en que almacenaron el último nabo, mamá murmuró:

—Bien, ahora ya puede helar.

Como si la hubieran oído, aquella noche heló y por la mañana la nieve empezó a caer al otro lado de las ventanas.

Mary inventó la forma de contar los días hasta que papá volviera a casa. Su última carta aseguraba que dos semanas más tarde terminarían la trilla en la hacienda donde estaba. Mary cogió la pizarra y trazó una señal para cada día de la semana siguiente, o sea, siete señales más.

La última señal significaba el día en que llegaría papá. Pero cuando le enseñaron la pizarra a mamá, ésta observó:

—Será mejor que añadáis otra semana, porque papá vendrá a pie.

De modo que Mary trazó lentamente otras siete señales. A Laura no le gustaba ver que aún faltaban tantas señales hasta el regreso de papá. Pero todas las noches antes de acostarse, Mary borraba una señal, lo que significaba que había pasado otro día.

«Ha de transcurrir todo este día —pensaba Laura por las mañanas—, antes de que Mary borre otra señal.»

Fuera, resultaban muy gratos los aromas matutinos. El sol ya había fundido la nieve, pero el suelo estaba duro y helado. El río seguía con vida. Las hojas amarillentas se alejaban flotando en el agua, bajo el cielo invernal.

De noche era maravilloso sentarse bajo la luz de la lámpara, al lado del fogón. Laura jugaba con Carrie y *Jack* en el suelo, recién barrido. Mamá estaba sentada remendando la ropa, y Mary abría su libro a la luz de la lámpara.

—Ya es hora de irse a la cama, niñas —decía mamá, guardando su cesta de costura.

Entonces, Mary borraba una señal y guardaba también la pizarra.

Una noche borró la señal del primer día de la última semana. Todas la contemplaron mientras lo hacía, y Mary exclamó, mientras guardaba la pizarra:

—¡Papá ya está en camino! Éstas son las señales de sus pasos.

En su rincón, *Jack* dejó oír de pronto un gruñido de alegría, como si hubiese entendido a Mary. Luego corrió hacia la puerta. Se levantó sobre sus patas traseras y

empezó a arañar la madera, gruñendo y meneando la cola. Entonces, Laura oyó un leve silbido a través del viento. El silbido interpretaba *Cuando Johnny regresa al hogar*.

—¡Es papá! ¡Papá! —gritó muy alborozada, abriendo la puerta.

Echó a correr alocadamente a través de la noche, seguida por *Jack*, el cual no tardó en adelantarla.

—¡Hola, Media Pinta! —Papá la abrazó fuertemente—. ¡Buen perro, *Jack*!

Por la puerta abierta salía un cono de luz que dejaba ver a Mary, a mamá y a Carrie, que acudían de prisa.

—¿Cómo está mi pequeña? —preguntó papá, abrazando a Carrie—. Aquí está la mayor —añadió, tironeando una trenza de Mary—. Dame un beso, Caroline, si puedes pasar entre estas indias salvajes.

Prepararon la cena para papá, y nadie se acordó de irse a la cama. Laura y Mary se lo contaron todo a la vez, lo de las bolas de fuego, las patatas y los nabos, y lo grande que era ya la ternera de *Manchita*, y también lo mucho que aprendían en sus libros.

—Pero, papá —exclamó de pronto Mary—, tú no puedes estar aquí. Tenías que andar durante todas las siete últimas señales de la pizarra.

Le mostró las señales que todavía quedaban por borrar.

—Ya entiendo —rió papá—. Pero no borrasteis las señales de los días que mi carta tardó en llegar. Ah, he corrido casi todo el camino, Caroline, porque se dice que en el norte el invierno será duro. Bien, ¿qué hemos de comprar en el pueblo, Caroline?

Mamá replicó que no necesitaban nada. Habían comido tanto pescado y patatas que aún quedaba azúcar, harina y hasta té. Sólo la sal había bajado un poco de nivel, si bien aún duraría varios días.

—Entonces será mejor que haga leña antes de bajar al pueblo —decidió papá—. No me gusta el sonido del viento, y dicen que en Minnesota los huracanes llegan sin previo aviso. Oí un comentario acerca de unos individuos que bajaron a un pueblo y el huracán se presentó con tanta rapidez que no pudieron regresar. Sus hijos, en sus casas, quemaron todos los muebles para calentarse, pero se quedaron tiesos y helados antes de que el huracán cediera y aquellos hombres pudieran volver a casa.

35

CUIDANDO LA CASA

Todos los días, papá llevaba la carreta al río y volvía con una carga tras otra de leños que amontonaba junto a la puerta. Talaba ciruelos, sauces y algodoneros, dejando que crecieran los más pequeños. Los transportaba y los amontonaba, después los partía con el hacha y los convertía en leña. De esta forma formó una pila enorme.

Con el hacha de mango corto al cinto, sus trampas al brazo y el arma al hombro, remontaba el río Plum, instalando trampas para las ratas almizcleras, los armiños, las nutrias y los zorros.

Una noche, durante la cena, papá contó que había descubierto un prado de castores. Pero no había instalado ninguna trampa porque ya quedaban pocos. Había visto también un zorro, pero cuando disparó le falló el tiro.

—Quiero practicar mi puntería —añadió—. Éste es un buen lugar, pero no hay mucha caza. Ah, cuando uno piensa en algunos parajes del Oeste donde...

—Donde no hay escuelas para las niñas, Charles —la interrumpió mamá.

—Cierto, Caroline. Tienes razón como siempre —asintió papá—. Escuchad el viento. Mañana habrá tormenta.

Pero el día siguiente amaneció como en primavera. El aire era suave y cálido y el sol brilló alegremente. A media mañana, papá regresó a casa.

—Comeremos pronto y bajaremos al pueblo esta tarde —le anunció a mamá—. Es un día demasiado bueno para quedarse en casa. Tiempo habrá cuando llegue el invierno.

—Pero las niñas... —objetó mamá—. ¿No podemos llevarnos a Carrie de paso hasta el pueblo?

—¡Tonterías! —rió papá—. Mary y Laura ya son mayorcitas. Por una tarde pueden cuidar de Carrie.

—Claro que podemos, mamá —asintió Mary.

—Claro que podemos —repitió Laura.

Vieron cómo papá y mamá se marchaban muy contentos. Mamá estaba muy bonita con su chal a cuadros marrones y colorados de Nochebuena y con el capuchón de punto anudado debajo de la barbilla, y miraba a papá con tanto gozo que Laura pensó que parecía un pájaro.

Después, Laura barrió mientras Mary despejaba la mesa. Fue Mary la que lavó los platos y Laura quien los secó y los guardó en la alacena. Luego colocaron el tapete de cuadros colorados sobre la mesa. Bien, ya tenían toda la tarde por delante y podían emplearla como quisieran.

Primero, decidieron jugar a la escuela. Mary sería

la maestra porque era la mayor y también porque sabía más. Laura se conformó porque ambas cosas eran ciertas. De modo que Mary fue la maestra y le gustó mucho, pero Laura pronto se cansó de aquel juego.

—Bueno —dijo—, vamos a enseñarle a Carrie las letras.

Sentaron a la pequeña en un banco y abrieron el libro ante ella, y ambas hermanas hicieron todo lo que pudieron. Pero a Carrie no le gustó aquel juego. No quería aprender las letras, de modo que dejaron de jugar.

—Entonces —propuso Laura—, juguemos a cuidar la casa.

—Ya la estamos cuidando —observó Mary—. ¿De qué nos servirá jugar a eso?

Sin mamá, la casa estaba vacía y silenciosa. Mamá era tan sosegada y gentil que nunca hacía ruido, pero toda la casa parecía estar escuchándola.

Laura salió un momento afuera, pero no tardó en regresar. La tarde empezó a alargarse interminablemente. No tenían nada que hacer. Incluso *Jack* daba vueltas arriba y abajo con impaciencia.

Pidió para salir, pero cuando Laura abrió la puerta se echó hacia atrás. Se tumbó, volvió a incorporarse y dio vueltas y vueltas en torno a la habitación. Se acercó por fin a Laura y la miró ansiosamente.

—¿Qué te pasa, *Jack*? —le preguntó Laura.

El perro continuó mirándola, pero la niña no lo comprendió, y *Jack* aulló.

—¡No, *Jack*! —lo hizo callar rápidamente—. Así me asustas.

—¿Ocurre algo fuera? —quiso saber Mary.

Laura corrió hacia la puerta, pero ya en el umbral, *Jack* la apresó por la falda obligándola a retroceder. Fuera hacía mucho frío. Laura cerró la puerta.

—Mira —le dijo a su hermana—, el sol se está oscureciendo. ¿Volverán las langostas?

—En invierno no, tonta —se burló Mary—. Tal vez llueva.

—Entonces, nevará. ¿Qué importa?

Mary estaba enfadada, igual que Laura. Estaban a punto de pelearse cuando de pronto se apagó el sol. Las dos hermanas fueron a mirar por la ventana del dormitorio.

Una nube muy negra con una especie de encaje blanco debajo avanzaba velozmente por el noroeste.

Mary y Laura miraron también desde la ventana de la sala. Papá y mamá no podían tardar en volver, pero aún no se los veía.

—Puede ser un huracán —murmuró Mary.

—Como el que dijo papá —afirmó Laura.

Se contemplaron la una a la otra entre la penumbra de la habitación. Pensaban en aquellos niños que se habían quedado tiesos y helados.

—La leñera está vacía —comentó Laura.

Mary la cogió del brazo.

—¡No puedes salir! —le ordenó—. Mamá ha dicho que nos quedemos en casa si había tormenta. —Laura se desasió de Mary, y ésta añadió—: Además, *Jack* no te dejará salir.

—Tenemos que entrar leña antes de que estalle la tormenta —replicó Laura—. ¡De prisa!

Oyeron un extraño rumor en el viento, como un

grito lejano. Se pusieron los chales, anudándolos debajo de la barbilla, y también los mitones. Laura estuvo lista la primera.

—Tenemos que traer leña, *Jack* —le dijo al perro.

El animal pareció comprender y salió con ella, manteniéndose pegado a sus talones. El viento parecía arrastrar partículas de hielo. Laura corrió hacia el montón de leña, cogió una brazada y regresó corriendo a casa, siempre seguida por *Jack*. Pero con la carga de leña no pudo abrir la puerta. Fue Mary quien la abrió.

Después ya no supieron qué hacer. La nube se aproximaba a toda velocidad, y tenían que llevar mucha leña antes de que se desatara la tormenta. Pero no podían abrir la puerta con los brazos cargados de leña. Ni tampoco podían dejar la puerta abierta para que se enfriara la casa.

—Yo puedo abrir la puerta —balbuceó Carrie.

—No puedes —objetó Mary.

—*Taro* que puedo —insistió Carrie.

Extendió las manos y giró el pestillo. ¡Podía hacerlo! Carrie ya era bastante mayor para abrir la puerta.

Laura y Mary corriendo dentro y fuera de la casa acarreando leña. Carrie abría la puerta cuando llegaban y la cerraba cuando se iban. Mary podía cargar más leña, pero Laura era más rápida.

Llenaron la leñera antes de que empezase a nevar. La nieve llegó de repente con grandes remolinos, dejando caer el granizo como si fuesen granitos de arena. Cuando chocaban contra la cara de Laura, le dolían como pinchazos. Cuando Carrie abrió la puerta, penetró en la casa una nube blanca.

Laura y Mary habían olvidado que mamá les había ordenado quedarse en casa si había tormenta. Se olvidaron de todo menos de la leña. Y continuaron corriendo frenéticamente, entrando y saliendo, llevando cada vez una carga tan grande de leña que las hacía tambalearse.

Amontonaron la leña en el gran cajón y en torno al fogón. La apilaron contra la pared. Las pilas eran cada vez más altas.

¡Pam! Cerraban la puerta de golpe. Corrían hacia la leña. Clop, clop, clop, cogían en brazos toda la que podían. Corrían hacia la puerta. ¡Pum!, la puerta se abría y ¡pam!, se cerraba... Y ¡tac, tac, tac!, dejaban caer la leña y volvían a salir corriendo para regresar otra vez jadeando.

En medio del torbellino blanco apenas veían el montón de leña fuera de la casa. La nieve se arremolinaba entre los leños. Las dos hermanas apenas distinguían la casa, y *Jack* no era más que una mancha oscura a su lado. La nieve les mojaba la cara. A Laura le dolían los brazos y estaba jadeando. Pero no dejaba de pensar: «Oh, ¿dónde estará papá? ¿Dónde estará mamá? —y añadía mentalmente—: ¡Corred, corred!».

El viento seguía aullando.

El montón de leña había desaparecido. Mary cogió unas ramas sueltas, Laura otras y no quedó nada. Corrieron juntas hacia la casa, Laura la abrió y *Jack* saltó adentro. Carrie estaba delante de la ventana, palmoteando y gritando. Laura soltó su última carga y se volvió a tiempo de ver a papá y a mamá corriendo entre los remolinos de nieve.

Papá llevaba a mamá cogida de la mano, ayudán-

dola a correr. Entraron en casa como una tromba y se detuvieron jadeando, cubiertos de nieve. Nadie dijo nada mientras papá miraba a Laura y a Mary, con los chales completamente nevados.

—Hemos salido con la tormenta —murmuró al fin Mary—. Nos hemos olvidado de lo que has dicho, mamá.

—No queríamos tener que quemar los muebles, papá —agregó Laura bajando la cabeza—, y quedarnos tiesas y heladas.

—¡Bueno, así me aspen! —exclamó papá—. Han transportado toda la leña aquí dentro. Toda la que corté las dos últimas semanas.

Allí, amontonada por la casa, se hallaba toda la leña. La nieve, al fundirse, formaba charcos en el suelo. Un reguero corría hacia la puerta, donde aún había nieve sin fundir.

De pronto, papá soltó una alegre carcajada y mamá contempló sonriendo a Mary y a Laura. Comprendía que debían perdonar su desobediencia porque habían obrado cuerdamente al entrar la leña, aunque tal vez no habrían debido traer tanta.

Pronto serían bastante mayorcitas para no cometer tales equivocaciones, y entonces siempre sabrían qué hacer. Ya no tendrían que obedecer a papá y a mamá.

Las dos se apresuraron a quitarle el chal y la capucha a mamá, a sacudir la nieve y a colgar ambas prendas para que se secasen. Papá se marchó al establo para ocuparse de los animales antes de que la tormenta arreciase. Después, mientras mamá descansaba, Laura y Mary apilaron la leña debidamente, y barrieron y fregaron el suelo.

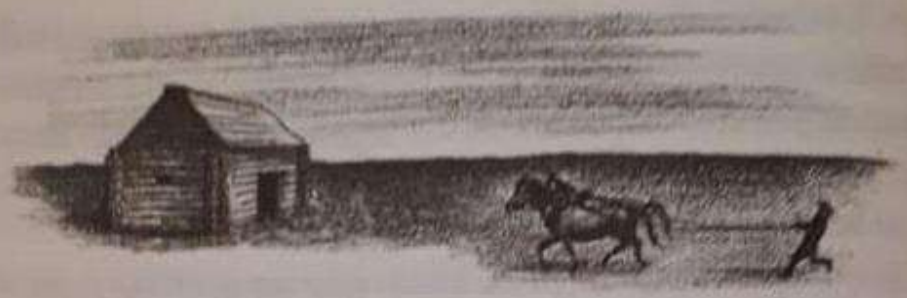
La casa volvía a estar muy aseada. La tetera canturreaba sobre la cocina, y el fuego resplandecía alegremente por los resquicios de los fogones. La nieve se abatía ferozmente contra los cristales de las ventanas.

Papá regresó del establo.

—Aquí tienes la poca leche que he podido conseguir. Caroline, el viento balanceaba tanto el cubo que casi toda la leche se ha derramado. Es una tormenta terrible, Caroline. No se ve a un paso, y el viento sopla de todas direcciones a la vez. He pensado que estaba en el sendero, pero no veía la casa y... bueno, he chocado contra la esquina. Medio metro más a la izquierda y no lo hubiese contado.

—¡Charles! —se horrorizó mamá.

—No te asustes ahora —la tranquilizó papá—. Pero si no hubiésemos venido corriendo desde el pueblo... —Parpadeó, alborotó el cabello de Mary y tironeó una oreja de Laura—. Bien, me alegro de tener tanta leña en casa.



36

INVIERNO EN LA PRADERA

Al día siguiente la tormenta empeoró. Era imposible ver a través de las ventanas, pues la nieve caía con tanta densidad que los vidrios parecían cristales opacos. Alrededor de la casa, el vendaval continuaba aullando.

Cuando papá salió hacia el establo, la nieve se arremolinaba en torno al cobertizo adosado a la casa, y el exterior no era más que una pared encalada. Papá cogió un rollo de cuerda que colgaba de un gancho del cobertizo.

—Tengo miedo de salir sin llevar algo que me guíe —explicó—. Con esta cuerda atada a las de tender la ropa podré llegar al establo.

Todas aguardaron, un poco asustadas, hasta que papá regresó a casa. El viento le había hecho derramar casi la mitad de la leche del cubo, como el día anterior, y papá tuvo que calentarse delante de la cocina antes de poder hablar. Contó entonces que había seguido la cuerda atada a las de tender la ropa, que a su vez esta-

ban atadas al cobertizo, hasta que llegó al poste del otro extremo. Ató entonces un cabo de su cuerda al poste y continuó avanzando, desenrollando la cuerda que llevaba en torno al brazo a medida que andaba.

Sólo acertaba a ver los remolinos de nieve. De pronto, algo chocó con su nariz. Era la pared del establo. Continuó a tientas hasta encontrar la puerta, y allí ató el extremo suelto de la cuerda.

Se ocupó de los animales y volvió a casa, siempre cogido de la cuerda.

La tormenta duró todo el día. Las ventanas estaban muy blancas y el viento no cesó de aullar y chillar. Dentro de la casa se estaba muy bien. Laura y Mary recitaron la lección a mamá, y papá tocó el violín mientras mamá se mecía haciendo calceta y la sopa de judías hervía en la cocina.

La tormenta duró toda la noche y el día siguiente. Por el tiro de la chimenea surgían chispas de vez en cuando y papá explicó varios cuentos y tocó el violín.

A la mañana siguiente, el viento sólo susurraba y salió el sol. Laura vio por la ventana cómo la nieve se apelotonaba a causa del viento y giraba locamente. Toda la tierra parecía el riachuelo Plum cuando inundaba de espuma las márgenes, sólo que la inundación era de nieve. Incluso el sol parecía muy frío.

—Bueno, supongo que la tormenta ya ha pasado —sonrió papá—. Si mañana puedo bajar al pueblo, traeré más comida.

Al día siguiente, la nieve aún estaba amontonada en el suelo. El viento solamente arrastraba bolas de nieve muy pequeñas, que arrancaba de los lados y de la

superficie de aquellos montoncitos. Papá se marchó a la ciudad y volvió con sacos de maíz, avena, harina, azúcar y judías. Había bastante comida para una temporada.

—Resulta extraño imaginarse de dónde viene la carne —comentó papá—. En Wisconsin siempre teníamos carne de oso y venado, y en el territorio indio había ciervos y antílopes, conejos, pavos y gansos, es decir, la mejor carne que un hombre puede desear. Aquí, en cambio, sólo hay conejos esmirriados.

—Tendremos que criar ganado y aves —asintió mamá—. Sería realmente fácil engordar a nuestros propios animales en una región como ésta, tan pródiga en cereales.

—Sí —concedió papá—. Bueno, el año próximo estoy seguro de que tendremos una cosecha de trigo.

Al día siguiente se desencadenó otra tormenta. Las nubes bajas y oscuras volvieron a avanzar lentamente desde el noroeste hasta que ocultaron el sol y todo el cielo, que quedó completamente encapotado, y el viento sopló, aulló y gimió, haciendo que la nieve girase en locos torbellinos, hasta que sólo fue visible una mancha blancuzca.

Papá siguió de nuevo la cuerda hasta el establo y regresó a casa sano y salvo... y aterido. Mamá cocinó, limpió la casa, remendó la ropa y tomó la lección a Mary y a Laura. Las niñas lavaron los platos, hicieron las camas, barrieron el suelo, conservaron limpias las manos y las caras, y se hicieron las trenzas. Luego estudiaron y jugaron con Carrie y con *Jack*. Dibujaron en la pizarra y le enseñaron a Carrie la A, la B, y la C.

Mary todavía estaba cosiendo un sombrero con nueve retales. Laura empezó a hacer una colcha con pedazos de piel de oso. Era más difícil que el sombrero porque la colcha tenía costuras oblicuas, muy difíciles de alisar. Cada costura debía quedar completamente recta antes de que mamá le permitiera empezar otra, y a menudo Laura estaba varios días ocupada en una sola.

Por consiguiente, ambas niñas estaban atareadas el día entero. Y cada día transcurría con una tormenta tras otra. Tan pronto terminaba una y salía el sol, empezaba otra. Durante los días soleados, papá trabajaba afanosamente, cortando más madera, visitando las trampas y llevando heno de los montones nevados al establo. Y aunque el día de sol no fuese lunes, mamá lavaba la ropa y la tendía en las cuerdas para que se secase. Aquel día no había lección. Laura, Mary y Carrie, muy abrigadas, podían jugar al sol.

Pero al día siguiente soplaba otra tormenta, y papá y mamá ya estaban preparados para soportarla.

Si el domingo lucía el sol, oían la campana de la iglesia. Su tañido resonaba con toda claridad y dulzura a través del frío, y todos salían de la casa para escucharlo.

No era posible asistir a la escuela dominical, porque la tormenta podía estallar mientras estaban fuera. Sin embargo, todos los domingos tenían una escuela dominical propia.

Laura y Mary repetían los versículos de la Biblia, y mamá leía una historia y un salmo del libro sagrado. Después, papá tocaba himnos con el violín y todos los coreaban. Por ejemplo, cantaban:

Cuando las nubes en el cielo
ponen sombras en la tierra,
los rayos de la esperanza iluminan mi sendero
porque Jesús me lleva de su mano.

Todos los domingos papá tocaba y todos cantaban:

La escuela del sábado es más esplendorosa para mí
que la mejor cúpula de un palacio.
Mi corazón sólo late por ti,
oh, mi dulce hogar del sábado.

37

LA GRAN TORMENTA

A la hora de cenar, un día terminó una tormenta.

—Mañana bajaré al pueblo —dijo papá—. Necesito tabaco para mi pipa y quiero enterarme de las novedades. ¿Necesitas algo, Caroline?

—No, Charles —repuso mamá—. No bajes al pueblo. Esas tormentas se presentan con tanta rapidez...

—Mañana no habrá peligro alguno —refutó papá—. Hemos sufrido tres días de tormenta. Además, la leña durará hasta la próxima al menos, de modo que tengo tiempo de ir hasta el pueblo.

—Bueno, si lo juzgas prudente... —Mamá se encogió de hombros—. Al menos, Charles, prométeme que te quedarás en el pueblo si estalla una tormenta.

—En medio de estas tormentas no me atrevería a dar un solo paso a no ser cogido de mi cuerda —replicó papá—. No obstante, no es propio de ti asustarte porque salga de casa.

—Es algo más fuerte que yo —confesó mamá—.

No me gusta que te vayas. Tengo el presentimiento... Oh, ya sé que es una tontería.

—Entraré el montón de leña —rió papá—, por si acaso tuviera que quedarme en el pueblo.

Llenó la leñera y aún apiló más troncos a su lado. Mamá lo obligó a ponerse otro par de calcetines para impedir que se le helasen los pies. Laura llevó el sacabotas, papá se quitó las botas y se puso otro par de calcetines secos encima de los que llevaba. Eran unos calcetines que mamá había hecho con sus agujas de calceta.

Ojalá tuvieses un abrigo de piel de búfalo —suspiró mamá—. El viejo ya está muy usado.

—Y yo querría que tú tuvieras muchos diamantes —replicó papá—. No te preocupes, Caroline. El abrigo durará hasta la primavera.

Papá sonrió mientras se abrochaba el cinturón de su viejo y ajado abrigo y se ponía el sombrero de fieltro.

—Sopla un viento muy helado, Charles —le advirtió mamá, muy inquieta—. Bájate las orejeras.

—Esta mañana no —se opuso papá—. ¡Deja que silbe el viento! Niñas, sed buenas hasta que vuelva.

Sus pupilas chispearon en dirección a Laura cuando cerró la puerta a sus espaldas.

Una vez Laura y Mary hubieron lavado y secado los platos, barrido el suelo, hecho las camas y quitado el polvo, se sentaron a estudiar. Pero la casa estaba tan calentita que Laura no tardó en levantar la vista.

La cocina estaba tan pulimentada que relucía. Encima se agitaba una olla de judías y en el horno se cocía el pan. El sol se filtraba oblicuamente por las ventanas,

por los visillos de color rosa. Encima de la mesa estaba el tapete de cuadros rojos. Al lado del reloj, en su repisa, se hallaban el perro de porcelana de Carrie y el joyero de Laura. Y la pastora blanca y rosa continuaba sonriendo en su abrazadera.

Mamá llevó el cesto de la costura y la cesta de la ropa para remendar junto a la ventana, y ella tomó asiento en la mecedora y se dispuso a coser, con Carrie sentada sobre un pequeño taburete a sus pies. Mientras mamá se mecía y remendaba, oía cómo Carrie pronunciaba las letras en su cartilla. Carrie ya conocía la A mayúscula y la a minúscula, la B mayúscula y la b minúscula; y después de pronunciarlas se echaba a reír y miraba los grabados de la cartilla. Era tan pequeñita que todavía no tenía voluntad para estudiar.

El reloj dio las doce. Laura vio cómo el péndulo se balanceaba, y sus negras manecillas iban dando la vuelta a la redonda cara blanca. Papá ya debería estar de vuelta. Las judías seguían guisándose y el pan ya estaba cocido. Todo estaba listo para que papá comiese.

Los ojos de Laura se fijaron en la ventana. Transcurrió un momento antes de comprender que algo le pasaba al sol.

—¡Mamá —exclamó—, el sol tiene un color muy raro!

Mamá dejó de coser, sobresaltada.

Fue rápidamente al dormitorio, desde donde se divisaba el noroeste, y entonces se volvió rápidamente a la sala.

—Guardad los libros, niñas —ordenó—. Salid y traed más leña. Si papá no ha salido aún del pueblo se

quedará allí, y nosotras necesitaremos mucha más leña en casa.

Desde el montón de leña, Laura y Mary observaron cómo avanzaba la inmensa nube negra. Se apresuraron, corrieron y sólo tuvieron tiempo de entrar en casa con sendas cargas de leña, cuando la tormenta empezó a rugir. Parecía enfadada por que las niñas hubieran podido coger toda aquella leña. La nieve giraba en remolinos tan espesos que era imposible ver la puerta de casa.

—Por ahora ya hay bastante leña —suspiró mamá—. Esta tormenta no puede durar y papá no tardará en llegar.

Mary y Laura se quitaron los chales y fueron a calentarse sus ateridas manos. Luego, aguardaron el regreso de papá.

El vendaval aullaba, gemía y gritaba en torno a la casa. La nieve golpeaba las blancas ventanas. La manecilla más larga del reloj daba vueltas lentamente, y la corta pasó de la una a las dos.

Mamá sirvió tres platos llenos de judías calientes. Después partió una hogaza de pan recién cocido.

—Vamos, niñas —exclamó—. A comer. Papá se habrá quedado en el pueblo.

Había olvidado servirse un plato. Y también se olvidó de comer hasta que Mary le llamó la atención. Y aun entonces ni siquiera comió en realidad, alegando que no tenía apetito.

La tormenta iba de mal en peor. La casa temblaba bajo el impulso del viento. El suelo empezó a enfriarse y la nieve en polvo intentaba pasar por los resquicios

de las puertas y ventanas que papá había ajustado cuidadosamente.

—Sí, papá se habrá quedado en el pueblo —repitió mamá—. Y dormirá allí, de modo que será mejor que haga las faenas.

Mamá se puso las botas viejas de papá, y sus pequeños pies parecieron perdidos en ellas, pero de este modo estaría a salvo del contacto con la nieve. Se anudó la zamarra de papá a la garganta y el cinturón a la cintura. Luego se ató a las cintas de la capucha y se puso sus mitones.

—¿Te acompaño, mamá? —inquirió Laura.

—No —se opuso mamá—. Y ahora, escuchadme. Tened cuidado con el fuego. Que sólo Mary toque la cocina, por mucho que tarde en volver. Que nadie salga ni abra la puerta hasta que yo regrese.

Se colgó el cubo de la leche al brazo, y tanteó entre los remolinos de nieve hasta que cogió una cuerda de tender la ropa. Luego, cerró la puerta trasera detrás de ella.

Laura corrió a la ventana posterior, pero le fue imposible distinguir a mamá. Sólo alcanzaba a ver la nieve girando en torbellinos y pegándose en los cristales. El viento seguía aullando, gimiendo, gritando. Parecía poseer mil voces.

Mamá avanzó paso a paso, fuertemente cogida a la cuerda. Llegó al poste y siguió andando penosamente, cegada por los copos de nieve. Laura trató de ir pensando lentamente, ahora uno, ahora otro... Sí, mamá seguramente habría llegado ya a la puerta del establo.

Mamá abrió la puerta y entró en el establo junto

con gran cantidad de nieve. Cerró otra vez rápidamente y corrió el cerrojo. El establo estaba caliente por el aliento de los animales y su propio calor corporal. Todo estaba sosegado; la tormenta rugía fuera, pero los muros del establo eran muy sólidos. *Sam* y *David* volvieron la cabeza y relincharon al ver a mamá.

«Muuu...», hizo la vaca, y la oveja baló: «Beee...».

Los polluelos correteaban por el suelo, y una de las gallinas murmuraba: «Co... co... co... coo...».

Mamá limpió todos los pesebres con una horquilla. Poco a poco fue arrojando toda la paja al montón de estiércol. Después cogió el heno que quedaba sin comer y lo extendió para hacerles unas camas blandas.

Del montón de heno cogió heno fresco, y lo fue arrojando a cada uno de los pesebres, hasta llenarlos. *Sam*, *David*, *Manchita* y su ternera empezaron a mordisquear aquel heno tan sabroso. No tenían mucha sed porque papá los había abrevado a todos antes de bajar al pueblo.

Con el cuchillo viejo que papá guardaba junto al montón de los nabos, mamá cortó unos cuantos. Luego los repartió por los pesebres, y de este modo los caballos y las dos reses pudieron masticar los recios nabos. Mamá miró en el cazo del agua de las gallinas para asegurarse de que no pasarían sed. Después les arrojó un poco de maíz, y les dio a picotear un nabo.

Bien, ya podía ordeñar a *Manchita*.

Laura aguardó hasta estar segura de que mamá estaría sentada ordeñando a *Manchita*. Poco después, tras cerrar cuidadosamente la puerta del establo, mamá regresaría cogida a la cuerda.

Pero no regresó. Laura aguardó largo tiempo. Decidió esperar un rato más. El viento hacía estremecer toda la casa. Una nieve tan fina y granulada como el azúcar cubría el alféizar de la ventana y caía al suelo, pero no se fundía.

Laura temblaba dentro de su chal. Continuaba atisbando a través de la ventana, oyendo el rumor de la nieve y el aullido del viento. Se acordó de los niños cuyos papás nunca regresaron. Aquellos niños que quemaron todos los muebles y se quedaron tiesos y helados.

Al fin, ya no pudo esperar más. El fuego ardía bien, aunque en realidad sólo estaba caliente aquel rincón de la sala. Laura acercó la mecedora a la cocina y colocó encima a Carrie; después se alisó su vestido. Carrie empezó a mecerse alegremente, mientras Mary y Laura continuaban aguardando.

Por fin se abrió la puerta. Laura corrió hacia mamá. Mary cogió el cubo de la leche mientras Laura desanudaba la capucha de mamá. La pobre señora tenía demasiado frío y estaba sin aliento, sin poder hablar. También la ayudaron a quitarse la zamarra.

—¿Ha quedado leche en el cubo? —fue lo primero que dijo.

Quedaba muy poca, y hasta se había helado en parte.

—El viento es terrible —gimió mamá.

Fue a calentarse las manos, encendió la lámpara y la dejó junto a la ventana.

—¿Por qué haces eso, mamá? —se interesó Mary.

—¿No crees que esta luz resulta muy bonita, brillando contra la nieve de fuera? —preguntó a su vez mamá.

Cuando hubo descansado, cenaron y mojaron pan en la leche. Después permanecieron sentadas cerca de la cocina, escuchando con atención. Oían las voces del viento que chillaba, aullaba y gemía, y los crujidos de la casa y el rumor de la nieve.

—¡Esta tormenta no para! —se lamentó mamá. De pronto cambió de tono—: Bien, vamos a jugar al caldo de judías caliente. Mary, tú y Laura jugad de pareja, y tú, Carrie, levanta las manos. Nosotras iremos más de prisa que tus hermanas.

Todas jugaron al caldo de judías caliente, cada vez más de prisa, hasta que no lograron pronunciar bien los versos, por culpa de las risas. Después, Mary y Laura lavaron los vasos de la cena, y mamá se dispuso a hacer calceta.

Carrie quería seguir jugado más, de manera que Mary y Laura se turnaron con ella. Cada vez que dejaban de jugar, la pequeña gritaba:

—¡Más! ¡Más!

Las voces de la tormenta aullaban, rugían, sollozaban y la casa temblaba. Laura palmeaba las manos de Carrie:

Me gusta algo caliente, me gusta algo frío,
me gusta algo en la olla, nueve días...

La chimenea de la cocina chisporroteó fuertemente. Laura levantó la mirada.

—¡Mamá, hay fuego en casa! —gritó al momento.

Por la chimenea descendía una bola de fuego. Era más grande que el ovillo de lana de mamá. Bajó, y rodó

por la cocina y cayó al suelo cuando mamá se ponía en pie. Se recogió la falda y pisoteó la bola. Pero ésta parecía saltar entre sus pies, y rodó hasta la calceta que mamá había dejado caer.

Mamá intentó capturarla con la pala de la basura. La bola corrió hacia las agujas de hacer media. Por la chimenea descendió de pronto otra bola de fuego y después otra. Todas rodaron por tierra en dirección a las agujas, sin chamuscar siquiera el suelo.

—¡Dios mío! —exclamó mamá.

Mientras estaban contemplando las bolas, de pronto sólo vieron dos. Y poco después ninguna. Nadie sabía adónde habían ido a parar.

—Es la cosa más extraña que he visto en mi vida —aseguró mamá.

La verdad era que estaba asustada.

Jack tenía los pelos de punta. Fue hacia la puerta, levantó el hocico y aulló.

Mary se agazapó detrás de su silla y mamá se llevó las manos a los oídos.

—Por favor, *Jack* —suplicó—, cállate.

Laura corrió hacia el perro, pero el animal no quería caricias. Regresó a su rincón y se tumbó con el hocico entre sus patas, los pelos de punta y los ojos relucientes en la sombra.

Mamá cogió a Carrie en brazos, y Mary y Laura también se acurrucaron al lado de la mecedora. Continuaron escuchando las voces de la tormenta y viendo brillar los ojillos de *Jack*, hasta que mamá dijo:

—Niñas, será mejor que os acostéis. Cuanto antes os durmáis antes amanecerá.

Las besó y les dio las buenas noches, y Mary trepó por la escalera del altillo. Pero Laura se detuvo a medio camino. Mamá estaba calentando delante del horno el camisón de dormir de Carrie.

—Papá se ha quedado en el pueblo, ¿verdad, mamá? —inquirió Laura en voz baja.

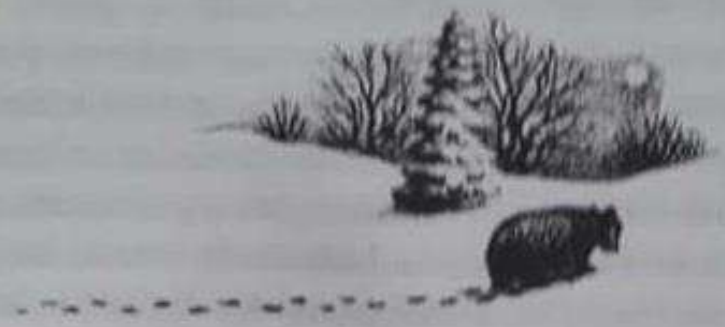
Mamá no la miró.

—Seguro, Laura —repuso alegremente—. No hay duda de que él y el señor Fitch estarán ahora sentados junto a la estufa, contando chistes y chascarrillos.

Laura se fue a la cama. Ya mediada la noche se despertó y vio brillar la luz de la lámpara por el agujero de la escalera. Saltó de la cama a pesar del frío, y se arrodilló para mirar hacia abajo.

Mamá seguía en su mecedora. Tenía la cabeza inclinada y estaba muy quieta, pero tenía los ojos abiertos y estudiaba las manos cruzadas sobre su falda. La lámpara continuaba brillando frente a la ventana.

Laura estuvo observando la escena largo tiempo. Mamá no se movió. La lámpara continuó brillando. La tormenta aullaba y parecía perseguir a los copos de nieve que revoloteaban sin cesar. Al final, Laura volvió a la cama y tardó mucho en dejar de temblar.



38

EL DÍA DE LOS JUEGOS

A la mañana siguiente, mamá llamó a Laura bastante tarde para el desayuno. La tormenta continuaba rugiendo con implacable ferocidad. Las ventanas estaban cubiertas de hielo, y hasta dentro de la casa había nieve en polvo en el suelo y sobre las colchas de las camas. Arriba hacía tanto frío que Laura cogió todas sus ropas y bajó a vestirse al lado de la cocina.

Mary ya estaba vestida y abrochaba las ropas de Carrie. Encima de la mesa había potaje de leche y avena, con pan blanco y mantequilla. El día era bastante sombrío. Y el hielo formaba una gruesa capa en los cristales.

Mamá temblaba al lado de la cocina.

—Bueno —murmuró—, hay que dar de comer al ganado.

Se puso las botas y la zamarra de papá, y se envolvió en su gran chal. Luego les dijo a sus hijas que esta vez tardaría más tiempo porque tenía que abrevar a los animales.

Cuando se hubo marchado, Mary se quedó muy callada y asustada. Pero Laura no soportaba el silencio.

—Vamos, tenemos que trabajar —animó a Mary.

Lavaron y secaron los platos. Sacudieron la nieve de los cubrecamas e hicieron las camas primorosamente. Volvieron a calentarse al lado de la estufa, luego la limpiaron y fregaron, y Mary también limpió la leñera mientras Laura barría.

Mamá no había regresado todavía. De manera que Laura quitó el polvo y limpió los marcos de las ventanas y los bancos, y todas las curvas de la mecedora de mamá. Se subió a un banco y pasó un trapo por la repisa del reloj, donde estaban también el perrito de porcelana y el joyero de la tetera dorada y la taza con el platito. Pero no tocó la pastora de porcelana que estaba en la estantería, que papá había tallado para mamá. Mamá no permitía que nadie tocase la pastora.

Mientras Laura quitaba el polvo, Mary peinó a Carrie y puso el tapete sobre la mesa. Después sacó los libros y la pizarra.

Al final, el viento penetró por la puerta del cobertizo, con un torbellino de nieve y con mamá.

Mamá llevaba la falda y el chal rígidos y llenos de hielo. Había tenido que sacar agua del pozo para los caballos, *Manchita* y la ternera. El viento la había salpicado de agua, y el frío había helado sus ropas empapadas. Pero no había querido entrar de nuevo en el establo sin bastante agua. Sin embargo, gracias a la protección del chal, había salvado casi toda la leche.

Descansó un poco y se dispuso a ir en busca de más

leña. Mary y Laura le suplicaron que las dejase ir a ellas, pero mamá se opuso:

—No. Aún no sois bastante mayores y podríais extraviaros. Ya sabéis cómo son las tormentas. Yo traeré la leña. Abrid la puerta y volved a cerrarla al momento.

Estuvo amontonando leña en la leñera y a su alrededor, mientras las niñas abrían y cerraban la puerta cada vez que ella entraba o salía.

Después descansó y luego quitó la nieve que blanqueaba la leña.

—Sois unas niñas muy buenas —sonrió luego. Paseó la mirada en torno a la casa y alabó el trabajo que habían llevado a cabo mientras ella estaba fuera—. Bien —añadió—, ya podéis estudiar la lección.

Laura y Mary tomaron asiento delante de los libros. Laura contemplaba fijamente las páginas, pero no estudiaba. Oía aullar la tormenta y escuchaba en el aire gemidos y sollozos. La nieve susurraba contra la ventana. Laura trató de no pensar en papá. De pronto, las palabras de la página se ensuciaron y una gota de agua se esparció encima.

Laura se sintió avergonzada. Ya era una vergüenza que Carrie llorase, y ella tenía ocho años. Miró de reojo para ver si Mary se había dado cuenta de sus lágrimas, pero Mary tenía los ojos cerrados, la cara un poco arrugada, y le temblaba la boca.

—Creo que hoy no estáis para estudiar, niñas —comprendió mamá—. Bien, supongo que será mejor que juguemos. Pero ¿a qué podemos jugar? ¡Ya sé! ¡A las cuatro! ¿Os gusta?

—¡Oh, sí! —exclamaron a coro.

Laura se situó en una esquina. Mary en otra y Carrie en la tercera. Sólo había tres, porque la cocina estaba en la cuarta. Mamá se colocó en el centro de la sala y gritó:

—¡La que quiera una esquina que corra!

Todas abandonaron sus respectivas esquinas, tratando de llegar a otra. *Jack* corrió excitado de un lado a otro. Mamá logró colocarse en la esquina de Mary, y ésta se quedó en el centro. Después, Laura tropezó con *Jack* y quedó de plantón. Al principio, Carrie corría de un rincón a otro, riendo, pero pronto aprendió a jugar.

Lo hicieron hasta quedar casi agotadas de tanto reír y gritar. Por fin, se vieron obligadas a descansar.

Y poco después, mamá dijo:

—Laura, Carrie, sé otros juegos para vosotras.

Le dio su dedal a Laura, y el de Mary a Carrie, y les enseñó cómo podían trazar unos círculos perfectos sobre el vaho de las ventanas oprimiendo mucho el dedal sobre los cristales. De esta manera, dibujaban en las ventanas.

Laura, por medio de circulitos hechos con el dedal, dibujó un árbol de Navidad. Después, unos pájaros. Y también una casa muy grande de la que salía humo por la chimenea. Incluso dibujó una mujer gordinflona y un hombre rechoncho. Carrie solamente dibujó circulitos.

Cuando Laura hubo dibujado en toda la ventana, y Mary levantó la vista de la pizarra, la sala estaba casi a oscuras. Mamá sonrió.

—Estábamos tan ocupadas —murmuró— que nos hemos olvidado de la cena.

—¿No tienes que ir primero al establo? —preguntó Laura.

—Esta noche no. He ido tan tarde esta mañana a forrajear al ganado que les puse comida suficiente hasta mañana. Y para entonces tal vez haya amainado un poco la tormenta.

De repente, Laura se sintió muy desgraciada. Lo mismo que Mary.

—¡Quiero que venga papá! —sollozó Carrie.

—Calla, Carrie —la riñó mamá. Carrie calló—. No os preocupéis por papá —añadió mamá—. Y vamos a cenar. —Encendió la lámpara, pero no la dejó junto a la ventana—. Y después de cenar, nos acostaremos.

39

EL TERCER DÍA

Durante toda la noche, la casa tembló y se estremeció a impulsos del viento. Al día siguiente, la tormenta arreció más que nunca. El vendaval era aún más aterrador y la nieve azotaba las ventanas.

Mamá se dispuso a ir al establo.

—Desayunad, niñas, y tened cuidado con el fuego.

Abrió la puerta del cobertizo y desapareció bajo la tormenta.

Volvió al cabo de mucho tiempo, y así empezó otro largo día.

Fue un día triste, monótono. Todas permanecieron al lado de la cocina, mientras el frío se colaba por sus espaldas. Carrie estaba tiritando, y la sonrisa de mamá parecía fatigada. Laura y Mary se dedicaron a estudiar, pero no aprendieron muy bien la lección. Las manecillas del reloj se movían con tanta lentitud que parecían no avanzar siquiera.

Al final, disminuyó la luz grisácea del día y llegó la

noche. La luz de la lámpara se desparramó sobre las paredes y las heladas ventanas. De haber estado papá en casa, habría tocado el violín, y todas se habrían sentido felices y reconfortadas.

—¡Vamos, vamos! —gritó mamá—. No quiero que os entristezcáis así. ¿Queréis que juguemos a la cunita del gato?

Jack no había cenado y seguía agazapado en su rincón, sin dejar de suspirar. Mamá y Laura se miraron mutuamente.

—No, gracias, mamá —negó Laura—. Preferimos acostarnos.

Ya en la cama, Laura se apretó contra la espalda de Mary, para calentarse. La tempestad se abatía incesantemente sobre la casa. La nieve repiqueteaba sobre el tejado. Laura tenía la cabeza metida debajo de las mantas, pero los rugidos de la tormenta eran peores que los aullidos de los lobos. Las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

40

EL CUARTO DÍA

Por la mañana, el viento había dejado de aullar y gemir. Sin embargo, soplaba furiosamente y la casa estaba silenciosa. Pero el fuego crepitaba alegremente en la cocina, aunque apenas esparcía calor.

—Ha aumentado el frío —murmuró mamá—. No limpiéis mucho hoy. Arropaos con los chales y mantened a Carrie cerca de la cocina.

Poco después, mamá volvió del establo, y entonces se dieron cuenta de que la nieve de la ventana del este brillaba un poco con un color amarillento. Laura corrió hacia allí y quitó un poco de hielo hasta que pudo atisbar fuera. ¡Ah, había salido el sol!

Mamá también se asomó, y después Mary y Laura se turnaron y contemplaron la nieve que giraba en oleadas por el suelo. El cielo parecía de hielo. Incluso el aire parecía muy frío encima de las bolas de nieve, y el sol que se filtraba por la ventana no calentaba nada en absoluto.

Por la mirilla de la ventana, Laura divisó de pronto algo oscuro. Un enorme animal cubierto de pieles chapoteaba torpemente por la nieve. Seguramente un oso, se dijo Laura. El oso siguió avanzando hasta doblar la esquina de la casa.

—¡Mamá! —chilló Laura.

Se abrió la puerta y entró el peludo oso, cubierto de nieve. Del rostro del oso sobresalían los ojos de papá.

—¿Habéis sido buenas chicas durante mi ausencia? —preguntó la voz de papá.

Mamá corrió hacia él. Laura, Mary y Carrie también se precipitaron a su encuentro, gritando y riendo. Mamá lo ayudó a quitarse el abrigo. La piel estaba cubierta de nieve, la cual, al fundirse, iba mojando el suelo. Papá dejó que el abrigo se escurriese.

—¡Charles, estás helado! —se asustó mamá.

—Un poco —reconoció papá—. Y tengo más hambre que un lobo. Deja que me siente al lado de la lumbre, Caroline, y dame de comer.

Tenía la cara demacrada y los ojos muy grandes. Se sentó tiritando junto a la cocina, y aseguró que sólo sentía frío, pero que no estaba helado. Mamá calentó rápidamente el caldo de judías y le sirvió un buen plato.

—Está muy rico —sonrió papá con la boca llena—. Esto resucitaría a un muerto.

Mamá le quitó las botas, y papá descansó los pies encima de un cajón, en dirección al calor del horno.

—Charles —preguntó mamá—, ¿estuviste...?

Calló, sonriendo; sus labios temblaban.

—Vamos, Caroline, no te preocupes por mí —la tranquilizó papá—. He venido a casa para ser yo quien

se preocupe por ti y por las niñas. —Puso a Carrie sobre sus rodillas, pasó un brazo en torno al cuello de Laura, y el otro alrededor de Mary—. ¿Qué pensabas tú, Mary?

—Pensaba que vendrías.

—¡Buena chica! ¿Y tú, Laura?

—Pues no pensé que estuvieses en casa del señor Fitch contando chistes —repuso Laura—. Yo... deseaba que volvieras muy pronto.

—Faltas tú, Caroline. Vamos, dime, ¿cómo puede un hombre dejar de volver a su hogar? Vamos, dame un poco más de caldo, y os lo contaré todo.

Esperaron mientras papá descansaba, devorando el caldo bien acompañado de pan, mientras iba bebiendo té caliente. Todavía tenía el cabello y la barba mojados por la nieve que se iba fundiendo. Mamá lo secó con una toalla. Él le cogió una mano y la atrajo hacia sí.

—Caroline, ¿sabes qué significa este tiempo? Pues significa que el año próximo tendremos una espléndida cosecha de trigo.

—¿De veras, Charles?

—El verano próximo no habrá saltamontes. En el pueblo dicen que los saltamontes sólo vienen en veranos muy calurosos y secos, y cuando el invierno es benigno. Pero ahora ha nevado tanto que las próximas cosechas serán magníficas.

—¡Ésa sí es una buena noticia, Charles! —se alborozó mamá.

—Bueno, estábamos hablando de todo esto en la tienda, aunque sabía que debía volver a casa lo antes posible. Cuando ya me marchaba, el señor Fitch me

enseñó un abrigo de piel de búfalo. Lo había comprado muy barato a un individuo que se había ido al este en el último tren que pudo partir, y necesitaba dinero para adquirir el billete. Fitch dijo que podía venderme el abrigo por diez dólares. Diez dólares es mucho dinero, pero...

—Me alegro mucho de que te quedaras con el abrigo, Charles —convino mamá.

—En realidad, fue una suerte, aunque no lo sabía. Bien, al bajar al pueblo, el viento empezó a soplar con una fuerza inusitada. Hacía bastante frío como para helar a un burro de acero. Y por lo que parecía, mi abrigo viejo no me resguardaría contra aquel terrible vendaval. De modo que cuando Fitch me dijo que podía pagarle cuando encontrase llenas mis trampas la primavera próxima, me puso el abrigo de búfalo encima del viejo.

Papá hizo una pausa y se arrellanó en su silla.

—Tan pronto como estuve en la pradera vi la nube del noroeste, pero era tan pequeña y estaba tan lejos que pensé que lograría llegar a casa. Poco después eché a correr, pero aún no me hallaba a medio camino cuando se desató la tempestad. A un paso de distancia no hubiese visto ni una torre.

»La cosa no sería tan mala si el viento, en estas ocasiones, no soplase de todas direcciones a la vez. No sé cómo es posible. Cuando una tempestad sopla desde el noroeste, un hombre debería poder continuar directamente al norte, teniendo el viento en su lado izquierdo. Pero en una tempestad de esta clase es imposible hacer tal cosa.

»Sin embargo, creí que podría andar en línea recta,

aunque no pudiese ver nada ni orientarme. De modo que seguí caminando, siempre al frente, según pensaba. Hasta que comprendí que me había extraviado. Había recorrido unas dos millas sin llegar al río, y no sabía por dónde tirar. No me quedaba más remedio, no obstante, que seguir andando. Si me hubiera parado, me hubiera helado.

»Por tanto, proseguí avanzando y desafiando el temporal. Caminé y caminé. No veía nada, lo mismo que si fuese ciego. No oía nada más que el aullido del viento. Pero continué avanzando en medio de aquella blancura. No sé si lo habéis observado, pero en una tempestad parece que resuenen voces, aullando y gritando.

—Sí, papá, yo he oído esas voces —declaró Laura.

—También yo —asintió Mary.

Mamá inclinó la cabeza.

—¡Y bolas de fuego! —añadió Laura.

—¿Bolas de fuego? —se asombró papá.

—Ya se lo contarás luego, Laura —la obligó mamá a callarse—. Continúa, Charles. ¿Qué hiciste?

—Seguir andando —fue la sencilla respuesta—. Caminé hasta que lo blanco se volvió gris y luego negro. Calculé que llevaba andando unas cuatro horas. Estas tempestades suelen durar tres días con sus tres noches, pero continué avanzando.

—Yo dejé la lámpara encendida en la ventana para guiarte —musitó mamá.

—No la vi. Agucé los ojos para tratar de ver algo, pero todo estaba oscuro. De repente, todo cedió bajo mis pies y caí cosa de diez pies. Aunque la caída me pareció entonces mucho mayor.

»No sabía qué había ocurrido ni dónde estaba. Pero estaba al abrigo del viento. La tempestad aullaba y gemía sobre mi cabeza, pero donde estaba yo el aire no soplaba. Palpé a mi alrededor. En tres de los lados había nieve hasta tan arriba que no pude tocar el borde con la mano, ni empinándome sobre los pies, y en el cuarto lado había un muro que descendía hasta el fondo, en un plano inclinado.

»Naturalmente, pensé que había caído en alguna hondonada, de las que abundan en la pradera. Entonces me arrastré por debajo del muro, hasta llegar a terreno sólido a mi espalda y arriba, como un oso en su guarida. Creí que allí no me helaría, puesto que no soplaba el viento y el abrigo de piel de búfalo calentaba mi cuerpo. De forma que me enrosqué y me dormí, pues estaba muy cansado.

»Sí, me alegré de haber comprado el abrigo y de llevar gorro con orejeras, y también del par de calcetines extra que me diste, Caroline.

»Cuando me desperté seguía rugiendo la tormenta, pero más débilmente. Delante de mí había nieve solidificada, transformada en hielo allí donde se había fundido la nieve por mi aliento. La tempestad había llenado el agujero que yo había hecho al caer. En aquel momento debía de haber unos seis pies de nieve sobre mí, pero el aire era respirable. Moví los brazos y las piernas, los dedos de las manos y los pies, y me palpé la nariz y las orejas para comprobar si se había congelado alguna parte de mi cuerpo. Todavía oía la tormenta, de modo que volví a dormirme.

»¿Cuánto tiempo ha pasado, Caroline?

—Tres días y tres noches —repuso mamá—. Hoy es el cuarto día.

—¿Sabéis qué día es hoy? —les preguntó entonces papá a Mary y a Laura.

—¿Domingo? —intentó acertar Mary.

—Hoy es Nochebuena —recordó mamá.

Laura y Mary se habían olvidado de la Navidad.

—¿Has estado durmiendo todo este tiempo, papá? —quiso saber Laura.

—No. Seguí durmiendo, y cuando me desperté tenía hambre, por lo que volví a dormir, y al final me desperté casi muerto de inanición. Traía unas galletas de ostras para celebrar la Navidad. Por consiguiente, cogí un puñado de la bolsa y me las comí. Luego cogí un puñado de nieve y lo tomé como bebida. Bien, no podía hacer otra cosa que estar tendido allí y esperar a que la tempestad cesara.

»Oh, Caroline, era terrible, ¿sabes?, y aún más cuando pensaba en ti y en las niñas, sabiendo que tú tendrías que salir al establo con esta tormenta. Pero, a pesar de todo, comprendí que no podía regresar a casa hasta que parase la tempestad.

»De modo que esperé y esperé, hasta que el hambre me obligó a comerme el resto de las galletas. No eran más grandes que la uña de mi pulgar. Una sola no era ni un bocado y en conjunto no pesaban más que media libra.

»Seguí aguardando y dormitando. Adiviné que era otra vez de noche. Siempre que despertaba escuchaba con atención, y entonces oía el rumor del vendaval. Por el ruido comprendí que la nieve se estaba espesan-

do, pero el aire continuaba siendo respirable allí dentro. El calor de mi sangre, por otra parte, impedía que me congelase.

»Intenté dormir cuanto más mejor, pero estaba tan hambriento que mi estómago me mantenía desvelado. Al final, me fue imposible conciliar el sueño. Hijas mías, había decidido no hacerlo, pero al final no tuve más remedio. Saqué una bolsa del bolsillo interior de mi abrigo viejo y devoré hasta el último caramelo. Lo siento.

Laura lo abrazó por un lado y Mary por el otro.

—¡Oh, papá, me alegro mucho de que te los comieras! —exclamó la primera.

—¡Y yo, papá, y yo! —proclamó Mary.

De verdad estaban muy contentas.

—Bueno —agregó papá—, el año próximo habrá una buena cosecha de trigo y os aseguro que no tendréis que esperar a la Navidad para comer caramelos.

—¿Estaban buenos, papá? ¿Te encontraste mejor después de comértelos? —preguntó Laura.

—Eran estupendos y me sentí mucho mejor —afirmó papá—. Entonces volví a dormirme y debí de dormir todo el día de ayer y también toda la noche. De pronto me encontré sentado, muy despierto. Todo estaba en silencio.

»Ah, ¿acaso era que estaba tan profundamente enterrado en la nieve que no oía la tempestad, o era que había cesado? Presté toda mi atención. Todo estaba tan callado que podía oír el silencio.

»Hijas mías, empecé a excavar en la nieve como un topo. Oh, lo hice muy de prisa. Después, me encaramé hasta lo alto... ¿dónde suponéis que estaba?

»En la orilla del río Plum, un poco más arriba del sitio donde coloqué la trampa para los peces, Laura.

—Caramba —exclamó Laura—, si veo ese sitio desde mi ventana...

—Sí, y yo vi la casa.

Ah, tanto tiempo tan cerca. La luz de la lámpara en la ventana no había logrado taladrar la oscuridad ni la nieve; de lo contrario, papá la habría distinguido.

—Tenía las piernas tan entumecidas que apenas podía sostenerme —concluyó papá—. Pero divisé la casa y eché a andar hacia aquí lo más rápidamente posible. Bien, ¡aquí estoy! —exclamó, abrazando de nuevo a Laura y a Mary.

Luego, fue en busca del abrigo de búfalo y de un bolsillo sacó una lata de hojalata muy brillante.

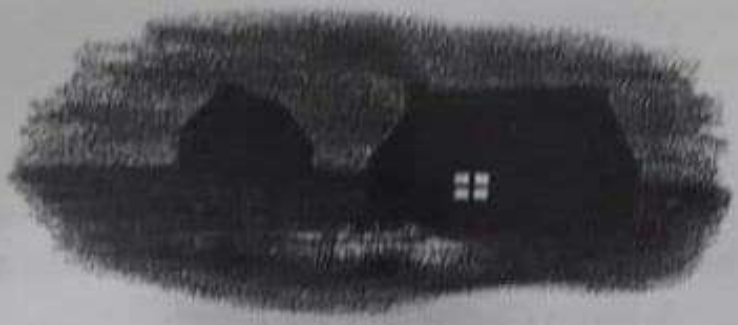
—¿Sabéis qué traigo para la comida de Navidad? —preguntó.

Nadie lo adivinó.

—¡Ostras! ¡Ostras estupendas, muy frescas! Cuando las compré estaban congeladas, y os aseguro que todavía lo están. Déjalas en el cobertizo, Caroline, para que se conserven así hasta mañana.

Laura tocó la lata. Estaba fría como el hielo.

—Yo me comí las galletas de ostras, y devoré los caramelos —exclamó papá—, pero, ¡cáscaras!, he traído las ostras a casa.



41

¡NOCHEBUENA!

Papá realizó muy temprano los quehaceres del establo aquella noche, y *Jack* lo acompañó pegado a sus talones. *Jack* no quería volver a perder de vista a papá.

Volvieron a casa, helados y con nieve encima. Papá pataleó para entrar en calor y colgó el abrigo viejo, junto con el gorro, en el gancho de la puerta del cobertizo.

—Vuelve a soplar el viento —anunció—. Antes del amanecer habrá otra tempestad.

—No me importa, ahora que tú estás aquí, querido —sonrió mamá.

Jack se tumbó muy contento y papá se calentó las manos en la cocina.

—Laura —pidió papá—, si me traes el violín tocaré una canción.

Laura le entregó el violín. Papá lo afinó, puso resina en el arco y, mientras mamá guisaba la cena, él llenó la casa de música.

¡A Charlie le gustan las chicas!
¡Charlie es un chico estupendo!
¡Charlie besa siempre a las chicas!
¡Y siempre las besa muy bien!
Yo no quiero tu trigo de oro,
yo no quiero tampoco el centeno.
Yo sólo quiero harina y en media hora
le haré a Charlie un buen pastel.

La voz de papá acompañaba a la melodía, y Carrie reía y palmoteaba, y Laura empezó a bailar.

El violín cambió de melodía y papá cantó la letra de Lily Dale:

La noche es tibia y callada,
y la luna brilla pálida.
Brilla sobre la colina y el valle...

Papá miró a mamá, muy atareada en la cocina, mientras Mary y Laura escuchaban la canción, y el violín continuó acompañando a la voz de papá:

Mary colocó los platos en la mesa,
los platos en la mesa, los platos en la mesa.
Mary colocó los platos en la mesa,
¡y todos tomamos té!

—¿Y yo qué hago, papá? —preguntó Laura, mientras Mary corría a buscar los platos y los vasos de la alacena. El violín y papá proseguían:

Laura quitó platos y vasos,
platos y vasos, platos y vasos.
Laura quitó platos y vasos
cuando todos se marcharon.

De manera que Laura supo que Mary tenía que poner la mesa para la cena y ella quitarlo todo después.

Fuera, el viento soplaba y rugía con más fuerza. La nieve revoloteaba frente a la ventana. Pero el violín de papá continuaba tocando dentro de la reconfortante casa. Los platos tintineaban mientras Mary los colocaba encima de la mesa. Carrie se estaba columpiando en la mecedora y mamá hacía viajes sin cesar de la cocina a la mesa. En el centro de ésta dejó una bandeja llena de judías guisadas, y del horno sacó un hermoso pan de maíz muy dorado. El rico olor del pan y las judías se confundió deliciosamente en el aire.

Papá y su violín rieron y cantaron:

Soy el capitán Jinks de los Marinos a caballo,
y alimento a mi potro con maíz y judías,
aunque esto me empobrece, porque
soy el capitán Jinks de los Marinos a caballo.
¡Soy un capitán del ejército!

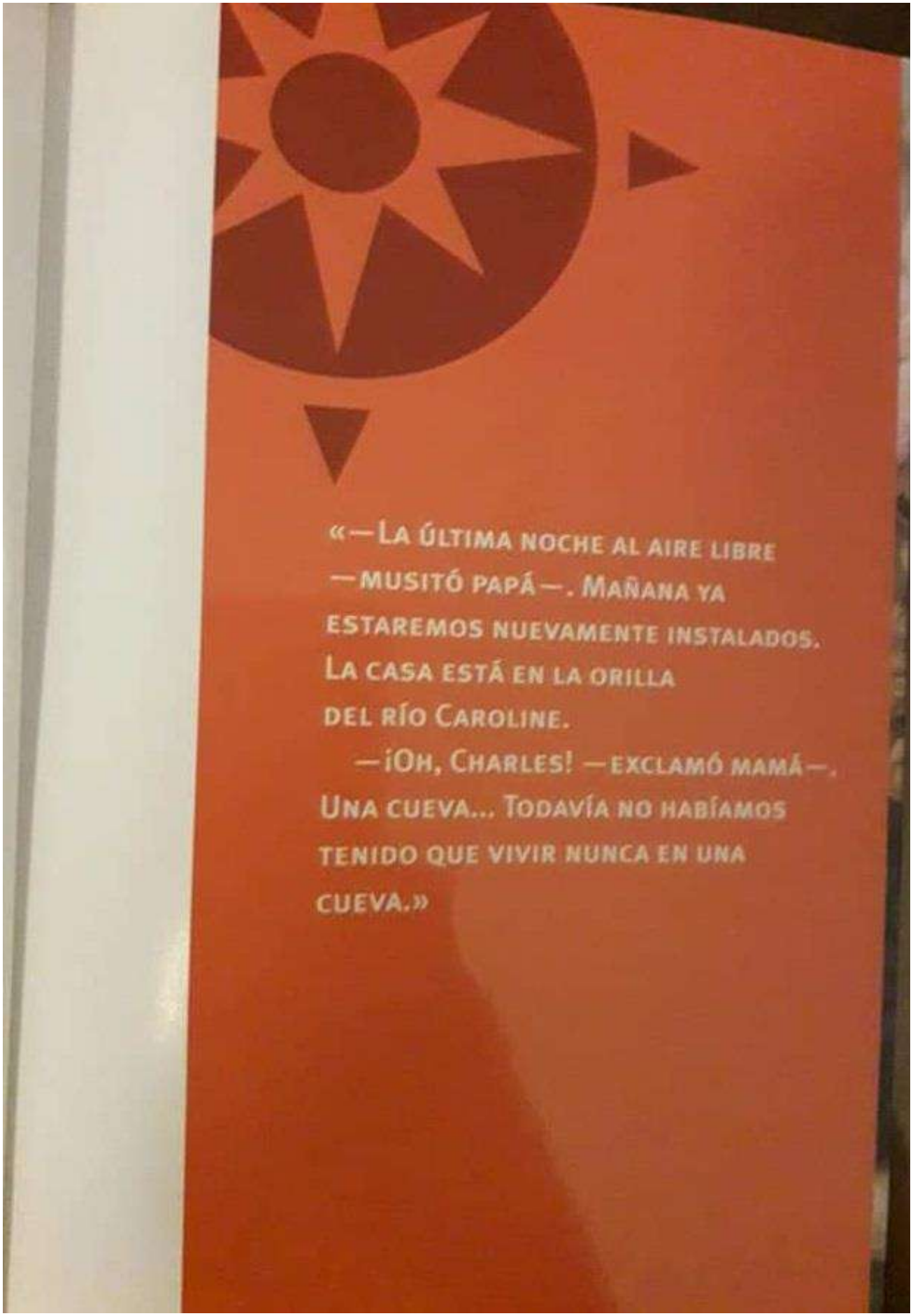
Laura acarició el hocico de *Jack* y le rascó las orejas, y después lo abrazó tiernamente. Todo era estupendo. Las langostas se habían marchado y el año próximo papá conseguiría una buena cosecha de trigo. Al día siguiente ya era Navidad, y habría ostras para comer.

No habría regalos ni caramelos, pero Laura no pensaba en esas cosas, puesto que estaba muy contenta de que sus caramelos hubiesen servido para que papá llegase a casa sano y salvo.

—La cena está lista —anunció mamá.

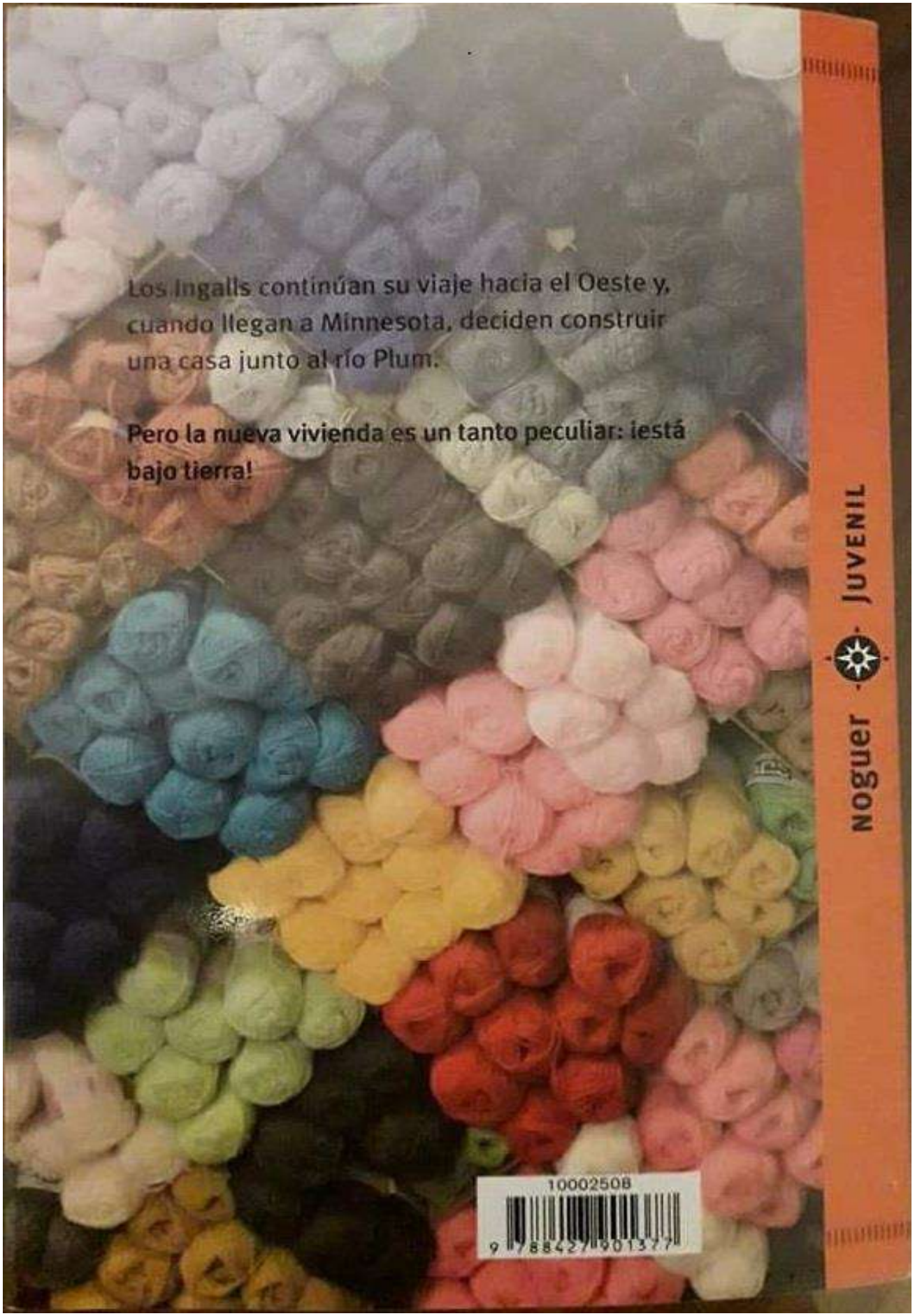
Papá guardó el violín en el estuche. Se levantó y paseó su mirada por toda la casa. Sus pupilas azules chispearon al fijarse en su esposa y sus hijas.

—Fíjate, Caroline —murmuró—, cómo le brillan los ojos a Laura.



«—La última noche al aire libre —musitó papá—. Mañana ya estaremos nuevamente instalados. La casa está en la orilla del río Caroline.

—¡Oh, Charles! —exclamó mamá—. Una cueva... Todavía no habíamos tenido que vivir nunca en una cueva.»


Los Ingalls continúan su viaje hacia el Oeste y, cuando llegan a Minnesota, deciden construir una casa junto al río Plum.
Pero la nueva vivienda es un tanto peculiar: ¡está bajo tierra!
10002508
9 788427 901377
NOGUER
JUVENIL